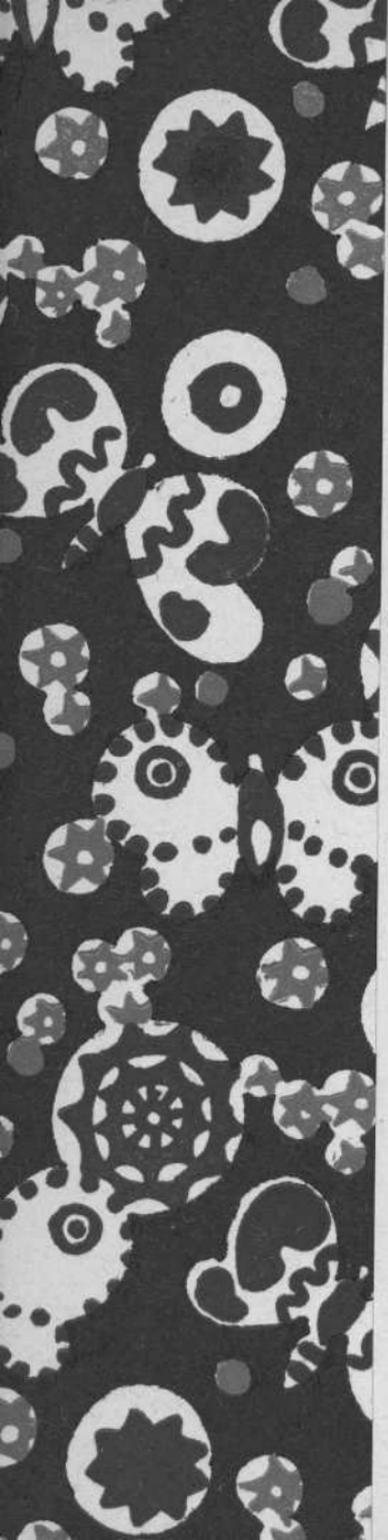


B. BJÖRNSSON
LA PESCADORA

NOVELA





ESTRELLA

GRANDES ESCRITORES MODERNOS

1164452

DR

874

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

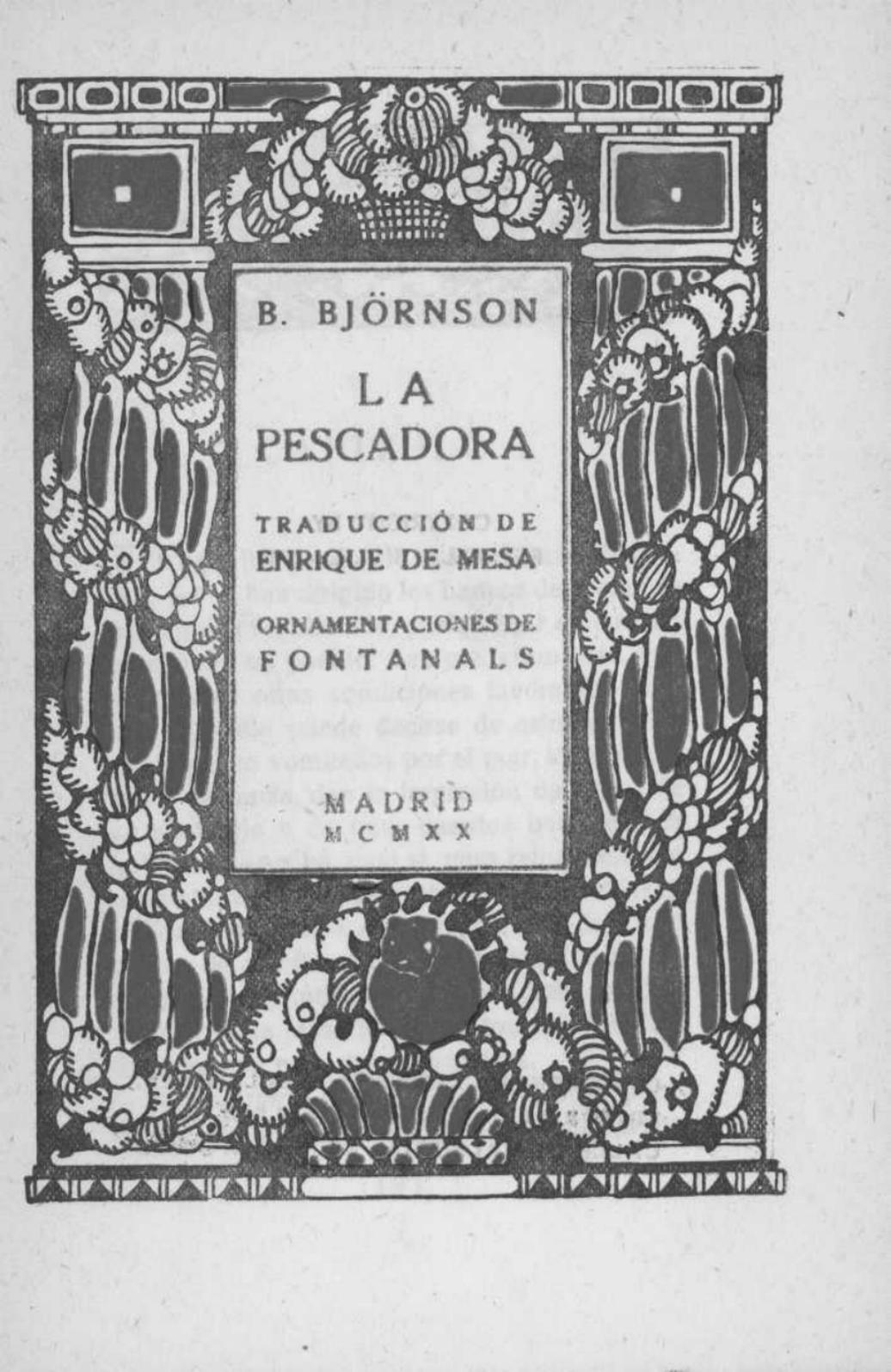
874



ESTRELLA

GRANDES ESCRITORES MODERNOS

Fondo bibliográfico
Biblioteca Nacional
Biblioteca Pública de la
Ciudad de México



B. BJÖRNSSON

LA
PESCADORA

TRADUCCIÓN DE
ENRIQUE DE MESA

ORNAMENTACIONES DE
FONTANALS

MADRID
MCMXX

B. BJÖRNSSON

L. A.
PESCADORA

DE
COPYRIGHT BY
ESTRELLA, S. A. E. - 1920

DE
FONTANALS

MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28. — MADRID



CAPÍTULO I

EN aquellos puntos de la costa hacia los cuales se han dirigido los bancos de arenques con alguna regularidad, suele surgir de cuando en cuando un pueblo, siempre, claro está, que se reúnan otras condiciones favorables para ello. No sólo puede decirse de estos pueblos que parecen vomitados por el mar, sino que, a cierta distancia, dan la impresión de restos de un naufragio o de unos cuantos botes con la quilla hacia arriba, cual si, para refugio en una noche tormentosa, los pescadores los hubiesen vuelto de propósito. Al acercarse más, darse uno cuenta de cómo han ido formándose; en medio de la calle principal se ve una gran roca; el agua parte la plaza por dos o tres sitios; las callejuelas son estrechas y tortuosas.

Un solo rasgo es común a todos; en el puerto pueden entrar barcos grandes; sus aguas son

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

tañ tranquilas como una taza de te, y tales bahías abrigadas son, por consiguiente, muy hospitalarias para los barcos que, batidos por las olas, con las velas rotas, llegan de arribada forzosa desde alta mar en busca de un refugio momentáneo.

Un pueblo de esta clase es muy tranquilo; todo el ruido está concentrado en los muelles, donde amarran los botes de los pescadores y se cargan y descargan los barcos. En el pueblo a que nos referimos, la única calle se extiende a lo largo de los muelles; las casas, blancas y encarnadas, de un piso o dos, se alinean al lado opuesto, no tapia con tapia, sino separadas por lindos jardines. Es, pues, una calle larga y ancha, que por lo general, cuando el viento sopla del mar, huele a lo que hay depositado en el muelle. Sus habitantes son muy morigerados, no por miedo a la Policía, que no existe comúnmente, sino por temor a las críticas de unos y de otros, pues todos se conocen. Si uno se pasea por la calle, tiene que quitarse el sombrero al pasar por delante de casi todas las ventanas, y, por lo común, siempre hay en ellas alguna señora que le devolverá el saludo. Además, es preciso saludar a todo el que se encuentra; pues aquellas buenas gentes son esclavas de las conveniencias para con todo el mundo en general y para ellos en particular. El que

L A P E S C A D O R A

traspase los límites que le marcan su jerarquía y su profesión, pierde su buen nombre, porque, siendo su padre y su abuelo tan conocidos como él, siempre recordaría todo el mundo el nombre del primero que en la familia hubiese mostrado tendencia a lo incorrecto.

A este tranquilo pueblo llegó, hace muchos años, un hombre de mérito, llamado Perico Olsen. Venía del campo, donde se ganaba la vida como tahonero y violinista. En el lugar abrió una tienda para sus antiguos parroquianos, y en ella vendía chucherías, licores y pan; allí se le veía paseando por la trastienda, tocando contradanzas y marchas y atisbando por la vidriera. Si entraba algún parroquiano, suspendía inmediatamente la música y lanzábase a la tienda. Su negocio prosperó, casóse y tuvo un hijo, al cual puso su mismo nombre; pero, en vez de llamarle Perico, le llamó Pedro.

El pequeño Pedro debía ser lo que no era él, Perico: un hombre instruido, y a este fin le enviaron a la Escuela de Humanidades. Y cuando aquellos que debían ser sus compañeros le pegaban y no le admitían en sus juegos por ser hijo de Perico Olsen, Perico Olsen le obligaba a palos a volver a la escuela; pues no podía instruirse de otra manera. El pequeño Pedro encontróse, pues, abandonado en la escuela; se hizo perezoso, y, poco a poco, tan indiferente a

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

todo, que su padre llegó a no conseguir sacarle ni lágrimas ni sonrisas. Finalmente, Perico renunció a las palizas y se llevó a su hijo a casa. Muy grande fué su sorpresa cuando vió que el muchacho servía a los parroquianos cuanto pedían, sin dar nunca un grano de más, sin comerse nunca una ciruela, y pesando, contando y calculando sin perder su aplomo, y, lo que es mejor aún, sin hablar, muy sosegadamente y con puntual exactitud. Las esperanzas que el padre pusiera en él, renacieron de nuevo, y le envió a Hamburgo para que asistiera a una Escuela de Comercio y adquiriera buenos modales. Estuvo fuera ocho meses; era suficiente. Cuando volvió traía seis trajes nuevos, y al desembarcar los sacó puestos uno encima de otro, porque „lo que se lleva encima no paga derechos“. Aparte la cintura, su aspecto no varió en nada cuando al día siguiente apareció en la calle. Andaba tieso y rígido, con las manos caídas a los lados; se quitaba el sombrero de un tirón y se inclinaba como si no tuviera coyunturas, para volver inmediatamente a recobrar su rigidez; era la cortesía en persona; pero todo lo hacía sin pronunciar una palabra, de una manera sencilla y tímida. Escribía su nombre Ohlsen, en vez de Olsen, y esto dió origen a que el ingenio popular se burlase de él, diciendo: „¿Ha traído muchas cosas de Ham-

L A P E S C A D O R A

burgo Pedro Olsen? ¡Ya lo creol Hasta una letra". Pensó en hacerse llamar don Pedro; pero la h que intercalara en su apellido habíale proporcionado ya bastantes sofoquinas, y renunció a la idea, limitándose a firmar P. Ohlsen.

Amplió el negocio de su padre, y antes de cumplir los veintidós años casóse con una dependiente de manos coloradas, con objeto de tener alguien que cuidase de la casa; pues su padre se había quedado viudo poco tiempo antes, y era más barato tener una mujer que un ama de gobierno. Al año de su matrimonio tuvo un hijo, que una semana después recibió el nombre de Pedro.

Cuando el bueno de Perico Olsen fué abuelo, sintió a modo de necesidad de hacerse viejo. Dejó el negocio a su hijo, se acomodó en un banco a la puerta de la tienda, y se dedicó a fumar tabaco curado en una pipa corta. Un día empezó a sentir que el tiempo se le hacía pesado, y despertóse en él el deseo de una muerte rápida, y comoquiera que vió cumplido este deseo, lo mismo que le ocurriera con todos los de su vida, fué el último que tuvo.

Su hijo Pedro había heredado exclusivamente la mitad de sus habilidades, a saber: su instinto comercial. Su nieto Pedrito, en cambio, y según las apariencias, heredaba exclusivamente la otra mitad: su talento musical. Tardó

mucho en aprender a leer; pero cantaba desde muy pequeño, y tocaba tan bien la flauta, que no podía menos de llamar la atención. Era de contextura delicada y temperamento dócil. Pero todo esto constituía motivo de disgusto para su padre, que quería que su hijo tuviese su incansable escrupulosidad. Cuando el chico olvidaba algo, no le pegaba y maltrataba, como hacían con él, sino que le pellizcaba. Y lo hacía tranquilamente, de un modo que pudiéramos llamar amistoso, casi cortés, pero por la cosa más mínima. Su madre contaba las señales negras y moradas por la noche, cuando le acostaba, y le besaba en ellas, sin atreverse a decir una palabra; pues de hacerlo, también habría recibido algún pellizco. Por cada roto de sus trajes (que eran de los que su padre se comprara en Hamburgo), por cada borrón que tuviera en los cuadernos, se le llamaba a capítulo. Constantemente oía lo mismo: „Pedrito, no hagas eso“. „Ten cuidado, Pedrito“. „Acuérdate, Pedrito“. Temía a su padre, y su madre le era indiferente. Entre sus compañeros era poco paciente; en seguida comenzaba a llorar y a rogarles que no le estropearan la ropa. Le apodaron „la Vieja“, y no le hacían caso. Parecía el patito enfermizo y sin plumas, que anadea siempre detrás de los otros y sale huyendo a gran distancia, con el bocado que logra arrebatarse para sí. Nadie hacía

L A P E S C A D O R A

migas con él, y él no hacía migas con nadie.

Pero un día descubrió que entre los chicos pobres del pueblo era otra cosa: le hacían concesiones, porque era más fino que ellos. Una muchacha alta y robusta, que capitaneaba el bando, le tomó bajo su protección. Él nunca se cansaba de mirarla. Tenía la muchacha los cabellos negros como el ala del cuervo, muy rizados y peinados con los dedos; sus ojos eran de azul oscuro; su frente, estrecha, y toda su cara parecía como si se concentrara en un solo punto, por decirlo así, y volase hacia uno. Siempre estaba trabajando o moviéndose; en verano, descalza, con los brazos desnudos y tostada por el sol; en invierno, vestida como los demás chicos van en verano. Su padre era piloto y pescador. Ella andaba de un lado para otro, vendiendo el pescado; amarraba el barco contra viento y marea, y cuando su padre estaba fuera, ejerciendo su oficio de piloto, se ocupaba de la pesca. Todo el que la veía, forzosamente tenía que reparar en ella; tal era el aire de independencia que se desprendía de todo su ser. Su nombre era Gunlaug, pero la llamaban „la Pescadora“, título que aceptaba como merecido. En sus juegos siempre se ponía de la parte débil; sentía la necesidad de cuidar de alguien, y por eso tomó bajo su amparo a aquel muchachito enclenque.

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

En su barca podía Pedrito tocar la flauta: cosa que le estaba prohibida en casa, pues suponían que tal ocupación le hacía no pensar en sus lecciones. Ella le llevaba remando por la bahía, permitíale acompañarla en sus largas expediciones de pesca, y no tardó mucho en consentirle también ser su compañero en las expediciones nocturnas. En éstas hacíanse al mar a la puesta del sol, en el silencio del claro verano. Él tocaba la flauta, o escuchaba a Gunlaug, que le contaba todo lo que sabía de tritones y espectros, naufragios, países extraños y gente negra; cosas que los marineros le habían contado a ella. La muchacha compartía su comida con Pedrito, lo mismo que su ciencia, y él aceptaba todo, sin dar nada en cambio; pues no sacaba comida de su casa, ni ciencia de la escuela. Remaban hasta que el sol se escondía tras las nevadas montañas; luego desembarcaban en una isla y encendían fuego; es decir, quemaban un montón de ramas y varas de que hacían provisión previamente; él se sentaba y se quedaba contemplándolo. Gunlaug siempre llevaba para él una chaqueta de marinero, de su padre, y una manta, y en ella le envolvía cuidadosamente. Luego vigilaba el fuego, y mientras Pedrito procuraba dormirse, quedábase en vela, cantando a media voz retazos de canciones e himnos, hasta que él se dormía, y des-

L A P E S C A D O R A

pués más bajo aún. Cuando el sol comenzaba a apuntar por el lado opuesto del cielo y a extender su luz fría y amarillenta sobre las montañas, como anuncio de su llegada, Gunlaug le despertaba. Los bosques estaban aún negros y las praderas oscuras; pero pronto comenzaban a adquirir un tono rojizo, y luego a brillar, hasta que las crestas de las montañas se iluminaban, y los mil colores del sol naciente percibíanse con claridad. Entonces botaban la barca, que dejaba una estela en la bruma matinal, y a poco estaban en la orilla con otros pescadores.

Cuando llegó el invierno y cesaron las expediciones, iba a buscarla a su casa. Iba un día y otro; la observaba mientras ella hacía labor, pero ninguno de los dos hablaba mucho; dijérase que estaban sentados esperando que llegara el verano. Cuando al fin llegó, la perspectiva de la nueva vida cambió, desgraciadamente, por completo. El padre de Gunlaug murió; ella dejó el pueblo, y por consejo del maestro fué colocado el muchacho en la tienda. Allí estaba, junto a su madre; pues el padre, que había ido paulatinamente tomando el color de los granos que pesaba, vióse obligado a meterse en la cama, en la trastienda. Desde allí, sin embargo, aún podía tomar parte en todo lo que ocurría, insistiendo en que le advirtieran de las

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

ventas, y pretendiendo no oír hasta que estaban bastante cerca de él, para poder pellizcarlos. Una noche en que la mecha de aquel candil se había quedado muy seca, la luz se apagó. Su viuda lloró, sin saber a punto fijo por qué, pero su hijo no pudo verter ni una lágrima. Como tenían bastante dinero para vivir, dejaron el negocio, borraron todos los recuerdos del pasado, y convirtieron la tienda en un salón. Allí, tras la ventana, se sentaba la madre haciendo media, mientras Pedrito, en el cuarto del otro extremo del pasillo, tocaba la flauta. Pero, así que llegó el verano, compró una barca pequeña y ligera, y, atravesando hacia la isla, dirigióse al sitio en que estuvo con Gunlaug.

Y un día, hallándose tumbado entre los liezos, vió una barca que se dirigía hacia la isla; al llegar a la orilla, colocóse junto a la suya, y Gunlaug saltó a tierra. Estaba exactamente lo mismo que antes, sólo que completamente desarrollada y más alta aún que otras mujeres. Gunlaug, al verle, volvióse lentamente; no se le había ocurrido pensar que él también sería un hombre.

Aquella cara pálida y flaca no le era familiar; ya no era enfermiza y refinada: era, sencillamente, obtusa. Pero al verla él, sus ojos se iluminaron con la luz de los antiguos sueños. Ella

se acercaba más y más, y a cada paso que daba dijérase que desaparecía un año para él; y cuando, al final, estuvo en el sitio en que él la aguardaba, puesto de pie, Pedrito reía y hablaba como un niño; la cara envejecida era la máscara que ocultaba al niño; era más viejo, es verdad, pero no había crecido.

Y aquél era el niño que ella buscaba, y ahora que le había encontrado, no sabía qué hacer con él; se reía y se ruborizaba. Involuntariamente, y por primera vez en su vida, él se sintió poseído por algo semejante a la fuerza, y en aquel momento apareció más bello; quizá aquello no duró más que un instante, pero en aquel instante Gunlaug fué vencida.

Era la suya una naturaleza que sólo podía amar lo que es débil: aquello por lo que se había afanado con ternura. Gunlaug pensaba estar dos días en el pueblo, y permaneció dos meses. En estos dos meses, él adelantó más que en toda su juventud. Llegó a salir de su indolencia, hasta el punto de hacer planes: quería irse a recorrer el mundo; quería ser músico. Pero un día en que repitió este anhelo suyo, ella se puso pálida y dijo:

— Si; pero antes tenemos que casarnos.

Él la miró. Ella sostuvo su mirada sin pestañear. Los dos se pusieron colorados, y luego dijo él:

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

— ¿Qué diría la gente?

Gunlaug nunca imaginó que él pudiera tener más voluntad que la suya, por la sencilla razón de que ella no tenía otra que la de él. Pero ahora veía el fondo de su alma, y se percataba de que, ni por un momento, pensó nunca comparir con ella más que lo que ella misma allegara. Súbitamente descubrió que así había sido siempre.

Gunlaug empezó por compadecerle, y terminó amando al objeto de su compasión. ¡Si hubiera podido mantener su serenidad un poco más! Porque, viéndola estallar en cólera, él se asustó y exclamó:

— ¡Si quiero!

Gunlaug le oyó; pero la rabia que sentía por su personal estupidez, y la bajeza de él por la propia vergüenza y la cobardía ajena, se tradujo en un odio ardiente. Nunca un amor que comenzase en la niñez y a la puesta del sol, mecido por las olas y a la luz de la luna, acompañado por la flauta y las canciones a media voz, acabó de un modo más lastimoso. Gunlaug, cogiendo con ambas manos a su compañero de infancia, lo levantó en alto y lo zarandeó con todas sus fuerzas. Después marchóse remando hasta el pueblo, e inmediatamente traspuso las montañas.

Él había salido de su casa como un enfermo

L A P E S C A D O R A

de amor que se halla en el camino de la conquista de su virilidad, y tornaba a su hogar como un viejo que nunca logró conocerla ni gozarla. Su vida sólo tenía un recuerdo, y por su locura lo había perdido; sólo existía un sitio en el mundo al que quisiera volver, y no se atrevía a retornar a él. Cuando reflexionó en su propia desgracia y en el modo como habían ocurrido las cosas, su espíritu emprendedor cayó en el marasmo, y no logró levantarse más. Los chiquillos del lugar, a los cuales chocaba su rareza, pronto comenzaron a importunarle, y como era una persona bastante misteriosa en opinión del pueblo — pues nadie sabía exactamente cómo vivía ni lo que hacía —, a nadie se le ocurrió tomar su partido. No tardó mucho en no atreverse a salir a pasear por el pueblo. Su existencia era una continua batalla con los chicos de la calle, los cuales, sin embargo, le hacían el mismo servicio que los mosquitos en el verano; sin ellos habría caído en un estado de modorra continua.

Nueve años más tarde, Gunlaug retornó al pueblo, tan de improviso como se marchó. Iba acompañada por una niña de unos ocho años, que era exactamente lo mismo que fué ella a su edad, con la sola diferencia de un mayor refinamiento en los rasgos; parecía como si estuviera envuelta en las nubes de un sueño. Se

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

dijo que Gunlaug se había casado, que heredó algún dinero, y volvía al pueblo a poner una taberna para marineros.

Establecióla, en efecto, y la manejó de manera que los comerciantes y los contra maestres acudían a su casa para contratar gente, y los marineros para ser contratados. Además, todo el pueblo hacía allí sus pedidos de pescado. Ella nunca cobraba un céntimo por aquellas negociaciones, pero usaba despóticamente de la influencia que le proporcionaban. Aunque mujer, y sin salir nunca de casa, era, sin género de duda, „el hombre“ más influyente del pueblo. La llamaban „Pescadora Gunlaug“, o Gunlaug, „la de la colina“, y el título de „la Pescadora“ pasó a su hija, que correteaba por el pueblo capitaneando a los muchachos de su edad.

La historia *de ella* es la que vamos a relatar. Tenía la hija algo de la fuerza de carácter natural de la madre, y tuvo muchas ocasiones de demostrarlo.





CAPÍTULO II

Los muchos y lindos jardines del pueblo, que florecían por segunda y tercera vez, exhalaran su fragancia después de lluvias torrenciales. El sol ocultábase tras las montañas, eternamente cubiertas de nieve, enrojeciendo el cielo, en que se recortan con oro y llamas, y arrancando a las onduladas cimas brilladores reflejos. Los montes más cercanos estaban en sombra, pero alegrábanse también con los colores de otoño de sus florestas. Las isletas de la bahía, que se siguen una a otra en hilera, y parece como que van bogando hacia la playa, ofrecían con sus espesos bosques más variedad de color que las montañas, por su situación de primer término. El mar estaba tan claro como un cristal; un gran barco había sido lentamente remolcado al puerto. La gente hallábase sen-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

tada en las escalinatas de madera, medio cubiertas a ambos lados por los rosales. Hablaban a través de ellos, de casa a casa, y algunas veces pasaban de un lado a otro, o cambiaban saludos con los transeúntes que se dirigían a los sombreados paseos de las afueras del pueblo. A veces se oía un piano por alguna ventana abierta, y algún otro sonido agudo mezclábase en la conversación. Los últimos rayos del sol, reflejándose en el mar, aumentaban la sensación general de tranquilidad serena.

De repente, en el centro de la ciudad estalló un ruido tan terrible, que hubiera podido suponerse que la plaza había sido tomada por asalto. Los chicos gritaban, desgañitábanse las chicas, otros rapaces decían: „¡Hurra!“; las viejas reñían y daban órdenes, el perrazo del policía ladraba, y todos los canes del pueblo le hacían coro. Cuantos vecinos estaban dentro de las casas, salieron a la calle. El alboroto llegó a ser tan grande, que hasta el alguacil no pudo por menos de volver sobre sus pasos, y exclamar:

- Indudablemente, ocurre algo.
- ¿Qué ocurre? — era la pregunta que dirigían a los que estaban en sus jardines los que llegaban de las afueras.
- Eso preguntamos nosotros: ¿Qué ocurre? — respondíanles.

L A P E S C A D O R A

— ¿Hace usted el favor de decirme lo que pasa? — era la pregunta general, cuando alguno venía del centro del pueblo.

Pero como este pueblo estaba situado en forma de media luna, a orillas de una pintoresca bahía, pasó mucho tiempo antes de que se extendiera de un extremo a otro la respuesta.

Es „la Pescadora“.

Esta personilla ariscada, a quien defendía una madre formidable, y que contaba con la protección de todos los marineros del lugar — sabedores de que habían de obtener un trago en recompensa —, a la cabeza de un ejército de chicuelos había hecho una incursión en un peral de la huerta de Pedro Ohlsen.

El plan de ataque fué el siguiente:

Algunos de los chicos atraerían a Pedro a la parte de delante de la casa, sacudiendo los rosales contra las vidrieras de las ventanas; entretanto, uno de ellos zarandearía el árbol que había en medio del jardín, mientras los demás se dedicarían a tirar las manzanas en todas direcciones por encima de la cerca, y no para robarlas — ¡de ninguna manera! —, sino por divertirse. Este plan ingenioso habíase fraguado aquella misma tarde, detrás del jardín de Pedro. Pero quiso la suerte que éste estuviera sentado al otro lado de la cerca, y lo oyese todo. Pocos momentos antes de la hora fijada, llevó al bo-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

rrachón del policía del pueblo y a un enorme perro, a su casa, y los obsequió.

Durante un rato permitió que los pilluelos sacudieran los rosales cuanto les vino en gana; tampoco se movió cuando vió aparecer por encima de la valla la cabecita rizada de „la Pescadora“ y otras cuantas caritas que curioseaban simultáneamente. Pero cuando todos los que se habían metido en el huerto estaban reunidos al pie del árbol, y „la Pescadora“, descalza y con el vestido roto, había trepado a él para menearle, abrióse de repente la puerta de atrás, y Pedro y el policía salieron armados de palos y seguidos por el enorme perro.

Los chicos prorrumpieron en gritos de espanto; unas cuantas chicas que, inocentes de lo que ocurría, jugaban tranquilas al otro lado de la cerca, creyendo que en el jardín se había cometido algún asesinato, empezaron a chillar con toda su alma; los muchachos que escaparon, vociferaban „¡Viva!“; los que aún estaban montados en la valla, escandalizaban bajo una lluvia de palos, y para completar el concierto, algunas viejas — como sucede siempre que los chiquillos gritan — aparecieron en escena y unieron sus gritos a los otros. Pedro y el policía llegaron a asustarse, y viéronse obligados a parlamentar con las viejas. Entretanto los muchachos escaparon. El perro, que era lo que más

L A P E S C A D O R A

temían, saltó la valla y siguió en su persecución — aquello le agradaba —, y allá fueron corriendo por todo el pueblo, como patos salvajes, chicos, chicas y perro, acompañados de un gran alboroto.

Mientras tanto, „la Pescadora“ estaba encaramada en el árbol, pensando que nadie sabía que estaba allí. A horcadas en una de las ramas más altas, observaba por entre las hojas el curso de la refriega. Cuando el enfurecido policía salió a hablar a las mujeres, Pedro Ohlsen quedó sólo en el jardín, dirigióse al árbol, y mirando hacia arriba gritó:

— ¡Ya estás bajando, bribonal

En el árbol no se movió ni una hoja.

— ¡Te digo que bajes! Ya sé que estás ahí. Silencio absoluto.

— Lo que voy a hacer es ir a buscar mi escopeta y pegarte un tiro.

E hizo ademán de ir hacia la casa.

— ¡Aú... Aú... Aú...! — se oyó en el árbol.

— Bueno, aúlla cuanto quieras. Te aseguro que te vas a llevar una buena perdigonada; eso tenlo por cierto.

— ¡Aú... Aú... Aú...! — fué la respuesta —. ¡Tengo mucho miedo!

— ¡Tienes el demonio en el cuerpo! Eres de lo peor que he visto en mi vida. Pero ahora te tengo en mi poder.

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

— ¡Ah, señor, sea usted bueno! No lo volveré a hacer—. En el mismo momento una manzana madura, acompañada de una fresca carcajada fué derecha a su nariz. La manzana se estrelló en su cara como un bollo, y mientras él se limpiaba, la chica saltó al suelo. Antes de que Pedro pudiese cogerla, ya estaba encima de la valla, y habría podido saltarla perfectamente, si el miedo de que él fuera detrás, no la hubiera obligado a soltarse, en vez de trepar tranquilamente.

Pero cuando Pedro logró atraparla, la revoltosa dió un grito penetrante y agudo. Él se asustó y soltó la presa. Al oír aquel grito, se reunió una porción de gente al otro lado de la valla. La chicuela, al darse cuenta de ello, recobró ánimos.

— Déjeme, o se lo diré a mi madre — amenazó, ardiendo de coraje.

Entonces él se fijó en su cara, y dijo:

— ¡Tu madre! ¿Quién es tu madre?

— Gunlaug, „la de la colina“; Gunlaug, „la Pescadora“ — repitió la chica con aire triunfante. Comprendió que él estaba asustado.

Debido a su miopía, Pedro nunca se había fijado en la chica. Era la única persona del pueblo que no la conocía. Ni siquiera sabía que Gunlaug estuviese en el pueblo. Como loco, gritó:

L A P E S C A D O R A

— ¿Cómo te llamas?

— ¡Petra! — respondió ella aún más alto.

— ¡Petra! — exclamó Pedro; y volviendo la espalda, entró en la casa como si hubiese hablado con el demonio.

Pero como la palidez que produce el terror no se diferencia en nada de la que causa la furia, Petra creyó que había ido a buscar la escopeta. El miedo se apoderó de ella; imaginábase que sentía el tiro en su espalda, y como quiera que en aquel momento abrieran desde fuera la puerta del jardín, aprovechó la ocasión y se lanzó a la calle. Era la imagen del miedo: sus cabellos caían en desorden, sus ojos echaban chispas, el perro, con el cual se cruzó por casualidad, volvióse tras ella ladrando con furia, y así penetró en casa de su madre, que justamente en aquel momento salía de la cocina con una sopera. La muchacha cayó sobre la sopera, la sopa esparcióse por el suelo, y un „¡llévete el diablo!“ la siguió.

Nadando aún en sopa, exclamó:

— ¡Me va a matar, me va a matar!

— ¿Quién va a matarte, diablillo?

— Pedro Ohlsen, porque estábamos cogiendo sus manzanas—. Ella siempre decía la verdad.

— ¿Quién dices, chiquilla?

— Pedro Ohlsen. Viene detrás de mí con una escopeta muy grande, para matarme.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

— ¡Pedro Ohlsen! — exclamó la madre con aire feroz, y se rió después. Dijérase que había crecido.

La chica empezó a gritar, y disponíase a correr, cuando la madre se acercó a ella, y rechinando los dientes como un animal de presa, la cogió por los hombros y la puso de pie.

— ¿Le has dicho quién eras?

— ¡Sí, sí!

La muchacha levantó los ojos implorantes; la madre se irguió en toda su estatura.

— ¿De modo que lo sabe?... ¿Y qué ha dicho?

— Echó a correr, a buscar la escopeta: iba a matarme.

— ¡Que te mate! — dijo la madre con sarcasmo.

La muchacha, aterrada y cubierta de sopa, se había metido en un rincón. Hallábase secándose y llorando, cuando su madre volvió a ella de nuevo:

— Si vuelves a acercarte a él — dijo, cogiéndola y zamarreándola — o a hablarle, ya podéis los dos encomendaros a Dios. Se lo puedes decir de mi parte — repitió en tono amenazador, al ver que la chica no respondía inmediatamente.

— ¡Sí, sí!

— Díselo de mi parte — repitió una vez más

L A P E S C A D O R A

al marcharse, pero esta vez con más suavidad y sin menear la cabeza a cada palabra.

La chiquilla se lavó, se cambió de ropa, y vestida con el traje de los días de fiesta, sentóse en los escalones de la puerta. Pero al pensar el susto que había pasado, de nuevo comenzaron sus sollozos.

— ¿Por qué lloras, niña? — preguntó una voz en el tono más amable que ella oyera nunca.

Petra alzó los ojos, y al ver frente a ella a un hombre esbelto, con lentes y una cara que imponía respeto, levantóse de un salto, porque era Juan Oedegaard, joven ante quien todo el mundo se ponía de pie.

— ¿Por qué lloras?

Ella le miró, y le dijo que con otros chicos había ido al huerto de Pedro Ohlsen a coger manzanas, y que Pedro y el policía habían salido, y después... Recordó que su madre habíase manifestado algo incrédula respecto a lo de querer matarla; así es que no se atrevió a decirlo; pero, en cambio, dió un gran suspiro.

— ¿Es posible — dijo él — que una muchacha de tu edad participe de un pecado tan grande?

Petra le miró; comprendía muy bien que aquello era un pecado, aun cuando siempre se le había representado con la figura del demo-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

nio de la obscuridad, Satanás, de cabellos rizados. Sintióse avergonzada de sí misma.

— Me choca mucho que no vayas a la escuela a aprender los Mandamientos y saber discernir entre el bien y el mal.

La chiquilla comenzó a retorcerse el vestido, y replicó que su madre no quería que fuese a la escuela.

— ¿De modo que no sabes leer?

— Sí, sé leer.

Él sacó un librito y se lo dió.

Ella lo miró, luego lo cerró, y examinó la cubierta.

— No sé leer en letra tan pequeña — dijo.

Pero él hubo de insistir, y ella adoptó un aire verdaderamente estúpido; sus ojos y su boca se cerraban, y su cuerpo desmayábase con indolencia.

— D... i... os... di... jo... Dios dijo a M...

— ¡Dios santo, no sabes leer todavía, y lo menos tienes diez o doce años! ¿No te gustaría aprender a leer?

Procuró darle a entender que sí la gustaría.

— Entonces, ven conmigo; vamos a poner manos a la obra en seguida.

La chica hizo un movimiento, dirigiendo la mirada a la casa.

— Sí, díselo a tu madre — dijo Oedegaard. Casualmente la madre pasaba por delante

L A P E S C A D O R A

de la puerta, y viendo a la chica hablar con un desconocido, salió.

— Quiere enseñarme a leer — dijo la muchacha, vacilante y mirando a su madre.

Ésta no dijo nada, pero se puso en jarras y miró a Oedegaard.

— Su hija es muy ignorante — dijo él —. No tiene usted justificación ante Dios, al dejarla crecer de este modo.

— ¿Quién es usted? — preguntó Gunlaug con acritud.

— Juan Oedegaard, el hijo del pastor.

La cara de ella se iluminó un punto; no había oído más que alabanzas de aquel muchacho. Juan continuó:

— Siempre que he venido aquí, me he fijado en esta niña. No es posible permitir que emplee su inteligencia en lo malo únicamente.

La expresión de la cara de la madre decía bien claro:

— ¿Y a usted qué le importa eso?

Sin embargo, él repuso con calma:

— Supongo que tendrá que aprender algo.

— No.

Un ligero rubor cubrió la faz del muchacho.

— ¿Por qué no?

— Las gentes que saben, ¿son mejores por eso?

Ella sólo había visto un ejemplo, y a él se aferraba.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

— Me sorprende mucho que nadie pueda preguntar tal cosa.

— Sí, naturalmente; yo lo sé: no son, ni con mucho, mejores.

Y al decir esto bajó los escalones, para poner término a una conversación tan ociosa. Pero él cruzóse en su camino.

— Es un deber al que usted no puede sustraerla. Es usted una madre sin sentido.

Gunlaug le midió con la vista de pies a cabeza.

— ¿Quién le ha dicho a usted lo que yo soy — dijo, haciendo ademán de marcharse.

— Usted misma, en este momento; de otra suerte ya habría usted advertido que la niña está labrando su ruina.

Gunlaug se volvió, y sus miradas se encontraron; percatóse de que él pensaba lo que decía, y tuvo miedo. Su único trato hasta entonces fué con marineros y navegantes; nunca había oído un lenguaje parecido.

— ¿Qué quiere usted hacer con la niña? — preguntó.

— Enseñarla lo que es necesario para salvar el alma, y después ver el partido que puede sacarse de ella.

— Mi hija no será sino lo que yo quiera que sea.

— Perdone usted: será lo que Dios tenga dispuesto.

Gunlaug estaba estupefacta.

— ¿Qué quiere usted decir con eso? — dijo acercándose a él.

— Quiero decir que hay que cultivar en ella las condiciones que tenga; a este fin se la ha concedido Dios.

— Y yo, su madre, ¿no he de tener ningún dominio sobre ella? — preguntó, como queriendo realmente saberlo.

— Ciertamente; pero debe usted respetar el consejo de las personas que sepan más que usted; debe usted acatar la voluntad de Dios.

Gunlaug permaneció un momento en silencio.

— ¿Y si aprende demasiado? — dijo —. Una chica pobre. . . — añadió mirando con ternura a su hija.

— Si aprende demasiado para su posición, habrá alcanzado otra superior.

Gunlaug comprendió en seguida el pensamiento de él; pero mirando cada vez más pensativa a la niña, dijo como hablando consigo misma:

— Es peligroso.

— No se trata ahora de eso — añadió él con indulgencia —; sólo nos interesa lo que es justo.

Una expresión extraña pintóse en los ojos de ella; le miró de nuevo inquisitivamente, pero halló tal sinceridad en su voz, en sus palabras,

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

en su rostro, que Gunlaug sintióse vencida. Se acercó a la niña, le puso las manos sobre la cabeza, pero no dijo palabra.

— La daré lecciones hasta que se confirme— dijo Juan como para alentarla—. Quiero hacerme cargo de la niña.

— ¿Y va usted a separarla de mí?

Él se detuvo y la miró fijamente.

— Seguramente usted sabe de eso más que yo — añadió ella en un esfuerzo —; pero si no fuera porque emplea usted el nombre de Dios... Se calló; alisaba con la mano los cabellos de su hija, y luego, quitándose el pañuelo que llevaba puesto al cuello, lo anudó al de la niña. De este modo dió su consentimiento para que Petra se fuese con su espontáneo preceptor; pero apresuróse a meterse en la casa, como si no quisiera verla marchar.

Ante aquel proceder de Gunlaug, Juan sintió un poco de terror de lo que, en su celo juvenil, había tomado a su cargo. La niña también sintió miedo de la primera persona que había conseguido dominar a su madre. Y así, con temor por ambas partes, procedieron a la primera lección.

De día en día parecía a él que la niña hacía progresos en ciencia y conocimientos, y las conversaciones de los dos tomaban a veces un giro curioso. Con frecuencia quería él presen-

L A P E S C A D O R A

tarle caracteres de algunos personajes bíblicos o históricos, haciéndola notar especialmente la vocación que Dios les inspirara. Extendíase hablando de Saúl y su disoluta vida; de David, que, cuando niño, guardaba los rebaños de su padre, hasta que llegó Samuel y puso sobre él la mano del Señor. Pero la muestra más maravillosa de la vocación era cuando Jesús andaba por el mundo, y se detenía en los pueblecillos de pescadores, y les llamaba para que le siguiesen. Y los pobres pescadores se levantaban y le seguían, hasta sufrir martirios e incluso la muerte, y siempre con el corazón alegre, porque el convencimiento de la vocación nos sostiene en todos los trabajos.

Esta idea encantaba a la niña, quien no pudiendo resistir más, le preguntó acerca de su propia vocación. Juan la miró hasta ruborizarla, respondiéndola luego que únicamente mediante el trabajo llegamos a conocer nuestra vocación, y que todo el mundo tiene la suya, aun cuando sea modesta y hasta insignificante.

Ante esto apoderóse de ella un gran celo, que aguijándola a trabajar con la energía de una persona mayor, la distrajo de sus juegos y la puso pálida y delgada. Se sintió invadida por ansias románticas; quiso cortarse el pelo, vestirse de muchacho y marcharse por el mundo a luchar; pero un día su maestro la dijo que

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

su pelo era muy bonito, y entonces empezó a cuidársele, se aficionó a él, y por no estropear aquel largo pelo, sacrificó un nombre heroico.

Desde aquel día, ser una muchacha tuvo para ella una significación distinta de lo que tuviera hasta entonces, y sus trabajos adelantaron más, iluminados por el resplandor de los sueños.





CAPÍTULO III

CUANDO niño, el padre de Juan abandonó su casa de Oedegaard, parroquia de la diócesis de Bergen. La gente se había interesado por él, y llegó a ser un hombre instruido y un predicador austero. Era, sin embargo, un carácter dominante, pero más en hechos que en palabras, amparándole en ello su buena fama, según decía la gente. A este hombre, que por tenacidad llevó a la práctica todos sus planes, la suerte le deparaba una contrariedad, surgida de donde él menos podía esperarla, y que había de apenarle sobremanera.

Tenía tres hijas y un hijo. El hijo, Juan, era el orgullo de la escuela; su mismo padre le ayudaba a preparar sus lecciones, y sentía un gran placer en hacerlo. Juan tenía un amigo, que con su ayuda alcanzó en la escuela un puesto inmediato al suyo. Queriale entrañable-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

mente; después que a su madre, más que a nada en el mundo. Fueron juntos a la escuela, juntos a la Universidad, juntos hicieron sus dos primeros exámenes y comenzaron a prepararse para la misma carrera. Un día que bajaban alegremente por la escalera, después de haber estado discutiendo sus planes de trabajo, en un momento de expansión Juan saltó sobre la espalda de su amigo, el cual, desprevenido, rodó al suelo.

La caída aquélla prodújole la muerte a los pocos días. Cuando el pobre muchacho agonizaba, rogó a su madre, que era viuda y estaba a punto de perder a su único hijo, que cumpliera su última voluntad, adoptando a Juan. La madre murió casi inmediatamente después que su hijo; pero, de acuerdo con su voluntad, dejó su gran fortuna a Juan Oedegaard.

Pasó mucho tiempo antes de que Juan se repusiese de la impresión producida en él por estos sucesos. Un largo viaje por el extranjero le rehizo lo bastante para ponerle en condiciones de terminar sus estudios de Teología, pero no hubo medio de convencerle de que hiciese uso de su título.

La ilusión de su padre era haberle visto como ayudante en la parroquia, pero no consiguió hacerle subir al púlpito ni una sola vez; siempre respondía lo mismo: „que no tenía voca-

L A P E S C A D O R A

ción". Aquello fué un desencanto tan grande para su padre, que le hizo envejecer. Había empezado a ejercer tarde — en este momento ya era viejo —, y había trabajado mucho, y siempre con un fin. Y ahora su hijo vivía en su misma casa, en el piso alto, ocupando varias habitaciones bien amuebladas, mientras abajo, en su despachito, el viejo pastor trabajaba sin descanso a la luz de la lámpara que lucía en la noche de su vejez. Después de aquel desencanto, no quiso ni pudo aceptar la ayuda de un extraño, ni tampoco quiso condescender con los deseos y el alejamiento de su hijo. Por consiguiente, no descansaba ni en invierno ni en verano; su hijo, en cambio, viajaba todos los años una temporada. Cuando Juan estaba en la casa, no tenía más trato con los familiares que sentarse a la vera de su padre y comer con él, más o menos en silencio. Pero los afortunados que lograban hablar con el hijo del pastor, hallábanse ante una extraordinaria claridad de concepto y un afán de verdad que siempre hacía molesta la conversación. Nunca iba a la iglesia, pero dedicaba más de la mitad de su renta a caridades, y siempre con instrucciones previas de cómo había de emplearse.

Aquella beneficencia independiente era tan distinta de los usos del pueblo, que todo el mundo estaba aturdido. Si a esto se añade su

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

reserva, sus continuos viajes al extranjero y la repugnancia a hablar de sí mismo, podrá comprenderse fácilmente que fuese tenido por un personaje misterioso, a quien atribuían toda clase de dones, siendo en general querido y respetado. Cuando tal hombre se dedicó a proteger a „la Pescadora“, creció en la estima de todos.

Entonces comenzaron otras personas a interesarse por la chica, principalmente las mujeres. Un día Petra fué a casa de su protector vestida con todos los colores del arco iris; se había puesto todos los regalos que tenía, suponiendo que ello sería del gusto de él; pues siempre le agradaba que fuese bien aderezada. Pero apenas llegó ante su vista, Juan le prohibió que aceptase regalos de nadie; la llamó vanidosa y loca, que sólo se ocupaba de cosas nimias y que se deleitaba con bagatelas. Al volver al día siguiente, con los ojos enrojecidos por el llanto, Juan se llevó a la niña a dar un paseo por las afueras del pueblo. Le habló de David — siguiendo su costumbre de pintar tal o cual figura, y presentando las que ya conocía bajo un nuevo aspecto —. Primero le pintó como fuera en su juventud, hermoso y lleno de vigor y de una fe inquebrantable — mucho antes de ser un hombre tomaba parte en procesiones triunfales —. De pastor

L A P E S C A D O R A

fué llamado a ser rey; vivió en cavernas; pero concluyó edificando Jerusalén. Ataviado con riqueza, tocaba ante el doliente Saúl, y luego ya rey, y enfermo, tocaba y cantaba para sí, vestido con los andrajos del arrepentimiento. Cuando hubo terminado su gran obra, buscó distracción en el pecado; después vino el profeta y el castigo, y fué niño de nuevo. David, que con sus cánticos de alabanza pudo exaltar a todo el pueblo de Dios, se postra aniquilado a los pies del Señor. ¿Cómo estaba más hermoso: cuando, coronado por la victoria, cantaba y danzaba ante el arca, o cuando, en la soledad de su cámara, pedía misericordia al Vengador?

La noche siguiente a esta conversación, Petra tuvo un sueño que recordó toda su vida. Soñó que iba montada en un caballo blanco, en una procesión triunfal; pero al mismo tiempo se veía vestida de andrajos, danzando delante del caballo.

Algún tiempo después, estando sentada en el lindero del bosque que domina el pueblo, estudiando su lección, pasó a su lado Pedro Ohlsen, y con una extraña sonrisa, murmuró: „Buenas tardes“. Desde el día famoso del jardín, Pedro había intentado varias veces acercarse a ella.

Aun cuando había transcurrido más de un año, el mandato de su madre prohibiendo ha-

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

blarle, estaba tan presente en su cerebro, que no respondió. Pero, día tras día, siguió Ohlsen pasando por su lado y saludándola. Petra hasta llegó a echarle de menos si alguna vez no pasaba. Un día le dirigió una pregunta al pasar; luego fueron dos, y, finalmente, las preguntas se convirtieron en conversación. En una de ellas, después de charlar un rato, él deslizó en su regazo una moneda de plata, y se marchó a toda prisa, cantando. La chica quedóse perpleja. Ahora resultaba que hablar con él era contrario a la orden de su madre, y aceptar regalos contra la de Oedegaard. La primera había ido contraviniendo poco a poco; pero dábase cuenta de ello ahora, que contravenía la segunda. Trató de librarse del dinero, gastándolo en la primera tienda que encontró al paso; pero por más esfuerzos que hizo, no logró comerse todo el duro. Después se arrepintió de haberle cambiado, en vez de devolverlo. El cambio que llevaba en el bolsillo parecía que se lo quemaba materialmente. Súbito lo cogió y lo tiró al mar. Pero ni aun así consiguió librarse del duro; lo tenía en el pensamiento. Si se confesase, su cerebro descansaría: estaba segura de ello; pero temió a la furia maternal de antaño, y pensó que Oedegaard perdería la confianza que tenía en ella. Su madre no notó nada, pero Oedegaard pronto advirtió que en

L A P E S C A D O R A

su mente había algo que la turbaba. Un día le preguntó qué era; Petra, en vez de responder, se echó a llorar, y él, creyendo que se trataría de algún apuro pecuniario, le dió un billete de diez duros. El hecho de recibir dinero del maestro, a despecho de su gran pecado, en contra suya, le causó una impresión profunda, y como, además, era dinero que podía entregar a su madre — dinero honrado —, sintióse como redimida de su pecado, y dió rienda suelta a su alegría. Le cogió las manos entre las suyas, le daba las gracias, reía, no podía estarse quieta; su alegría brillaba a través de sus lágrimas, y le miraba como un perro mira a su amo cuando va de paseo. En aquel momento, Juan apenas la reconocía: la niña, que de ordinario permaneciera sentada, ensimismada con las palabras de él, aparecía ahora triunfante. Por primera vez dióse cuenta del fondo apasionado y fuerte de la naturaleza de Petra; por primera vez la fuente de la vida vertió su torrente sobre él. Juan volvió la espalda a la niña, rojo y encendido. Ella salió corriendo del cuarto y siguió por la colina hasta hallar el camino que conducía a su casa. Al llegar puso el dinero sobre el fogón, a la vista de su madre, y se echó a su cuello.

— ¿Quién te ha dado dinero? — dijo su madre, enfurecida de repente.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

— Oedegaard, madre; es el hombre más bueno del mundo.

— ¿Para qué lo quiero yo?

— Yo no sé, madre; pero si tú supieras — . Volvió a abrazarse a su madre; iba a contárselo todo. Pero la madre la separó bruscamente.

— ¿Crees que voy a aceptar una limosna? Devuélvele el dinero en seguida. Si le has hecho creer que lo necesito, has mentido.

— Pero, madre. . .

— Devuelve ese dinero inmediatamente, te digo, o voy yo y se lo tiro a la cara a él, al hombre que ha separado de mí a mi hija.

Los labios de su madre temblaban al pronunciar estas palabras. Petra retrocedió y se puso pálida, y abriendo la puerta con calma, deslizóse fuera de la casa. Antes que advirtiese lo que hacía, el billete de diez duros estaba roto en pedazos entre sus dedos. Al darse cuenta de ello, sintió un gran rencor hacia su madre. Pero Oedegaard debería saberlo. Sí, lo sabía todo. No podía mentirle.

Un momento después estaba en su cuarto, contándole que su madre no quería aceptar dinero, y que, en su rabia de tenerlo que devolver, había roto el billete. Hubiera querido decir más; pero él la recibió fríamente y la invitó a volver a su casa en seguida, aconsejándola al mismo tiempo que obedeciera a su madre, aun

cuando le fuese duro hacerlo. Aquello le pareció muy raro a la muchacha; pues sabía perfectamente que él no hacía lo que su padre hubiere querido que hiciese.

Camino de su casa, sus lágrimas contenidas salieron con violencia, y en aquel mismo momento se encontró con Pedro Ohlsen. Hubiera querido huirle, siguiendo su costumbre, pues él era la causa de todas sus desgracias.

— ¿Dónde has estado? — preguntó Pedro cuando pasó junto a ella —. ¿Te ha ocurrido algo?

La emoción de la niña era tan grande, que se dejaba arrastrar por ella. Por más que cavilaba, no acertaba a comprender el motivo que tuviera su madre para prohibirla roce alguno con aquel hombre: probablemente se trataba de una manía como otra cualquiera.

— ¿Sabes lo que he hecho yo? — añadió él riendo, cuando ella se detuvo —. He comprado un bote de vela para ti; he pensado que quizá te gustaría embarcarte alguna vez.

Su amabilidad, que aderezaba con un tono suplicante, era lo preciso para convencerla en aquel crítico momento. Hizo Petra un signo de asentimiento. Se pusieron de acuerdo. Pedro le dijo, casi al oído, que tomara el camino de la derecha y fuese directamente a la casilla de botes grande, la amarilla, mientras él iría por

detrás a reunirse con ella: nadie los vería. Obedecióle Petra; él llegó poco después, feliz, pero respetuoso como un niño grande, y se la llevó en el bote. Navegaron un rato con una brisa ligera, y luego se dirigieron a una isla, donde amarraron el bote y desembarcaron. Él llevaba una porción de chucherías para ella. Díoselas con una alegría mezclada de timidez; luego sacó la flauta y se puso a tocar. Petra se olvidó de su tristeza al ver la felicidad de él, y como en la alegría de las naturalezas débiles siempre hay algo de melancolía, de repente notó que empezaba a interesarse por Ohlsen.

Desde aquel día tuvo siempre un secreto para su madre, y aquello la llevó a ocultarla todo. Gunlaug no preguntaba; una vez confió por entero en una persona, hasta que su confianza fué burlada; desde entonces no se confiaba con nadie.

Pero también para Oedegaard tuvo Petra secretos desde aquel día, pues aceptó muchos regalos de Pedro Ohlsen. Y Oedegaard tampoco preguntaba nada, pero el modo de instruirla fué más indiferente de día en día. Y así, Petra estuvo dividida entre tres personas; con ninguna hablaba de las otras, y tenía algo que ocultar a todas.

Pero entretanto creció, sin advertirlo, y un día Oedegaard le anunció que había llegado el momento de la confirmación.

L A P E S C A D O R A

Aquella noticia la llenó de inquietud, pues sabía que con aquel acontecimiento terminarían sus lecciones, ¿y qué ocurriría entonces? Su madre estaba haciendo construir un atrio en la casa — cuando se confirmase tendría habitación independiente —, y el continuo martilleo y el constante golpear le recordaban tristemente lo que iba a ocurrir. Oedegaard observó que cada día era más tranquila; también pudo advertir que algunas veces lloraba. En tales circunstancias, su enseñanza religiosa hacía una honda impresión en ella, aun cuando él, con exquisito tacto, evitaba todo lo que pudiera turbarla. Por esta causa puso término a sus lecciones unos quince días antes de la confirmación, sin otro anuncio que decirle que aquélla era la última clase. Con ello quería decir la última con él; pues pensaba seguir ocupándose de ella, pero valiéndose de otros. Ella quedóse inmóvil; el color desapareció de sus mejillas; no podía apartar sus ojos de la cara de él. Conmovido, a pesar suyo, Juan apresuróse a dar una explicación.

— No todas las muchachas, ¿sabes?, son tan crecidas cuando se confirman; pero seguramente comprenderás que tú te hallas en este caso.

Si hubiese estado a la llama de un gran fuego, no podría haberse puesto más colorada que se puso al oír estas palabras; su pecho se

agitó, sus ojos parpadearon y se llenaron de lágrimas. Juan, estimulado por esta actitud, apresuróse a añadir.

— ¿Te gustaría continuar lo mismo?

Sólo después de haber hablado, reflexionó en lo que propusiera. No estaba bien, hubiera querido retirarlo; pero ella ya había levantado sus ojos y le miraba. No dijo sí con los labios, y sin embargo, no lo pudo decir más claro. A modo de pretexto para excusarse a sus propios ojos, preguntó él:

— ¿Pero no hay nada a que te gustase dedicarte, algo que tú comprendieras — y se inclinó hacia ella — que fuera tu vocación, Petra?

— ¡No! — respondió ella con tal rapidez, que él se ruborizó y se sumió desanimado en las meditaciones que le habían ocupado durante muchos años; la inesperada respuesta de ella las despertó de nuevo.

Que había algo notable en Petra, nunca lo dudó desde el momento en que la viera, siendo niña, marchar cantando a la cabeza de un ejército de chicos de la calle. Pero cuanto más la enseñaba, menos capaz se sentía de discurrir en qué consistía su talento. A cada paso daba pruebas de que existía; todos sus pensamientos, todos sus deseos eran expresados al tiempo con la cabeza y el cuerpo, con una fuerza extraña, templada un punto con su destello de

belleza. Pero valiéndose de palabras, y más aún escribiendo, era sencillamente infantil. Parecía la imaginación en persona; pero hay que convenir en que él lo consideraba como intranquilidad. Petra era muy aplicada, pero el fin de su estudio más consistía en adelantar que en aprender; lo que estaba en la página siguiente era lo que más le interesaba. Era, naturalmente, religiosa; pero como el pastor decía, „no tenía aptitud para la vida religiosa“, y Oedegaard muchas veces se preocupaba por ella. En aquel momento le parecía como si hubiera retrocedido al punto de donde partieron; su pensamiento, involuntariamente, voló a los escalones de piedra, donde ella accedió a ser su discípula, y oía la voz agria de su madre echando toda la responsabilidad sobre él, porque se valía del nombre de Dios. Después de medir varias veces el cuarto, paseándose, pudo coordinar sus ideas.

— Yo me voy a ir fuera — dijo con cierto disgusto —. He dicho a mis hermanas que se ocupen de ti durante mi ausencia, y cuando vuelva trataremos este asunto. Adiós. Aún nos veremos antes de marcharme —. Y al decir esto se metió en la habitación inmediata con tal rapidez, que ella no tuvo tiempo de darle la mano.

Le vió otra vez donde menos lo esperaba: en el banco del pastor, junto al coro. Estaba fren-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

te a frente a ella, cuando iba a ser confirmada con las demás muchachas. Aquello la excitó tanto, que durante un buen rato su pensamiento se alejó de la santa ceremonia para la cual se había preparado orando humildemente. Sí, el mismo padre de Oedegaard se detuvo y le dirigió una mirada penetrante al adelantarse para comenzar el Oficio. Poco después Petra hubo de sentir otro choque, porque Pedro Ohlsen estaba allí, a los pies de la iglesia, con su traje nuevo. Estiraba el cuello para mirar por encima de las cabezas de los chicos y distinguirla entre la multitud de muchachas. De pronto desapareció, y varias veces ella vió emerger su cabeza, con sus cabellos ralos, para desaparecer en seguida. De pronto, en el mismo momento en que todo el mundo estaba profundamente conmovido, y muchos llorando, Petra se aterroró al ver a Pedro levantarse, con la boca y los ojos muy abiertos, y quedarse de pie como paralizado por el miedo, sin poder sentarse ni hacer el menor movimiento, porque frente a él, irguiéndose en toda su estatura, estaba Gunlaug. Petra se estremeció al ver a su madre, cuyo rostro era tan blanco como la sabanilla del altar.

Parecía como si sus cabellos negros estuvieran erizados, y en su mirada había algo que decía: „¡Fuera de su lado! ¿Qué tienes tú que

hacer con ella?" Bajo aquella mirada, Pedro se dejó caer en su asiento, y minutos más tarde deslizóse fuera de la iglesia.

Quando Petra dejó de distraerse, y conforme el Oficio iba avanzando, más seria era la parte que ella tomaba en él. Y cuando, después de haber pronunciado sus votos, se volvió, y a través de sus lágrimas dirigió una mirada a Oedegaard, como la persona más íntimamente asociada con sus buenos propósitos, pidió con el corazón que nunca pusiera en ella su fe de modo que pudiera avergonzarse. Los ojos bondadosos de él, al dirigirse hacia ella, parecía que imploraban este ruego; pero cuando ella volvió a su sitio y le buscó de nuevo con la vista, Juan había desaparecido. Poco después Petra se fué a su casa con su madre, la cual en el camino exclamó:

— Yo ya he hecho mi parte; ahora que el Señor haga la suya.

Después que hubieron comido — cosa que hicieron solas aquel día —, dijo al levantarse de la mesa:

— Creo que lo mejor que debemos hacer es ir a verle; al hijo del pastor, quiero decir. Aun cuando no sé lo que resultará de todo lo que ha hecho por ti, de todos modos, lo ha hecho con buena intención. Arréglate, hija mía.

El camino que conducía a la iglesia, que tan-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

tas veces habían recorrido juntos, iba rodeando el pueblo por la parte alta. Nunca las habían visto juntas en la calle: la madre apenas había salido desde su vuelta al pueblo. Pero aquel día se lanzó a la calle, deseando recorrerla de un extremo a otro, pasearla con su hija, ya tan crecida.

En la tarde del domingo de la confirmación, todos los habitantes de un pueblo de esta clase están en la puerta de sus casas, o van de una a otra, felicitando, o sencillamente se pasean arriba y abajo, para ver y ser vistos. A cada paso se saludan unos a otros, se paran, se dan la mano y cambian frases de afecto. Los chicos de los pobres aparecen vestidos con los desechos de los ricos, y se exhiben para demostrar su gratitud. Los marineros del pueblo, ataviados con galas extrañas, con sus gorras puestas de lado, y los elegantes del pueblo — los horteras —, saludando a todos, circulan en grupos. Los alumnos de la Escuela superior, cogidos del brazo como los mejores amigos del mundo, vagan tras ellos, censurando todo en alta voz.

Pero el día a que nos referimos, a todos obscurecía el joven mercader Ingre Vold, el *lion* del pueblo y el joven más rico, que acababa de volver de España, dispuesto para ponerse al frente del gran negocio de pescado de su madre. Con un sombrero claro sobre sus rubios

L A P E S C A D O R A

cabellos, estaba resplandeciente, paseando por las calles, y los jóvenes confirmados pasaban a segundo término. Todos le daban la bienvenida; él hablaba con todos, a todos sonreía, su sombrero claro se veía tan pronto en una esquina, tan pronto en otra, y se oía por doquiera su risa alegre. Cuando Petra y su madre salieron, la primera persona con quien tropezaron fué él, y realmente pareció como que habían chocado contra el apuesto joven; pues a la vista de Petra, a quien no reconoció, no pudo por menos de retroceder.

Petra estaba muy alta, no tan alta como su madre, pero más alta que la mayor parte de las mujeres. Era graciosa, fina, alegre, y se parecía y no se parecía a su madre. Ni el mismo joven comerciante, que las seguía calle abajo, atrajo ya las miradas de los transeuntes; ver a la madre y a la hija juntas era un espectáculo más raro. Marchaban de prisa, sin saludar apenas, pues casi nadie las saludaba, fuera de los marineros; pero cuando llegaron a la parte alta de la calle, apretaron el paso: habían oído decir que Oedegaard abandonaba su casa, para tomar el vapor que iba a zarpar en seguida. Petra, en particular, aceleró sus pasos; sentía la necesidad de verle una vez más para darle las gracias. ¡Qué crueldad la suya al marcharse así, de este modo! Petra no veía a nadie de los que la

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

miraban, sólo tenía ojos para seguir el humo del vapor que salía por encima de los tejados, y parecía que ya estaba en marcha. Cuando llegaron al muelle, el buque zarpaba; sofocada por los sollozos, la niña echó a andar a toda prisa. Corría más que andaba; su madre la seguía. Como el vapor tardó un poco en virar dentro del puerto, tuvo tiempo de saltar a la playa, trepar hasta una roca y saludar con el pañuelo. Su madre se quedó en el muelle y no quiso bajar. Petra agitaba más y más su pañuelo, pero nadie la respondía.

Entonces ya no pudo contenerse, y se echó a llorar tan amargamente, que tuvo que tomar el camino alto para retornar a su casa. Su madre la acompañó en silencio.

El ático que su madre preparase para ella, y en el que durmió por primera vez la noche anterior, y donde aquella mañana se puso su vestido nuevo con tanta alegría, la recibió por la noche deshecha en llanto y sin interesarse por nada. Se negó a presentarse en la tienda entre los marineros y demás parroquianos; se quitó su vestido de confirmación y se sentó en el borde de la cama hasta que llegó la noche. El ser mayor le parecía la cosa más triste del mundo.



CAPÍTULO IV

Pocos días después de la confirmación fué a ver a las hermanas de Oedegaard; pero pronto advirtió que debía haber habido un error por parte de éste, pues el pastor no se fijó en ella, y sus hijas, que eran mayores que Oedegaard, estuvieron muy tiesas. Se limitaron a darla algunas instrucciones, de parte de su hermano, sobre lo que había de hacer en adelante. La mañana la emplearía en trabajos de hogar en una casa fuera de la ciudad, y por la tarde iría a la Escuela de costura; dormiría en su casa, y desayunaría y cenaría en ella también. Lo hizo como se la indicó, y amoldóse al plan mientras duró la novedad; pero después, y sobre todo cuando llegó el verano, empezó a cansarse. En aquella época del año tenía la costumbre de sentarse en el bosque todo el día, leyendo sus libros, que ahora echaba de menos con toda

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

su alma, lo mismo que echaba de menos a Oedegaard y a alguien con quien hablar de él. Consecuencia de esto fué el conformarse con la compañía que la deparó la suerte.

Por aquella época llegó a la escuela una muchacha que se llamaba Lisa Let; es decir, Lisa, pues Let era el nombre de un cadete que en las vacaciones de Navidad se había puesto en relaciones con ella, cuando era una chiquilla. Lisa lo negaba, y aun estaba dispuesta a apostar su vida a que no era verdad. Cuando se lo decían se echaba a llorar; pero desde entonces, sin embargo, todos la llamaban Lisa Let.

La pequeña Lisa Let era vivaracha, y tan pronto lloraba como reía; pero, llorando o riendo, sus pensamientos siempre giraban en torno al amor. Si extendía una mano para coger un carrete, aquello significaba que hacía una declaración, y el carrete aceptaba o rechazaba; la aguja y el hilo eran dos enamorados, y el hilo se sacrificaba, puntada a puntada, por la dama cruel. Si una se pinchaba, derramaba la sangre de su corazón; la que cambiaba la aguja era infiel. Si dos muchachas hablaban en voz baja, seguramente era sobre algo importante que las había ocurrido, y pronto charlaban otras dos, y luego otras dos más. Cada una de las muchachas tenía una amiga íntima, y

L A P E S C A D O R A

entre ellas muchos secretos; era insoportable.

Al anochecer de una tarde en que llovía menudo, lo que se dice cernido, Petra, fuera de la casa, con un gran chal por la cabeza, miraba al callejón, donde un marinero joven silbaba un vals. Sosteníase el chal con las dos manos por debajo de la barba, sin dejar ver más que los ojos y la nariz; pero el marinero no tardó mucho en advertir que le hacía señas, y echó a correr a su lado.

— Oye, Gunnar, ¿quieres que vayamos a dar un paseo?

— Pero, ¡si está lloviendol

— ¡Bahl, ¿qué importa?

Y se dirigieron, paseando, a una casita situada en lo alto de la colina.

— Cómprame pasteles. . . de esos que tienen crema.

— Siempre quieres pasteles.

— ¡De esos de crema!

Él compró unos cuantos; ella sacó una mano por debajo del chal, cogió los pasteles y se los comía conforme iba andando. Cuando llegaron a la colina que domina el pueblo, Petra le dió al marinero un pedazo de pastel, y le dijo:

— Escucha, Gunnar: tú y yo nos hemos querido siempre mucho, ¿verdad? Yo te he querido a ti siempre más que a los otros chicos. ¿No lo crees? Te aseguro que es verdad, Gunnar. Y

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

ahora tú eres segundo piloto, y pronto tendrás un barco propio. Supongo que ya pensarás en tener novia, Gunnar. . . ¿No te comes el pastel?

— No, porque tengo en la boca un poco de tabaco.

— Bueno, ¿qué dices?

— No tengo prisa.

— ¿No tienes prisa? ¿No te marchas pasado mañana?

— Sí, pero supongo que volveré.

— Pero no es seguro que yo tenga tiempo entonces; tú no sabes donde yo puedo estar.

— Entonces, ¿es contigo con quien me he de poner en relaciones?

— Claro, Gunnar. Debías haberlo comprendido en seguida; pero eres siempre tan tonto. . . y es porque no eres más que marinero.

— ¡Oh, no me pesa: es muy bonito ser marinero!

— Sí, porque tu madre tiene un barco de su propiedad. Bueno; pero, ¿qué me respondes? ¡Eres tan premioso! . . .

— Bueno, ¿qué contestaré?

— ¿Qué contestarás? Vaya, vaya, ¿quizá es que no te gusto?

— ¡Oh, Petral, bien sabes que sí. Pero no creo que pueda estar seguro de ti.

— Sí que puedes estarlo, Gunnar; te seré fiel, tan fiel. . .

L A P E S C A D O R A

Se calló un momento.

— Deja que te mire a la cara, Petra.

— ¿Para qué?

— Quiero ver si realmente piensas lo que dices.

— ¿Crees que me burlo de ti, Gunnar?

Petra se enfadó y se subió el chal.

— Bueno, Petra; si real y verdaderamente hablas en serio, dame un beso en prueba; pues todo el mundo sabe lo que eso significa.

— ¿Estás loco? —. Y diciendo esto, se apretó el chal y echó a andar.

— Espera, Petra, espera un momento. Tú no me entiendes. Sí, somos novios. . .

— ¡Qué tontería!

— Bueno; yo creo que debo saber lo que es costumbre, porque en cuanto a experiencia de mundo soy muy superior a ti. Piensa en todo lo que he visto.

— Sí; lo has visto como un tonto que eres, y hablas lo mismo.

— ¿Qué entiendes tú por ser novios, Petra? Querría, por lo menos, saber esto. Correr, uno tras otro, monte arriba, monte abajo, no es muy divertido.

— No, eso es verdad.

Petra se rió, y después de una pausa dijo:

— Ahora escucha, Gunnar. Mientras descansamos aquí para tomar aliento, voy a decirte

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

cómo deben conducirse los novios. Cuando estés en el pueblo, debes ir todas las noches a la escuela y esperarme a la puerta, para acompañarme a casa, y si voy a otra parte, también tienes que esperarme en la calle hasta que yo salga. Cuando estés fuera tienes que escribirme y comprar cosas para mí y enviármelas. Es cierto que debemos cambiar unos anillos, con tu nombre en uno y el mío en otro, y la fecha, pero yo no tengo dinero; así es que tienes tú que comprar los dos.

— Bueno, lo haré; pero. . .

— ¿Qué pero tienes que poner?

— ¡Dios bendito!, sólo quiero decir que necesito tomarte la medida del dedo.

— Bien, tómala desde luego —. Petra cogió una brizna de hierba, se la ajustó al dedo y la partió con los dientes, diciéndole:

— Ahora, no la pierdas.

Gunnar la envolvió en un pedazo de papel que puso en su cartera; ella estuvo observando hasta que la cartera quedó guardada.

— Ahora, vámonos. Estoy cansada de estar aquí.

— Pero yo creo que esto es algo tonto, Petra.

— Bueno; si no quieres, hijo mío, me es lo mismo.

— Naturalmente que quiero. No es eso; pero, ¿no me darás la mano?

L A P E S C A D O R A

— ¿Para qué?

— En prueba de que realmente somos novios.

— ¡Qué tontería! ¿El darse la mano significa algo? Pero, si quieres, puedes coger mi mano; aquí la tienes. No, muchas gracias; apretar, no, señor mío.

Metió otra vez la mano debajo del chal; pero de pronto levantó éste con ambas manos, de modo que él pudo verla toda la cara.

— Si se lo cuentas a alguien, Gunnar, diré que no es verdad, ya lo sabes.

Se echó a reír y siguió monte abajo.

Un momento después detúvose y dijo:

— La Escuela de costura no se cerrará mañana hasta las nueve; así es que puedes esperarme detrás del jardín, ¿lo has oído?

— Muy bien.

— Y ahora, vámonos.

— ¿No me quieres dar la mano ni para despedirte?

— No comprendo por qué estás siempre deseando mi mano. . . no te la doy. Adiós — exclamó —. Y echó a correr.

A la noche siguiente se arregló de manera que salió la última de la escuela. Eran casi las diez; pero cuando llegó a la parte del jardín, Gunnar no estaba. Hubiérase imaginado todo en el mundo, menos aquello; se sintió tan ofen-

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

dida, que esperó sólo con la idea de rechazarle cuando llegase. Además, estaba en buena compañía, paseándose arriba y abajo, porque la Sociedad Coral de comerciantes acababa de empezar sus prácticas en una casa cercana, y como estaban las ventanas abiertas, se oía todo. En el aire tibio de la noche flotaba una canción española, y su pensamiento se hizo la ilusión de que estaba en España, y oía cantar sus alabanzas desde un balcón. España era el país de sus sueños, porque todos los veranos llegaban al puerto barcos españoles pintados de obscuro; por las calles se oían canciones españolas, y en casa de Oedegaard había colgados unos cuantos cuadros de España, muy bellos. De nuevo se vió allí, y quizá estaba con él. Pero en un abrir y cerrar de ojos, vuelta a la realidad, encontróse de nuevo en su pueblo. Al fin, por detrás del manzano, llegaba Gunnar a toda prisa. Ella se adelantó; pero... no era Gunnar, sino el del sombrero claro y los rubios cabellos, recién llegado de España.

— Ja, ja — dijo éste con su risa sonora —. ¿Me ha tomado usted por otro?

Ella lo negó totalmente y echó a correr; pero él la siguió sin cesar de hablar, al tiempo que corría, con extraordinaria facundia y esa manera confusa de pronunciar, propia de los que hablan varios idiomas.

L O A P E S C A D O R A

— Puedo perfectamente hacerla la competencia, pues soy muy buen corredor; así que es inútil. Tengo que hablar con usted; hoy es la octava noche que la espero.

— ¡La octava noche!

— La octava noche. Ja, ja, ja. Y hubiera esperado ocho más; pues usted y yo hacemos buena pareja, ¿no es verdad? Es inútil, no la dejaré marchar; pues ya está usted cansada; lo estoy viendo.

— No, no estoy cansada.

— Sí, sí lo está usted.

— No, no lo estoy.

— Sí, sí lo está usted. Vamos a ver: si no está usted cansada, hable.

— ¡Ja, ja, ja!

— ¡Ja, ja, ja! Yo no llamo a eso hablar.

Y los dos quedaron en silencio.

Se dieron unos cuantos empujones, medio en broma, medio en serio; luego él habló en términos entusiastas de España, trazó ante sus ojos un cuadro tras otro, y, finalmente, execró el pueblecillo que se extendía a sus pies. Petra oía sus descripciones con ojos chispeantes; los anatemas silbaron en sus oídos sin prestarles atención; pues sus ojos fijábanse en una cadena de oro que daba dos vueltas al cuello del joven rubio.

— Sí — dijo él rápidamente, al observar la

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

mirada, sacando el extremo de la cadena, del que colgaba una cruz de oro —. La había cogido para enseñarla en la Sociedad Coral; es de España. Voy a contarle a usted su historia.

Y comenzó así:

— Cuando estaba en el Mediodía de España, tomé parte en un certamen de tiro y gané este premio. Me lo entregaron diciéndome las palabras siguientes: „Llévelo consigo a Noruega, y preséntelo como muestra de respetuoso homenaje de los caballeros españoles a la mujer más bonita de su país natal“. Acto seguido aclamaciones, toques de trompeta, banderas que se agitan, aplausos de los caballeros. Yo recibí el premio.

— ¡Oh, qué magnífico! — exclamó Petra; pues ante su imaginación presentóse súbito el festival español, brillante, con sus colores españoles y sus canciones españolas, y sus españoles de tez morena, que estaban al sol al pie de laderas cubiertas de viñedos, enviando sus pensamientos a la mujer más bonita del país de la nieve. Él era un muchacho de buen natural, a pesar de su marcada oficiosidad y de su presunción. A medida que avanzaba en sus descripciones, las ilusiones de ella iban en aumento, hasta que, transportada a aquel admirable país, comenzó a tararear la canción española que oyera momentos antes, al tiempo que, ma-

quinalmente, llevaba el compás con los pies.

— ¡Cómo! — exclamó él —. ¿Sabe usted bailar bailes españoles?

— Sí — repuso ella sin dejar el compás del baile y sonando los dedos imitando castañuelas; pues había visto bailar a algunos marineros españoles.

— ¡Usted es quien merece el don de los caballeros españoles! — exclamó él, como asaltado por un pensamiento repentino —. Es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Antes de que Petra se diera cuenta de lo que él hacía, el joven había cogido la cadena de oro, y quitándosela de su cuello, la colocó en el de ella, dándole varias vueltas con gran habilidad. Pero cuando la niña advirtió lo que él hiciera, su rostro se inundó del profundo rubor habitual en ella, y a punto estuvo de romper a llorar. Ingre, que marchaba de sorpresa en sorpresa, se encontró poseído de un gran azoramiento ante lo que había hecho, y no supo proseguir; comprendió que lo mejor era desaparecer, y así lo hizo.

A media noche aún estaba ella con la cadena en la mano, de pie ante la ventana del ático. En la calle aún se oía la canción española; pues la Sociedad acompañó a Ingre Vold a su casa, cantándola. La letra se entendía perfectamente; versaba sobre una linda guirnalda; la canta-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

ban sólo dos voces; los demás imitaban con los labios el acompañamiento de guitarra.

Toma, niña, esta guirnalda,
la he tejido para ti;
toma, niña, esta guirnalda,
y piensa en mí.

Tejió para la más bella
verde guirnalda el amor;
para mi niña ha brotado
este capullo de flor.

Símbolo de la firmeza
será este ramo de Abril;
para la pura, la hoja;
la flor, para la gentil.

Toma, niña, esta guirnalda,
la he tejido para ti;
toma, niña, esta guirnalda,
y piensa en mí.

.....

Al abrir los ojos al día siguiente, le pareció que había estado en un bosque, brillante como los rayos del sol, donde todos los árboles eran como los que conocemos con el nombre de *golden raisi* (retama dorada), de los cuales colgaban racimos que casi le tocaban al pasar. De repente se acordó de la cadena, y, cogiéndola, se la colgó sobre su camisa de dormir. Después

se puso un pañuelo negro sobre su camisa, y la cadena encima; pues así lucía mejor. Siempre sentada en la cama, se miró en un espejo de mano. ¿Era realmente tan bonita? Se levantó para recogerse el pelo, y luego volvió a mirarse al espejo. Pero, recordando que su madre no sabía aún una palabra, se apresuró a vestirse para ir abajo y contarle todo lo ocurrido. Cuando hubo terminado y estaba a punto de colocarse la cadena en el cuello, empezó a pensar lo que su madre diría, lo que diría todo el mundo, y lo que habría de responder cuando le preguntaran por qué llevaba aquella cadena de tanto precio. Juzgaba esta pregunta completamente natural, y cuánto más pensaba en ello, más seria le parecía, hasta que al fin, abriendo una cajita, metió en ella la cadena, y la caja en su bolsillo. Por primera vez en su vida supo lo que era sentirse pobre.

Aquella mañana faltó a su trabajo. Se fué a la parte alta del pueblo, al mismo sitio en que él le diera la cadena; sentóse allí, y estuvo mucho tiempo con ella en la mano, poseída de la misma inquietud que si la hubiera robado.

Por la noche esperó a Ingre Vold, más aún que esperara la anterior a Gunnar; quería devolverle la cadena. Pero, así como el día anterior el barco en cuya tripulación figuraba Gunnar había levado anclas inesperadamente, por

habérsele ofrecido una carga importante en un pueblo cercano, así Ingre Vold, dueño de un barco, se había visto obligado a salir aquel día por la misma causa, y estuvo de viaje cerca de tres semanas.

Durante aquellas tres semanas, la cadena había ido gradualmente del bolsillo a un cajón, y de éste a un sobre, que fué colocado en un sitio oculto. Entretanto, Petra iba de un descubrimiento en otro, a cuál más humillante. Por primera vez se daba perfecta cuenta de la distancia que la separaba de las señoras del pueblo; ellas habrían podido usar la cadena, sin que nadie les preguntara por qué la usaban o cuál era su procedencia. Pero Ingre Vold no se hubiese atrevido a ofrecer la cadena a ninguna de ellas, sin ofrecerle al tiempo su mano; sólo a „la Pescadora“ se la podía tratar de aquel modo. Si quería obsequiarla, ¿por qué no haberle regalado una cosa que le fuera útil? Pero él sólo quiso ofenderla, dándole una cosa que no podía ni usar. Su historia sobre „la mujer más hermosa“ sería probablemente una invención; pues si la cadena, por tal causa, hubiese estado destinada a ella, no se la habría dado de *ocultis* y en la obscuridad. La vergüenza y la preocupación la agobiaban más, porque había perdido la costumbre de confiarse a nadie. No es extraño, por lo tanto, que la primera vez que

se encontró con él — en torno de quien giraban todas sus ideas de indignación y molestia —, se ruborizase hasta el punto de que él no pudo menos de equivocarse la causa de su rubor. Petra hubo de comprenderlo, y se puso más colorada.

Presurosa tornó a casa, cogió la cadena, y a pesar de que aún era de día, fué a sentarse en el lindero del bosque a esperarle; tenía que devolvérsela. Estaba segura de que iría; había advertido el rubor del joven, al verla después de su ausencia. Esta misma idea empezó a hablar en favor suyo. No se habría ruborizado si ella le fuese indiferente; si hubiera estado en su casa, habría venido antes. Empezó a oscurecer, porque en aquellas tres semanas los días habían acortado mucho. Cuando llega la noche, muchas veces cambian los pensamientos.

Petra estaba sentada entre los árboles, muy cerca del camino, desde donde podía ver sin ser vista. Como transcurría el tiempo y él no llegaba, en su interior luchaban sentimientos contradictorios. Escuchaba, tan pronto furiosa, tan pronto con miedo. Oía a los que pasaban mucho antes de verlos, pero él no llegaba. Los pájaros, que, medio dormidos, cambiaban de sitio entre las hojas, la asustaban; tal era su tensión de nervios. Cualquier ruido que llegaba del pueblo, cualquier grito, la sobresaltaba.

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

En la bahía, un barco grande levaba anclas entre los cánticos de la tripulación; iba a ser remolcado aquella noche, para aprovechar la brisa de la mañana. ¡Oh! ¡Cómo se alegraría de poder ir en él!

Comenzó a cantar la canción de los marineros; el ruido monótono del cabestrante que levaba el ancla, inspiró a su alma el deseo de marchar; pero, ¿dónde? ¿A qué fin?... El sombrero claro estaba allí, en el camino, precisamente frente a ella. Súbitamente, Petra se levantó y echó a correr; pero conforme iba corriendo, recordó que aquello era precisamente lo que no debía hacer de ningún modo. Seguramente cometía otro error. Y se paró en seco.

Cuando él llegó a su lado, entre los árboles, la agitación de ella era tal, que podían oirse los latidos de su corazón. El miedo de Petra ejerció en Ingre la misma influencia que en otra ocasión ejerciera su franqueza. Parecía muy tímido, hasta confeso, y murmuró:

— No tenga usted miedo.

Sin embargo, vió que ella estaba temblando. Para darla ánimos, trató de cogerla la mano; pero en cuanto la rozó, Petra se echó atrás, como si la quemara, y volvió a echar a correr, dejándole a él allí.

No corrió mucho. Estaba sin aliento; las sie-

L A P E S C A D O R A

nes le latían ardorosas, y su pecho se agitaba violentamente.

Apretadas las manos sobre el corazón, intentaba acallar sus latidos. Escuchó. Oyó pasos en la hierba, moverse las hojas. Ingre llegaba, derecho a ella. ¿La vería? No, no la vió... Sí... No... Pasó de largo. No es que tuviese miedo; pero hallábase en tal estado de excitación, que tan luego como se creyó a salvo, sintió que las fuerzas la abandonaban, y cayó al suelo sin aliento, agotada.

Después de algún tiempo, levantóse y retrocedió lentamente. Andaba unos cuantos pasos. Deteníase luego, como si estuviera indecisa de su rumbo o marchara al acaso. Cuando llegó al camino, él estaba sentado, esperándola. Al acercarse ella se puso de pie. Petra no le había visto; tenía como una niebla en los ojos. Ni una palabra salió de sus labios, ni siquiera se movió; únicamente se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. Ingre Vold estaba tan emocionado, que su lengua, por lo regular tan expedita, permaneció quieta. Luego dijo con un tono especial de decisión:

— Esta noche voy a hablar con mi madre; mañana estará todo arreglado; dentro de unos días se irá usted fuera y será mi mujer.

Esperó una respuesta; esperó, por lo menos, que ella le dirigiera una mirada. Petra perma-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

neció silenciosa, sin mirarle. Ingre lo interpretó favorablemente.

— ¿No contesta usted? No puede. Muy bien. Confíe en mí, pues desde este momento es usted mía. Buenas noches.

Y se marchó.

Ella se quedó rezagada, como sumida entre bruma; sintió como un presentimiento vago, y un instante creyó que iba a ver con claridad, pero la bruma se hizo más espesa en su mente.

Había pensado tanto en Ingre Vold durante tres semanas, que era un terreno muy propicio para que aquella maravilla fuese la piedra fundamental de su castillo en el aire. Era el hombre más rico del pueblo, pertenecía a una de las familias más antiguas, y sin tener en cuenta estas consideraciones, la iba a elevar hasta su posición. Era aquello algo tan inesperado y tan diferente de todo lo que pensara últimamente, que ello solo bastaba para hacerla feliz. Pero más feliz hubo de sentirse cuando fué repasando detalladamente todas las probabilidades. Se vió igual a las demás, y a punto de conseguir sus deseos. Pero veía, ante todo, el gran barco de Ingre Vold. Era el día de su boda. El barco mecíase en el puerto con las banderas flameantes; recibíalos a bordo, después de haber disparado cañonazos y cohetes, y los con-

L A P E S C A D O R A

ducía hacia España, el país del sol y de los enamorados...

.....

Cuando despertó al día siguiente, eran las once y media. Petra se moría de hambre; desayunó lo usual, y pidió más. La dolía la cabeza y se encontraba muy cansada; así es que dió media vuelta y siguió durmiendo. Cuando volvió a despertar, a las tres de la tarde, sentíase completamente bien. Su madre subió y le dijo que probablemente con aquel sueño habría alejado una enfermedad, como le ocurriera a ella algunas veces. Pero tenía que levantarse para ir a la Escuela de costura. Petra estaba sentada en la cama, con la cabeza apoyada en la mano. Respondió que no pensaba volver a la escuela. Su madre creyó que quizá estaba aún atontada con el sueño, y bajó a la tienda. Volvió a subir con un paquete y una carta que para ella había traído un grumete. ¡Regalos ya! Petra había vuelto a echarse; pero levantóse en un santiamén, y en cuanto se quedó sola, empezó a desenvolver el paquete con cierto aire de solemnidad. El paquete contenía un par de zapatos franceses. Un poco desilusionada, iba ya a dejarlos en el suelo, cuando notó que las puntas pesaban. Metió la mano en uno de ellos, y sacó un paquetito envuelto en papel de seda: era una pulsera de oro. En el otro también había un

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

paquetito cuidadosamente envuelto, un par de guantes franceses, y del derecho sacó otro envoltorio chiquito, en el que había dos anillos de oro.

— ¡Yal! — pensó Petra, latiéndole el corazón con violencia.

Miró la inscripción, y en uno de los anillos leyó muy claro: „Petra“, con el año y el día del mes; en el otro: „Gunnar“. Se puso pálida, y tirando los anillos y los paquetes al suelo, como si le quemasen los dedos, abrió la carta. Estaba fechada en Calais, y decía:

„Querida Petra:

Hemos arribado a este puerto. Tuvimos viento bonancible desde los 61 hasta los 54 grados de latitud; después, hasta llegar, un fuerte viento de proa; cosa poco agradable hasta para embarcaciones mejores que la nuestra, que es un espléndido velero. Tengo que decirte que todo el viaje lo he hecho pensando en ti y lo que ocurrió entre nosotros últimamente, y me molesta mucho no haberte podido decir adiós. Por esta razón me embarqué de mal humor, pero no te he olvidado más que algún que otro momento; ya sabes que un marinero tiene poco tiempo de que disponer. Al llegar he empleado todo mi sueldo en regalos para ti, como deseabas, y también he gastado el dinero que me dió mi madre, y no me queda nada. Si puedo ob-

L A P E S C A D O R A

tener una licencia, estaré a tu lado al mismo tiempo que los regalos; pues mientras sea un secreto, no estoy seguro de los demás, sobre todo de los jóvenes, de los que hay tantos en el pueblo. Pero quiero que tengan la seguridad de que no disculparé a ninguno y tendrán que habérselas conmigo. Tú podrías, con facilidad, encontrar un muchacho más fino que yo, porque puedes tener el que quieras, pero nunca encontrarás uno más sincero: esto es lo que yo soy. Voy a terminar, porque he gastado dos hojas y mi carta va a abultar mucho. Escribir es lo que más trabajo me cuesta; pero lo haré, a pesar de todo, si tú lo deseas. Y para concluir, quiero decirte que estoy seguro de que al hablarme pensabas en serio; pues si no hubieras pensado en serio, sería un gran pecado y haría la desgracia de mucha gente.— GUNNAR ACK, segundo piloto del bergantín *Constitución Noruega*."

Petra sintióse sobrecogida de un gran miedo; saltó de la cama y se vistió en un momento. Comprendió que tenía que salir; en alguna parte hallaría consejo; pues las cosas estaban confusas, inseguras, peligrosas. Cuanto más cavilaba, más se enredaba el hilo de sus pensamientos.

Tenía que ayudarla alguien a desenredarlo; pues de otro modo no se vería nunca libre.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

Pero, ¿en quién podía confiar? En nadie mejor que en su madre.

Cuando, después de una larga lucha, estaba de pie en la cocina, temblando, llorosa, pero con la firme resolución de ser franca, a fin de conseguir toda la ayuda que necesitaba, su madre dijo sin volverse, y por lo tanto sin ver la cara de Petra:

— Acaba de estar aquí; se ha vuelto a su casa.

— ¿Quién? — murmuró Petra, dominándose cuanto pudo, porque si Gunnar había estado allí, no había esperanza para ella. Conocía a Gunnar; era pesado y bonachón; pero, una vez enfurecido, perdía la cabeza.

— Ha dicho que tienes que subir allí en seguida.

— ¿Subir? — dijo Petra temblando. Supuso que él le había contado a su madre todo, y ahora, ¿qué iba a ocurrir?

— Sí, a casa del pastor — replicó su madre.

— ¿A casa del pastor? ¿Es Oedegaard quien ha venido?

— Sí: ¿quién había de ser?

— ¡Oedegaard! — exclamó Petra extasiada. Y un torrente de alegría aclaró la situación en un momento. ¡Oedegaard ha vuelto! ¡Gracias a Dios, Oedegaard ha vuelto! De un salto estuvo en la calle. Atravesaba los campos. Corría,

L A P E S C A D O R A

reía, lloraba. Él era quien ella necesitaba. Si hubiera estado allí, a buen seguro que no habría ocurrido aquella equivocación. Con él estaba salvada; solamente pensar en su rostro tranquilo y solemne, en su voz agradable, hasta en las habitaciones adornadas con cuadros, en donde él vivía, harían que su cerebro se calmase. Gozaba una sensación de seguridad. Acortó el paso, y trató de coordinar sus ideas. Era una tarde de otoño. El sol iba cayendo, y sus últimos rayos iluminaban el pueblo y el paisaje. La ría, sobre todo, brillaba como un espejo, y más allá, en el puerto, se elevaba lentamente en el aire el humo del vapor en que había vuelto Oedegaard. Sólo con saber que estaba allí, sentíase segura y fuerte. Pedía a Dios que Oedegaard no se marchase nunca. Y precisamente cuando hacía este voto, le vió venir hacia ella con una sonrisa; se figuró el camino que había seguido, y le salía al encuentro. Esto la emocionó, y corriendo a él, le cogió los manos y se las besó. Juan sintióse turbado, y como viese que alguien se acercaba, buscó con ella una vereda que se separaba del camino y conducía al bosque. Cogió las manos de la muchacha entre las suyas, mientras ella repetía:

— ¡Qué contenta estoy de verlo! ¡No, no puedo creer que es usted! ¡Oh! ¡No tiene usted

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

que marcharse nunca más! ¡No me abandone, no me abandone!

Y rompió a llorar. Él estrechó su cabeza contra su pecho, como para ocultar sus lágrimas; quiso tranquilizarla, porque creía necesario que estuviese serena. Ella se acurrucó contra él, como un pájaro bajo las alas que se extienden para cobijarle, y fué incapaz de separarse. Vencido por aquella confianza, Juan la rodeó con su brazo, como prometiéndola la protección que buscaba; pero no bien lo hubo notado ella, levantó hacia Juan su cara llorosa, sus ojos se encontraron con los de él, y todo lo que puede decir una mirada cuando el arrepentimiento se encuentra con el amor, la gratitud con la alegría del que da, cuando el sí se encuentra con el sí, esto se lo dijeron en aquel momento. Juan pasó su brazo por el cuello de ella, y sus labios se juntaron. Oedegaard se quedó sin madre muy joven; besaba por primera vez en su vida, y lo mismo le ocurría a Petra. No podían separarse, y cuando lograban hacerlo, sólo era para volver a caer uno en brazos de otro. Él temblaba; ella estaba radiante de dicha. Le echó los brazos al cuello, se colgó a él como un niño. Y cuando se sentaron y ella pudo tocarle las manos, el cabello, el alfiler, la corbata, todo lo que había mirado con respeto a distancia, y cuando él la dijo que le llamara de tú y no de

L A P E S C A D O R A

usted, y ella no podía, y cuando él trató de decirle cómo había iluminado su triste vida desde el primer momento, y lo que había luchado con su amor para que no estorbara al desarrollo de ella y pudiera darle el suyo como por agradecimiento, y cuando descubrió que ella no estaba en situación de comprender una palabra de lo que él decía, y cuando él mismo advirtió que nada tenía sentido, cuando ella quiso ir con él a su casa en el acto, y él, riendo, le suplicó que esperase unos días y entonces lo arreglarían todo juntos. . . entonces, sentados entre los árboles, con la ría y las montañas ante su vista, iluminadas por el sol poniente, y flotando en el aire los sonidos de una canción lejana y de los cencerros de los rebaños, entonces comprendió lo que era la felicidad.

¡Qué dulce el primer encuentro
del alma con el amor!
Como en los claros del bosque
lo dulce de una canción;
como las voces que ruedan
sobre el agua, muerto el sol;
como trompa que en el valle,
ya lejana, retinó,
así suena en nuestro pecho
la música del amor,
cuando el alma sólo ansía
fundirse en la Creación,
y en sus dormidas entrañas
siente perderse su voz.

ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS
455 N. 5TH ST. N. Y. C.



ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS
455 N. 5TH ST. N. Y. C.



CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, Petra amaneció sentada, a medio vestir. Durante todo el día no consiguió hacer cosa alguna. Cada vez que intentaba moverse, sus brazos caían en su regazo. Sus pensamientos ondeaban como mieses maduras, como las campanillas en las praderas. La paz y la confianza, las imágenes, que iban y venían como las olas, iluminaban los brillantes castillos en el aire en que moraba. Vivía de nuevo el encuentro de la tarde anterior: las palabras, las miradas, los apretones de manos, los besos. . . Habría querido renovar la escena entera, desde el encuentro hasta la despedida, pero no podía llegar al fin; pues cada recuerdo aislado esfumábase en una especie de ensueño y volvía con nuevas promesas. Por dulce que fuera, tenía que rechazarlo para recordar dónde lo había dejado, y apenas lo re-

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

cordaba, otra vez estaba lejos, en el país de las maravillas.

Como no bajó a la tienda, su madre supuso que había comenzado de nuevo sus lecciones, ya que Oedegaard había vuelto. La subieron la comida y la dejaron tranquila todo el día.

Hasta que se acercó la noche no se decidió a arreglarse para ir a encontrarse con su amor. Se puso el mejor vestido, todas las galas del día de la confirmación; no eran muchas, y ahora se percataba de ello por primera vez. Hasta entonces había sentido poca afición a las galas; pero aquel día se la despertó súbitamente: una cosa hacía fea a la otra, y aun cuando tuvo reunidas todas las que mejor acordaban, el conjunto no le gustó. Aquel día hubiera dado cualquier cosa por ser la más bella. . . Estas palabras le sugirieron un recuerdo, pero lo rechazó con un gesto; no quería prestar atención a nada que pudiera distraerla de su felicidad. Como aún no era hora, moviase lentamente de un lado para otro, poniendo en orden el cuarto. Abrió la ventana y miró hacia fuera: nubes rojizas coronaban los montes, pero soplaba una fresca brisa aromada en el bosque cercano. „Sí, me voy, me voy“. Volvió a mirarse al espejo, saludándose a sí misma como una novia.

En aquel momento oyó a Oedegaard abajo, que hablaba con su madre, y advirtió que ésta

le indicaba la dirección de su cuarto. ¡Juan subía a buscarla! Una alegría tímida la inundó; miró en torno suyo, a ver si estaba todo en orden, y luego dirigióse a la puerta.

— Adelante — respondió suavemente a su llamada, haciéndose atrás unos pasos. . .

Aquella misma mañana, al llamar Oedegaard para que le sirvieran café, supo que Ingre Vold, el comerciante, había ido ya tres veces a verle. Le molestó mucho tener que ponerse en relación con un extraño, justamente en aquel momento; pero una persona que iba a buscarle tan temprano, seguramente le necesitaba para algún asunto importante. Y, efectivamente, apenas se había vestido, ya estaba de vuelta Ingre Vold.

— Probablemente le sorprenderá mi visita. A mí también me sorprende. Buenos días.

Se hicieron una inclinación de cabeza, y el visitante se quitó su sombrero claro.

— Se levanta usted tarde; he venido ya tres veces. Tengo en mi mente algo de mucha importancia, y necesito hablar con usted.

— Haga el favor de sentarse.

Oedegaard, a su vez, sentóse en un sillón.

— Gracias, gracias: prefiero andar; no puedo estarme quieto; estoy muy excitado. Desde anteaer estoy fuera de mí, completamente loco, ni más ni menos. Y usted tiene la culpa de ello.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

— ¿Yo?

— Sí, usted. Usted sacó a luz a la muchacha; nadie hubiera pensado en ella, nadie se habría fijado en ella, a no ser por usted. Pero, sea comoquiera, yo no he visto nunca — no, por mi vida —, nunca he visto una cosa parecida, una cosa tan... ¿No lo cree usted así? No; en toda Europa he visto una maravilla semejante, con sus cabellos rizados, su aire diabólico... No podía vivir en paz; estaba fascinado. Ella estaba siempre, y en todas partes, en mi camino. Me marché... Volví... Imposible... ¿No es eso? Al principio no sabía quién era — „la Pescadora“, decían —; española — debían haber dicho —; gitana, bruja. Toda fuego: ojos, pecho, cabellos, ¿eh? Centelleos, relámpagos, saltos, risas, rubor... el mismo Satanás. Corría tras ella, ¿sabe usted?, entre los árboles, en el bosque, una tarde tranquila. Ella se paró; yo me paré. Unas palabras, una canción, un baile... y después... Sí, después le di mi cadena... Un minuto antes — tan cierto como que estoy aquí — no había pensado en tal cosa. Otra vez el mismo sitio, las mismas travesuras; ella tenía miedo, y yo... — ¿podrá usted creerlo? —, yo no podía decir una palabra; no me atrevía a tocarla; pero cuando se volvió... ¿Puede usted imaginarlo?... Me declaré a ella, aun cuando un segundo antes no pensaba

L A P E S C A D O R A

en tal cosa. Ayer estuve reflexionando; quise separarme de ella; pero — palabra de honor — estoy loco. No puedo hacerlo; tengo que estar con ella. Si no lo consigo, me pegaré un tiro sin pensarlo dos veces. . . Ésta es toda la historia. Me importan un bledo mi madre y el pueblo; esto es un agujero, un maldito agujero, un agujero. . . Ella tiene que salir de él; tiene que elevarse muy por encima de este pueblo; tiene que ser *comme'il faut*; tiene que ir al extranjero: a Francia, a París. Yo pagaré todos los gastos. Usted arréglole. Yo podía irme con ella, establecerme en el extranjero, no estar más tiempo en este agujero; pero entonces, ¿sabe usted?, el pescado. . . Yo deseo hacer algo fuera del pueblo; esto está medio dormido; no piensa, no especula; pero. . . el pescado. . . el pescado no está atendido como se debe. España y otros países se quejan; las cosas deben hacerse de manera distinta; un nuevo modo de ser, otros métodos, todo diferente. El pueblo debe subir, los negocios tienen que adelantar, el pescado debe reportar millones. . . ¿Dónde voy a parar? El pescado, „la Pescadora“, hacen buena pareja, ¿verdad? Pescado, „Pescadora“. ¡Ja ja! Muy bien; así, pues, yo pago. Usted lo arregla; ella es mi mujer, y después. . .

No pudo seguir. Mientras hablaba no advirtió que Oedegaard, mortalmente pálido, se había

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

levantado, y en aquel momento caía sobre él con un bastoncito español. Su asombro no es para descrito. Paró los primeros golpes.

— Tenga cuidado; me va a dar — le dijo.

— Sí; voy a darle a usted. Español, bastón español, ¿sabe usted?, hacen buena pareja también.

Y los golpes cayeron sobre los hombros, los brazos, las manos, la cara... donde le alcanzaba. Ingre corría alrededor del cuarto.

— ¿Está usted loco? ¿Ha perdido usted el sentido? Quiero casarme con ella, ¿lo oye usted? Casarme con ella.

— ¡Fuera! — exclamó Oedegaard, como si sus fuerzas le abandonaran. Y el joven de rubios cabellos salió corriendo, escalera abajo, huyendo de aquel loco. Pronto se encontró en la calle, pidiendo a gritos su sombrero claro... Se le tiraron por la ventana. Luego todo quedó en silencio...

.....
— Adelante — dijo Petra aquella tarde, respondiendo al golpecito discreto y echándose atrás unos pasos, para ver mejor a su amante cuando entrara.

Cuando se abrió la puerta y vió su semblante, le pareció como si un torrente se precipitara sobre ella o el suelo se hundiera bajo sus pies. Retrocedió, y se agarró a la pata de la cama;

L A P E S C A D O R A

pero, lanzada de abismo en abismo, sus ideas se agolpaban en su mente. En menos de un segundo se tornó de la criatura más feliz del mundo en la más desventurada. Vió escrito con letras de fuego, en el rostro de él, que nunca, nunca la perdonaría.

— Ya veo que eres culpable — dijo él con voz apenas perceptible.

Al pronunciar estas palabras se apoyaba en el quicio de la puerta y se agarraba al picaporte, como si no pudiera sostenerse. Le temblaba la voz, y por su rostro corrían las lágrimas, aun cuando parecía completamente tranquilo.

— ¿Sabes lo que has hecho?

Y la miraba como si quisiera aplastarla con la mirada.

Ella no contestó ni siquiera con lágrimas; un sentimiento invencible de debilidad la hizo impotente.

— Una vez en mi vida entregué mi alma, y aquel a quien se la di murió por mi culpa. No podía consolarme de mi pena, a menos que alguien se compadeciese de mí y me devolviera un alma entera. Eso lo hiciste tú... Mejor dicho, has tenido la pretensión de hacerlo.

Se detuvo; una o dos veces trató de volver a empezar, pero inútilmente. Luego, con un nuevo acceso de dolor, exclamó:

— Y tú tenías corazón para destrozar, como

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

si fuese una figura de yeso, todo lo que yo he ido construyendo, pensamiento por pensamiento, en estos largos años. ¡Ah, niña, niña! ¿No comprendías que yo renacía en ti? ¡Ahora se acabó todo!

Y trató de dominar su pesadumbre.

— No, eres demasiado joven para comprenderlo — continuó —; no sabes lo que has hecho. Pero a lo menos tienes que comprender que me has burlado. Dime qué te he hecho yo para que hayas sido capaz de ser tan cruel conmigo. ¡Criatura! ¡Si me lo hubieras dicho ayer! ¿Por qué, por qué mentiste de una manera tan terrible?

Petra oía en silencio la verdad dolorosa. Juan se había arrastrado hasta una silla colocada junto a una ventana, de modo que podía apoyar la cabeza en una mesa próxima. A poco se levantó de nuevo, sollozando, convulso; luego volvió a sentarse y permaneció callado.

— Y yo no soy capaz de ayudar a mi anciano padre — dijo a sí mismo en voz muy baja —; no puedo, no tengo vocación. Por eso nadie me ayudará a mí; todo lo que yo emprendo se reducirá a la nada, todo. . .

No pudo decir más. Su cabeza descansaba en la mano derecha; la izquierda colgaba inerte; parecía como si no pudiera moverse, y así permaneció silencioso. De súbito sintió algo ca-

L A P E S C A D O R A

liente en la mano que tenía colgando; se estremeció: era el aliento de Petra. De rodillas a su lado, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas, mirábale como pidiéndole perdón con un gesto supremo de súplica. Juan la miró, y ninguno evitó los ojos del otro. Pero luego él levantó la mano en ademán de repulsa, como si al verla sonase en su corazón una voz que no quería escuchar. Rápido, impetuoso, se agachó a recoger el sombrero, que cayera al suelo, y se lanzó a la puerta. Pero por rápido que quiso ser, ella tuvo tiempo de colocarse delante. Echándose a sus pies, agarróse a sus rodillas y fijó sus ojos en él, todo ello sin decir una palabra. Sin embargo, los dos vieron y comprendieron que ella luchaba por su vida. Su antiguo amor fué demasiado fuerte para él; la miró una vez más con tristeza en los ojos; la cogió la cabeza entre sus manos. Pero en su pecho sólo había un aliento triste, como en un órgano cuando ha sonado la última nota, y es más bien aire que música lo que queda. Retiró sus manos de un modo que ella no pudo menos de adivinar su pensamiento: era para siempre.

— ¡No, no! Tú puedes ceder a la emoción, pero no puedes amar. (Estaba rendido.) ¡Desgraciada criatura! No puedo decir cuál será tu porvenir, pero Dios te perdone el haber destruido el mío.

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

Pasó al lado de ella; ella no se movió. Él abrió la puerta, la volvió a cerrar; ella no dijo nada. Le oyó bajar la escalera; escuchó sus pasos en las losas; al fin los pasos se perdieron en la calle. Entonces se rompió el encanto; lanzó un grito, uno solo, pero tan extraño, que atrajo a su madre.

Cuando Petra recobró el conocimiento, se encontró en la cama, desnuda y arropada. A su lado estaba su madre, con los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos y sus ojos feroces fijos en su hija.

— ¿Has dado bastantes lecciones con él ya? ¿Has aprendido algo? Ahora, ¿qué va a ser de ti?

Petra contestó con un torrente de lágrimas. Durante mucho tiempo su madre continuó allí sentada, oyéndola. Luego dijo con un aire solemne:

— ¡Que Dios le maldiga!

Su hija se incorporó.

— Madre, madre, a él no, a él no; a mí, a mí, a él no.

— ¡Oh! ¡Ya sé yo lo que merecen! ¡Ya sé yo de quién es la culpa!

— No, madre: él ha sido engañado por mí. ¡Yo le he engañado!

Entre sollozos, atropelladamente, contó toda la historia. No quería ni por un momento que

L A P E S C A D O R A

le juzgara mal a él. Le contó lo de Gunnar y lo que le había pedido, sin comprender a punto fijo lo que era; luego lo de Ingre Vold, con su desdichada cadena y el embrollo en que hubo de encontrarse, y finalmente, cómo al ver a Oedegaard lo había olvidado todo. No se daba exacta cuenta de cómo habían ocurrido las cosas; pero lo que sí comprendía era que había obrado muy mal con todos, y especialmente con él, que la elevó hasta sí y la dió todo lo que un mortal puede dar a otro. Después de un rato en silencio, su madre respondió:

— ¿Y no era un pecado contra mí? ¿Dónde he estado yo todo este tiempo, que no me has dicho una sola palabra?

— ¡Oh, madre! Ampárame; no me trates con dureza; siento que tendré que purgarlo toda mi vida, pero le pediré a Dios que me lleve pronto. ¡Dios mío! — comenzó a decir cruzando las manos —, ¡Dios mío, escúchame! He destrozado mi vida; ya no hay nada para mí. No he nacido para vivir. No comprendo la vida. ¡Dios mío, llévame!

Había tan conmovedora sinceridad en su plegaria, que Gunlaug se tragó las palabras duras que acudían a sus labios, y puso su mano sobre el brazo de su hija, para que no continuara rogando a Dios de aquella manera.

— Modérate, hija mía; no tientes a Dios. Te-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

nemos que vivir, por amarga que sea la vida.

Y diciendo esto se levantó, y no volvió a poner los pies en el ático.

Oedegaard fué atacado de una enfermedad que estuvo a punto de ser muy grave. Mientras duró, su padre se instaló en las habitaciones de su hijo y trabajaba junto a él. A cuantos le invitaban a que se preocupase también de sí mismo, respondiales que era imposible: su deber era velar a su hijo, tan maltratado por la suerte.

Así estaban las cosas, cuando Gunnar volvió. Cuando se presentó en casa de su madre, mucho antes del retorno del barco en que navegara, a poco la mata del susto; la pobre mujer creyó que era un fantasma. Con sus amigos le pasó casi lo mismo. A las preguntas que le dirigían, sólo contestaba cosas sin sentido. Pronto, sin embargo, la gente fué enterándose, porque el mismo día que llegó, la misma Gunlaug en persona le echó de su casa. Desde la puerta le gritó con una voz potente que resonó en toda la calle:

— No vuelvas nunca por aquí; tenemos bastantes de tu especie.

No había andado muchos pasos, cuando vió a una muchacha que se dirigía a él, portadora de un paquete que hubo de entregarle. Llevaba otro en la mano. Gunnar, al desenvolverlo, se

L A P E S C A D O R A

encontró con una cadena de oro. Quedóse atónito, sopesándola y mirándola. Antes no había comprendido el furor de Gunlaug, pero menos comprendía ahora por qué le enviaba una cadena de oro. Llamó a la chica; seguramente se había equivocado de paquete. La muchacha le entregó el otro, preguntándole si acaso sería el suyo. Gunnar lo desenvolvió, y vió los regalos que enviara a Petra. Sí, estaba bien: éste era el suyo; pero, ¿para quién era la cadena de oro?

— Es para Ingre Vold, el comerciante — respondió la muchacha.

Y recobrando el primer paquete, se despidió del marinero.

Gunnar se quedó parado, pensando:

— ¿Ingre Vold? ¿Hacía regalos? Entonces es él quien me la ha robado... ¡Ingre Vold!... Bueno, entonces...

Su excitación y su rabia iban a tener un desahogo; necesitaba agarrarse a algo, y la suerte le deparó a Ingre Vold.

El desdichado comerciante fué atacado de nuevo, de improviso, y esta vez en la misma puerta de su casa. Ante la insólita agresión se metió en la oficina, huyendo de aquel loco; pero Gunnar le siguió. Todos los dependientes se echaron sobre el alborotador, quien repartía golpes y puntapiés en todas direcciones. Las sillas, las mesas, los pupitres fueron derribados;

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

las cartas, los papeles, los libros volaron como humo. Por fin llegaron refuerzos del muelle de Ingre, y Gunnar fué arrojado a la calle, después de una lucha desesperada. Pero allí fué donde la pelea comenzó en serio. En el puerto había dos barcos — uno del país y otro extranjero —, y como era a mediodía, los marineros se alegraron mucho de tomar parte en la danza. Empezaron a darse de puñetazos, tripulación contra tripulación, los forasteros contra los del país; a poco llamaron a los marineros de otros barcos, quienes llegaron corriendo, a paso redoblado. Los obreros se agruparon, las viejas y los chicos acudieron en tropel, y al final nadie sabía por qué luchaba ni contra quién. En vano juraban los contra maestres; en vano los ciudadanos serios acordaban que se enviara un aviso al único policía del pueblo (en aquel momento estaba pescando en la ría). Acudieron al juez, que era también administrador de Correos. Precisamente se había encerrado con la valija, que acababa de llegar, y por la ventana respondió que no podía atenderlos. Su auxiliar estaba en un entierro, y tendrían que esperar. Pero como no podían consentir que se asesinaran unos a otros hasta que el correo estuviese distribuido, algunas personas de la multitud, especialmente las aterrorizadas mujeres, prorrumpieron a gritos que fueran a requerir el auxilio

L A P E S C A D O R A

de Arue, el herrero. Los notables del pueblo aceptaron la idea, y enviaron en su busca a su misma mujer, „en vista de que la Policía no estaba en casa“. Llegó — para delicia de todos los chicos —, e hizo algunas incursiones entre la multitud, blandiendo un palo de espino, con el cual se lanzó ciegamente a la refriega.

Cuando todo había pasado, llegó el juez, a pie, con un bastón. Encontró tan sólo algunas mujeres y chicos que hacían sus comentarios en el campo de batalla. Ordenóles, muy serio, que se fueran a casa a comer; cosa que él también hizo.

Pero al día siguiente comenzó a tomar declaraciones. La tarea duró algún tiempo, a pesar de que nadie tenía la más remota idea de con quién se peleaba. Solamente estuvieron todos conformes en un punto: que Arue, el herrero, había tomado parte en la refriega; pues todos le habían visto pegando a los demás con un palo de espino. Por ello Arue tuvo que pagar una multa de un duro, y su mujer, que fué la que le metió en la danza, recibió una paliza el domingo oncenno después de la Trinidad, fecha que no se le olvidará fácilmente. Éste fué el único resultado judicial de la refriega.

Pero tuvo otras consecuencias. El pueblecito ya no volvió a ser un pueblo tranquilo; „la Pescadora“ lo había revolucionado. Corrían los ru-

mores más extraordinarios. En primer lugar, la envidia propaló que había sido capaz de atraer al hombre más sensato del pueblo y a otros dos que hacían buena pareja con él, e incluso que tenía „varios“ de reserva; pues Gunnar, poco a poco, convirtiéndose en „varios muchachos“. No tardó mucho en levantarse una verdadera tormenta moral. El oprobio de una lucha en la calle y de haber llevado la inquietud a tres de las mejores familias del pueblo, cayó sobre la muchacha que seis semanas antes había sido confirmada. Tres amoríos a un tiempo, y uno de ellos con su maestro, con su bienhechor; la indignación popular era enorme. ¿No había sido el escándalo del pueblo desde su niñez? ¿No esperaban todos con magnanimidad que se corregiría cuando Oedegaard se interesó por ella, y sin embargo, los había burlado a todos, escarneciéndole y destrozando su vida? Aguijada de sus impulsos naturales, la muchacha había ido internándose en un camino que sólo podía conducirla a convertirse en desecho de la sociedad, con la perspectiva de una casa de corrección en su vejez. Su madre era indudablemente cómplice; en la taberna de los marineros había aprendido la chica sus maneras frívolas. No era posible soportar por más tiempo el dominio que Gunlaug ejercía en el pueblo; no podía tolerarse que la madre ni la hija perma-

L A P E S C A D O R A

neciesen por más tiempo entre ellos, y conviniéron en arrojarlas de allí.

Una noche, un grupo de marineros que debían dinero a Gunlaug, obreros borrachos, de los que no quieren encontrar trabajo, muchachos a quienes no quería fiar, capitaneados por algunas personas de mejor condición, se reunieron en la colina. Silbaron, gritaron, llamaron a „la Pescadora“ y a „Gunlaug, la pescadora“; luego una piedra dió en la puerta; después otra en la ventana del ático. Era más de media noche cuando se disolvió el grupo hostil. Detrás de las ventanas todo estaba obscuro y silencioso.

Al día siguiente, ni una sola persona traspuso la puerta de Gunlaug; ni siquiera un chico pasó por frente a la casa de la colina. Pero por la noche hubo el mismo alboroto, con la única diferencia de que aquella vez tomó parte en él todo el mundo, sin distinción. Pisotearon el jardín, destrozaron las ventanas, arrancaron la empalizada, desceparon los árboles frutales y cantaron canciones alusivas:

- Madre, he atrapado a un marinero.
- Bueno, hija mía; bien está.
- Madre, he atrapado a un comerciante.
- Bien, hija mía; bueno va.
- Madre, al anzuelo viene un cura.
- ¡Ay, basta ya!

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

¡Oh, tra la lál
Hija, maneja otros recursos;
hija, varía ya de plan,
que nada importa que el pez gordo pique,
si no lo puedes embarcar.

— Madre, he perdido al marinero.

— ¡Ay, hija mía! ¿De verdad?

— Madre, he perdido al comerciante.

— ¡Ay, hija mía! ¿De verdad?

— ¡Oh, madre! El cura me abandona.

— ¡Ay, hija mía, para ya!

¡Oh, tra la lál
Hija, maneja otros recursos;
hija, varía ya de plan,
que nada importa que el pez gordo pique,
si no lo puedes embarcar.

A quien más insultaban era a Gunlaug; esperaban, con maliciosa alegría, un estallido de furor por parte de ella.

Y Gunlaug estaba dentro, oyéndolo todo; pero en silencio, porque una madre puede aguantar mucho cuando se trata de su hija.





CAPÍTULO VI

PETRA estaba en su cuarto cuando comenzaron los gritos, los silbidos y las pedradas la primera noche. Dió un salto, como si viese arder la casa o como si oyera derrumbarse algo. Recorrió a grandes pasos el cuarto, como si la azotaran con látigos ardiendo; sintió como si se abrasara su alma. Buscaba con desesperación, en su mente, un medio de huir; pero no se atrevía a bajar junto a su madre, y la multitud estaba delante de la única ventana. Una piedra la atravesó y fué a dar en la cama. Petra prorrumpió en un grito, y corriendo se fué a refugiarse a un rincón, detrás de una cortina que tapaba su ropa. Allí se acurrucó, ardiendo de vergüenza y temblando de miedo. Veía mil visiones terroríficas: el aire estaba lleno de rostros que hacían muecas horribles y llegaban cerca, muy cerca de ella, rodeados de

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

una lluvia de fuego. . . ¡Oh!, no era fuego: eran ojos, ojos grandes y brillantes, ojos pequeños que parpadeaban, ojos que permanecían fijos, ojos que subían y bajaban. . .

— ¡Jesús, Jesús, protégame!

¡Oh, qué descanso cuando se desvaneció en la noche el último grito y todo quedó en silencio y obscuro! Aventuróse a salir de su escondrijo; arrojóse encima de la cama y escondió la cabeza entre las almohadas; pero no pudo librarse de sus pensamientos. En ellos aparecía su madre, amenazadora, enorme, semejante a las nubes tormentosas que se agolpan sobre las montañas; porque, ¡cuánto no estaría sufriendo su madre por su causa! El sueño no acudió a sus ojos, ni la paz a su espíritu; el día llegó, pero sin traer consigo ningún alivio. Paseábase sin tregua de un extremo a otro del cuarto. Su único pensamiento era la fuga; pero no osaba presentarse ante su madre, no se atrevía a salir mientras fuese de día, y por la noche volverían los otros. Tendría que esperar hasta entonces; pues era más peligroso abandonar la casa antes de media noche. Y después, ¿dónde iría? No tenía dinero; los caminos la eran desconocidos; pero seguramente en alguna parte habría gente compasiva, puesto que existía un Dios misericordioso. *Él* sabía que si pecó no fué por maldad. *Él* veía su arrepentimiento. *Él* también

L A P E S C A D O R A

veía su abandono. Escuchó atenta, para sentir los pasos de su madre abajo, y no oyó nada; tembló ante la idea de que subiera, pero no subió. La muchacha que les sirviera, evidentemente se había marchado; pues nadie la subió alimento. No se aventuraba a bajar, ni siquiera a asomarse a la ventana, por temor a que alguien estuviera acechándola. El cristal roto dejaba pasar el frío de la mañana; cuando llegó la tarde arreció la frialdad. Había hecho un envoltorio con su ropa, y habíase vestido, abrigándose para estar dispuesta a partir. Pero antes tenía que esperar al populacho enfurecido y sufrir con paciencia lo que quisiera hacer.

Allí estaban otra vez, silbando, gritando, tirando piedras; peor, mucho peor que la noche precedente. Metióse en el rincón, cruzó las manos y oró sin cesar. ¡Con tal de que a su madre no se le ocurriera subir! ¿Y si se les ocurriera entrar? Entonces comenzaron a cantar una canción insultante para ella, y aunque cada palabra era como una puñalada, tuvo que oirla, quieras que no quieras. Pero cuando comprendió que mezclaban a su madre, cuando advirtió aquella vergonzosa injusticia, de un salto se puso de pie y salió resuelta a hablar a aquella cobarde canalla o a tirarse por la ventana; pero una piedra, luego otra, luego una granizada de piedras, cayeron sobre la ventana;

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

los cristales saltaron hechos añicos, las piedras volaron por el cuarto, y Petra volvió a acurrucarse en un rincón. Sudaba como si estuviera bajo el sol más ardiente, pero ya no tenía lágrimas; todo su miedo había desaparecido.

El ruido apagóse poco a poco. Petra se aventuró a salir, y tan pronto todo estuvo tranquilo, decidióse a mirar por la ventana. Pero pisó los cristales rotos, y retrocedió; pisó las piedras, y no se atrevió a moverse más, por miedo a que la oyeran. Su único anhelo era marcharse sin ser vista. Después de esperar otra media hora larga, quitóse los zapatos, cogió su envoltorio y abrió la puerta muy despacito. Aún esperó unos cinco minutos; luego comenzó a bajar lentamente la escalera. La dolía mucho verse obligada a abandonar a su madre sin decirle adiós, después de ser la causa de todas sus penas y preocupaciones, pero sus temores la incitaban a ello.

— ¡Adiós, madre! ¡Adiós, madre! — decía para sí, conforme bajaba los escalones uno a uno —. ¡Adiós, madre!

Llegó al último, y dando dos o tres hondos suspiros, cruzó hasta la puerta de la calle. De repente sintió que por detrás la sujetaban del brazo; dió un grito y se volvió: era su madre. Gunlaug había oído abrirse la puerta del cuarto de su hija; comprendió claramente cuál era

L A P E S C A D O R A

su propósito, y la estaba esperando. Petra pensó que no podía separarse de ella sin sostener una lucha; una explicación sería inútil; dijera lo que dijera, no la creería. Bueno, entonces lucharía; en el mundo no puede haber nada más malo que lo peor, y lo peor era lo que estaba pasando. Su madre la preguntó con dulzura:

— ¿Dónde vas?

Ella respondió en el mismo tono, pero laténdole violentamente el corazón:

— Voy a huir.

— ¿Adónde?

— No lo sé, pero tengo que marcharme de aquí —. Apretó contra sí el lío de ropa, y siguió avanzando hacia la puerta.

— No, ven conmigo — respondió su madre, sujetándola por el brazo —. Ya tengo previsto todo.

Petra perdió de repente la fortaleza, del mismo modo que soltamos una cosa que tenemos asida y es demasiado pesada para nosotros; lanzó un suspiro muy hondo, como después de una lucha, y se sometió a su madre. Ésta la llevó a un cuartucho pequeño, detrás de la cocina, que no tenía ninguna ventana y donde ardía una luz; allí había estado escondida mientras duró el tumulto de fuera. El cuartucho era tan pequeño, que apenas podían rebullirse. Gunlaug cogió un lío algo más pequeño que el que

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

Petra llevaba, y desatándolo, sacó un traje de marinero.

— Ponte esto — murmuró.

Petra comprendió desde luego por qué debía someterse a aquéllo, pero se emocionó al ver que su madre no hizo mención del motivo. Desnudóse y se puso el traje de marinero. Gunlaug la ayudó; mientras lo hacía, la luz de la vela dióle de lleno en la cara; en aquel momento Petra se fijó en ella, y se le ocurrió por primera vez que su madre era vieja. ¿Es que había envejecido en aquellos últimos días, o es que Petra no se había fijado antes? Las lágrimas de la muchacha caían gota a gota sobre su madre; pero ésta no levantó la cabeza ni pronunció una palabra. Lo último del tocado era un sombrero de hule: cuando se lo puso, la madre la quitó el envoltorio, apagó la luz de un soplo, y dijo muy quedo:

— Ahora, ven.

Volvieron al pasillo, pero no salieron por la puerta principal; Gunlaug abrió la que salía al patio y la cerró después de traspasarla. Atravesaron el jardín pisoteado, pasando por encima de los árboles descuajados y de la empalizada rota.

— Echa una ojeada en derredor — dijo la madre —; no es fácil que vuelvas nunca aquí.

Petra se estremeció y no miró a ninguna par-

te. Tomaron el camino alto que bordea el bosque, aquel bosque donde pasara ella la mitad de su vida, donde estuvo aquella tarde con Gunnar, las otras con Ingre Vold y la última con Oedegaard. Pisaron las hojas marchitas que empezaban a caer de los árboles. Era una noche fría, y la muchacha tiritaba con aquel traje extraño. Su madre torció hacia un jardín. Petra le conoció en seguida, aun cuando no le había visto desde aquel día en que, siendo niña, se metió en él: era el jardín de Pedro Ohlsen. Gunlaug tenía la llave de la verja, y entraron.

Mucho trabajo le costó a Gunlaug ir a verle aquella mañana; más la violentaba aún ir con su desgraciada hija, a quien ya no podía ofrecer un hogar. Pero debía hacerlo, y lo que había que hacer, Gunlaug lo hacía; llamó con los nudillos en la puerta trasera; casi inmediatamente oyeron pasos y vieron una luz. Poco después el mismo Pedro abría la puerta. Iba vestido de viaje, y llevaba botas altas; estaba pálido y asustado. Llevaba en la mano una vela de sebo, y dió un suspiro cuando vió la cara de Petra hinchada de llorar. Ésta le miró; pero como él no se atrevió a reconocerla, tampoco Petra hubo de reconocerle a él.

— Este hombre me ha prometido ayudarte a huir — dijo Gunlaug, sin mirar a ninguno de los dos. Subieron los escalones que conducían

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

al pasillo, y atravesándolo llegaron al cuarto de Pedro. El cuarto era pequeño y bajo de techo; exhalaba de él un olor especial, que hizo a Petra sentirse desazonada, pues no había comido ni dormido hacía más de veinticuatro horas. Del centro del techo pendía una jaula con un canario, y era preciso desviarse para no tropezar con ella en la cabeza. Las sillas, sólidas y viejas; una mesa maciza y dos grandes armarios antiguos, que llegaban al techo, hacían que la habitación pareciese más pequeña. Sobre la mesa veíanse algunos papeles de música, y encima de todo una flauta. Pedro Ohlsen se paseaba con sus grandes botas, como si estuviese muy atareado. Desde el cuarto de atrás oyóse una voz que preguntaba:

— ¿Quién es? ¿Quién está ahí?

Pedro, al oírla, acentuó la rapidez de sus pasos, mientras mascullaba:

— Es jeun, jeun, jeun; es jeun, jeun.

Y se fué hacia el sitio de donde salía la voz.

Gunlaug estaba sentada junto a la ventana, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, mirando a la arena esparcida en el suelo. No decía nada, pero de cuando en cuando exhalaba un profundo suspiro. Petra, de pie cerca de la puerta, con los pies juntos y las manos cruzadas sobre el pecho; pues se sentía mal. El monótono tic-tac

L A P E S C A D O R A

de un reloj marcaba el tiempo; la vela de sebo empezó a gotear. Gunlaug creyó que debía dar una razón que justificara su presencia en aquella casa, y dijo:

— Yo conocía de antes a este hombre.

Ni una palabra más, ni una respuesta. Pedro no tornaba; la vela se corría y el reloj continuaba su isócrono latido. Petra sentíase cada vez peor. Las palabras de su madre repercutían en su oído.

„Yo conocía de antes a este hombre“. Parecía como si el reloj las repitiera en su monótono tic-tac.

Siempre que, andando los años, Petra se encontró en un sitio con ese olor característico de aire confinado, se la representó aquel cuartucho con el recuerdo de su malestar y el sonido del reloj, que la repetía: „Yo-conocía-a-este-hombre-de-antes“. Nunca pudo permanecer en un vapor con su típico olor de cocina, de grasa de máquinas y de agua podrida de mar, debajo del suelo del camarote, sin sentirse mareada, y durante su mareo, de día y de noche, siempre veía aquel cuarto y escuchaba el martilleo del reloj, recordando las mismas palabras.

Pedro volvió. Habíase calado una gorra de lana y se envolvía en un capote tieso, cuyo cuello subido le abrigaba las orejas.

— Ya estoy listo — dijo poniéndose los mi-

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

tones. (Diríase que iba a emprender un viaje en pleno invierno.)

— No nos olvidemos del abrigo para... para... — dijo, volviéndose.

Miró a Petra, y luego a Gunlaug, la cual, cogiendo un capote azul que estaba sobre el respaldo de una silla, se lo endosó a Petra. Cuando ésta tuvo el abrigo abrochado hasta las narices, sintióse tan ahogada en el ambiente de aquel cuarto, que pidió aire. Su madre, viendo que se ponía mala, abrió la puerta y la llevó inmediatamente al jardín. Allí respiró profundamente, dejando entrar en sus pulmones el aire fresco del otoño.

— ¿Dónde voy a ir? — preguntó cuando estuvo un poco repuesta.

— A Bergen — contestó su madre, ayudándola a abrocharse el abrigo —. Es una población grande, donde nadie te conocerá.

Cuando Petra estuvo preparada, esperaron en la verja.

— Te llevarás cien duros; si no sales adelante, tendrás algo a que recurrir. Este hombre te presta el dinero.

— Se lo doy, se lo doy — murmuró Pedro al tiempo que salían a la calle.

— Te lo presta — continuó Gunlaug, como si el otro no hubiese dicho nada —. Yo se lo devolveré.

L A P E S C A D O R A

Se quitó el pañuelo del cuello y lo ató al de su hija, diciendo:

— Escribe en cuanto las cosas se te arreglen; pero antes, no.

— ¡Madre!

— Él te llevará a bordo del barco que está anclado en el puerto.

— ¡Oh, madre, madre!

— ¡Que Dios te bendiga! Adiós.

— ¡Madre; perdón, madre!

— Y no tomes frío en el agua.

Al decir esto, empujándola suavemente hacia fuera, cerró la puerta.

Petra quedóse parada, mirando a la reja. Se sintió tan desgraciada y tan sola como puede serlo un ser humano. Pero de pronto, en medio de su desventura, de su dolor, de la sensación de abandono y la injusticia cometida con ella, en su corazón surgió un presentimiento: fué algo parecido a una llama que se enciende de súbito, y sube mucho, y luego baja extinguida, pero que por un momento ilumina todo lo que la rodea. Levantó los ojos, y encontróse de nuevo en la más completa oscuridad.

Petra seguía a Ohlsen, silenciosa, por las calles desiertas del pueblecillo, pasando por delante de los jardines, cerrados y sin hojas; de las casas oscuras y sin vida, mientras él, con la espalda encorvada, caminaba pesada-

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

mente, embutido en sus enormes botas y en el capote, que casi le cubría la cabeza. Llegaron al camino, fuera del pueblo, donde aún siguieron pisando hojas secas, y donde las ramas desnudas de los árboles parecían espectros que alargaban sus brazos para agarrarles al pasar. Bajaron la colina por detrás de la casilla de los barcos, donde estaba amarrado el bote. Pedro lo desamarró, y remando fueron alejándose de la costa; a poco la tierra se convirtió en una masa negra, sobre la cual el cielo se veía obscuro y pesado. Todo se borró: campos, casas, bosques, montañas. Petra no podía ya ver nada de lo que hasta entonces había visto a diario, desde su niñez; como el pueblo y sus habitantes, todo aquello habíase alejado de ella en la noche. La echaban, y sin un solo adiós.

En el barco, que estaba anclado cerca de la orilla, en espera de la brisa de la mañana, un hombre se paseaba arriba y abajo. Apenas los vió, por la parte de popa bajó la-escala, les ayudó a subir a bordo e informó al capitán, que en seguida hubo de presentarse sobre cubierta. La chica le conoció, y él a ella, pero no se hicieron ninguna pregunta ni se manifestaron la menor simpatía. Todo lo que necesitaba saber se lo comunicó como la cosa más natural: instrucciones sobre dónde había de dormir, y lo

L A P E S C A D O R A

que tenía que hacer si necesitaba algo o se sentía mal.

Como su desazón tornara a acentuarse, en cuanto bajó al camarote cambióse rápidamente de ropa y volvió a subir a cubierta. Allí le dió en la nariz un olor familiar. ¡Oh!, era chocolate.

Estimulada del aroma, empezó a sentir un hambre canina; parecíale que algo le roía y desgarraba el pecho. En aquel mismo momento, el individuo que los recibiera salía del interior del barco, y se dirigía hacia ella con una gran taza y algunos bollos.

Mientras Petra comía, aquel hombre la dijo que su madre había enviado a bordo una caja grande con su mejor ropa exterior e interior, algunos comestibles y otras cosillas. En aquel instante la figura de su madre se presentó ante ella; la vió en un aspecto nuevo y hasta entonces impensado; pero la impresión fué tan honda, que la conservó toda su vida. Y ante aquella imagen hizo un voto, firme y patético en su súplica: proporcionar a su madre algún día la felicidad, en compensación de todo el dolor que la había causado.

Pedro Ohlsen se sentó a su lado cuando ella decidió sentarse, y paseó a su lado cuando ella discurría arriba y abajo, siempre procurando no estorbar su camino; por consiguiente, poniéndose siempre delante en la cubierta, ya

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

atestada de fardos. No podía vérselo de la cara más que los ojos y la larga nariz, y para eso no muy distintamente; pero a Petra le hacía la impresión de que estaba abrumado por algo que deseaba decir y no podía. Seguiala, se sentaba, se levantaba, se paseaba y volvía a sentarse, pero no decía una palabra. Finalmente tuvo que entregarse. Con ademán de desaliento sacó una enorme cartera de cuero, murmurando que allí estaban los cien duros y algo más. Alargó Petra la mano y le dió las gracias. Hubo de acercarse tanto, que pudo ver cómo él la miraba con los ojos humedecidos. Porque, ¿no desaparecía con ella la única nota alegre de su existencia lánguida? Habría gustado decir a la muchacha alguna cosa que la obligara a pensar en él cuando desapareciese del mundo, pero le estaba prohibido; a pesar de esta prohibición, quizá hubiera manifestado algo de lo que sentía; pero no tuvo valor para hacerlo, porque Petra no le dió pie para ello. Estaba muy cansada, y precisamente en aquel momento no podía menos de pensar que había sido él quien le había hecho cometer el primer pecado contra su madre. Estaba harta de su presencia. Cuanto más tiempo permanecía allí sentada, era peor; pues el cansancio redoblaba la impaciencia de la muchacha. El pobre hombre lo comprendió. Se dió cuenta de que era tiempo de

L A P E S C A D O R A

marcharse, y al fin, sacando su mano arrugada del mitón, se la tendió, murmurando: „Adiós“. Petra puso su mano ardorosa en la de él, y ambos se levantaron.

— Muchas gracias; dele a mi madre mis cariños — dijo ella.

Ohlsen lanzó un largo suspiro, o más bien un ronquido, que repitió varias veces; luego soltó la mano de la muchacha, y volviéndose, retrocedió en silencio hacia la escala. Petra se llegó a la borda; Ohlsen miraba hacia arriba y decía adiós con la mano; después, sentándose en el bote, se alejó remando lentamente. Ella permaneció mirándole hasta que se perdió en la obscuridad.

Cuando se vió abajo, en el camarote, apenas podía tenerse de cansancio, y aunque se sintió mareada desde el momento en que entró, no hizo más que echar la cabeza en la almohada, decir dos o tres palabras del Padrenuestro, y se quedó dormida.

.....

Entretanto, su madre estaba sentada junto a la casilla de los botes: les había seguido despacito todo el camino y se situó tras de la casa en el momento en que botaron la barca. Era el mismo sitio de donde salía con ella Pedro Ohlsen en los días de antaño; hacía ya mucho tiempo, y sin embargo, no podía menos de re-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

cordarlos en el momento en que él bogaba con su hija.

En cuanto le vió volver solo, se levantó y se marchó: ya sabía que su hija había llegado a bordo sana y salva. No tomó el camino de su casa, sino que siguió mucho más adelante, y encontrando en la obscuridad la senda que conduce a la montaña, se internó en ella. Su casa del pueblo quedó sola y abandonada por más de un mes; pensaba no volver a pisarla hasta que recibiera buenas noticias de su hija.

En este tiempo se puso a prueba el sentir público contra ella. Las naturalezas inferiores de todas clases encuentran un placer en unirse contra los fuertes, pero sólo mientras éstos se resisten. Cuando ven que resignadamente se someten a ser maltratados, les invade un sentimiento de vergüenza y silban al que se atreve a tirar una piedra. En este caso el populacho esperaba oír la recia voz de Gunlaug resonante en el camino; se la imaginaba acudiendo a los marineros en demanda de auxilio e instigándoles a luchar en la calle. Cuando a la tercera noche no apareció, la gente se hizo insoportable: querían ir a buscarla a su casa, querían arrastrar a la calle a las dos mujeres, seguirlas y echarlas del pueblo. Las ventanas que rompieron la noche anterior, estaban sin componer; entre los aplausos de la multitud,

L A P E S C A D O R A

dos individuos se deslizaron por sus huecos para abrir la puerta, y por ella penetró el populacho. Recorrieron todos los cuartos de arriba y de abajo, forzaron puertas, hicieron trizas cuanto encontraron a mano, registraron todos los rincones, hasta la cueva, buscando a la madre y a la hija, pero no hallaron alma viviente. Ante aquel descubrimiento, la multitud quedó silenciosa; los que estaban dentro de la casa salieron de uno en uno y se escondieron tras de los otros. En pocos minutos quedó vacía la calle.

Al cabo de poco tiempo empezó a circular por el pueblo la opinión de que aquello fué un proceder indigno contra dos indefensas mujeres.

Se discutía lo ocurrido. Hablóse de ello largamente, hasta que todos estuvieron conformes en que, fuese lo que fuese lo que hiciera „la Pescadora“, Gunlaug no tenía la culpa de ello, y por consiguiente la habían tratado con notoria injusticia. Se la echaba de menos en el pueblo; notábase su ausencia con pesar. Las riñas y alborotos de los borrachos comenzaron ya a ser cosa corriente; pues el pueblo se quedó sin policía. Los transeuntes también echaban de menos su imponente figura en la puerta, y sobre todo, los marineros no podían menos de recordarla. No había otra casa como la

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

suya, decían; allí cada cual era tratado según sus méritos, ocupaba el lugar que correspondía en su confianza, y podía contar con su ayuda, ocurriese lo que ocurriese. Ni los marineros, ni los contra maestres, ni los patrones, ni las amas de casa, comprendieron lo que valía hasta que se hubo marchado.

Por lo tanto, un sentimiento unánime de alegría extendióse por el pueblo cuando se la vió otra vez en su casa, guisando y trajinando como de costumbre. Todos fueron en persona para convencerse de que los cristales de las ventanas habían sido colocados, de que la puerta estaba íntegra, de que el humo salía por la chimenea. Sí, era verdad. Allí estaba otra vez. Alguno trepó a la parte opuesta de la vereda para observar mejor: allí estaba, delante del fogón y sin mirar ni arriba ni a los lados; pues sus ojos seguían únicamente el movimiento de las manos, y sus manos trabajaban: como que había vuelto para ganar lo que perdiera, y especialmente los cien duros que debía a Pedro Ohlsen. Al principio, las gentes se contentaban con mirarla de este modo; durante algún tiempo su conciencia no les permitía ir más lejos. Pero poco a poco fueron acercándose. Primero las mujeres, las que eran amables y bondadosas, aunque no tenían ocasión de hablar con Gunlaug más que de negocios; pues

L A P E S C A D O R A

ésta no atendía a otra conversación. Después llegaron los pescadores, luego los tratantes y contraмаestres, para contratar brazos y estudiar los caracteres de los que se enganchaban, y finalmente, el primer domingo después de su retorno, hicieron su aparición los marineros. Y esto lo hicieron, evidentemente, poniéndose de acuerdo; pues por la tarde, a última hora, estaba la casa tan llena, que no solamente había gente en las dos salas, sino que hubo que sacar las mesas y sillas que en verano se ponían en el jardín, y colocarlas en el pasillo, la cocina y el cuarto de atrás. Nadie que hubiera visto aquella aglomeración, habría podido sospechar la mezcla de sentimientos de tales gentes.

Gunlaug había recobrado su silencioso imperio sobre ellos en el momento mismo en que traspasaron el umbral, y la seguridad y calma con que daba a cada uno lo que pedía, no dejaba lugar a ninguna pregunta ni a ninguna frase de bienvenida. Estaba exactamente lo mismo que siempre, con la sola diferencia de que sus cabellos ya no eran negros, y de que en sus ademanes había más tranquilidad. Pero cuando los marineros comenzaron a ponerse alegres, no pudieron contenerse, y apenas Gunlaug y la muchacha se marchaban del local, gritaban a Kund, el contraмаestre — que siempre fué su predilecto —, que debería beber a

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

su salud cuando volviera a entrar. Sin embargo, ni aun él tuvo suficiente valor para hacerlo hasta que no estuvo un poco más alegre. Al fin, una vez que entró ella a recoger botellas y vasos vacíos, Kund se levantó y dijo „que todos se alegraban mucho de que hubiese vuelto; pues estaban completamente seguros... de que... se alegraban mucho que hubiese vuelto“. Esto les pareció muy bien dicho a los concurrentes: todos se levantaron y gritaron que sí, que se alegraban mucho. Y los que estaban en la cocina, y los que estaban en el pasillo, y los que estaban en el otro cuarto, todos se levantaron, y uniéndose a los demás, confirmaron aquella opinión. El contramaestre alargó un vaso a Gunlaug; gritó „¡hurra!“, y todos los demás lo repitieron, como si quisieran levantar el tejado hasta las nubes. A poco, uno manifestó su creencia de que habían cometido con ella una vergonzosa injusticia, otro se adhirió a este parecer, y no tardaron mucho todos los que ocupaban la casa en maldecirse a sí mismos por haber cometido una injusticia semejante.

Cuando al fin todo quedó en silencio, y como desearan oír alguna palabra de su boca, Gunlaug dijo que les daba las gracias a todos, „pero — continuó, recogiendo botellas y vasos — mientras yo no hable de ello, no necesi-

L A P E S C A D O R A

táis hacerlo vosotros". Se marchó cuando tuvo reunido todo lo que podía llevarse, y luego volvió por lo demás. Y desde aquel día su poder sobre ellos fué inviolable.



los hechos de los que se trata en el presente libro, y en el mismo tiempo que se publica este libro, se publica en Chile un libro que trata de los mismos hechos, y que se llama "Historia de Chile" de don Juan Antonio Riquelme, y que se vende en la imprenta de don Juan Antonio Riquelme, en Valparaiso.



Este libro es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de Chile, y que merece ser conocida por todos los que se interesan en esta ciencia. El autor, don Juan Antonio Riquelme, es un hombre de letras y de gran talento, y su obra es el resultado de muchos años de estudio y de una gran labor de investigación. Este libro es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de Chile, y que merece ser conocida por todos los que se interesan en esta ciencia.



CAPÍTULO VII

ERA ya muy de noche cuando el barco ancló en el puerto de Bergen. Medio atontada con el mareo, Petra fué conducida en el bote del capitán, y a través de una multitud de barcos grandes y pequeños, a los muelles, que estaban llenos de gente de mar. Desde allí dirigióse a la población, cruzando calles estrechas, donde se apiñaban los campesinos y los chicleos.

Se detuvieron ante una linda casita; allí, a instancias del capitán, una señora de edad se encargó muy amablemente de Petra. Necesitaba ésta comida y sueño, y pronto vió satisfechas las dos necesidades. Despertóse al día siguiente, a las doce, alegre y animada; encontróse con nuevos sonidos en un acento nuevo, y cuando descorrió la cortina, con nuevas vistas

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

y alrededores, con gente nueva; en fin, en una población nueva.

Hasta le pareció, al verse delante del espejo, que ella misma era una persona nueva; aquel rostro no era el suyo de antes. Ciertamente no podía explicarse la diferencia; pues no comprendía que a su edad las penas y las emociones violentas refinan y espiritualizan. Al mirarse en el espejo, recordó, sin embargo, las últimas noches pasadas, y pensando en ellas tembló. Así es que se apresuró a vestirse y bajar al nuevo mundo que estaba esperándole. Allí encontró a su patrona, en compañía de unas cuantas señoras, las cuales, después de inspeccionarla cuidadosamente, la prometieron velar por ella. Para iniciarla quisieron llevársela a dar una vuelta por la ciudad. Como, al mismo tiempo, Petra quería comprar algunas cosas, corrió escaleras arriba a buscar su cartera; pero sintiéndose avergonzada ante la idea de bajar aquel cartapacio gordo y basto, lo abrió en su cuarto para sacar el dinero. Encontróse con que contenía, no cien duros, sino trescientos. Pedro Ohlsen, pues, le volvía a dar dinero, sin saberlo ni consentirlo su madre. Tenía tan poca idea del valor del dinero, que no le sorprendió lo crecido de la suma, y por consiguiente, en su pensamiento no entró el considerar cuál pudiera ser la causa de aquella generosidad tan grande.

L A P E S C A D O R A

En vez de una carta dándole las gracias, llena de alegría y de preguntas y suposiciones, Pedro Ohlsen recibió, por conducto de Gunlaug, una carta escrita para ella, en la cual Petra denunciaba a su bienhechor con mal disimulado resentimiento, y preguntaba qué había de hacer con aquel dinero de contrabando en su bolsillo.

La primera cosa que le impresionó en la población fué su topografía natural. No podía librarse de pensar que las montañas — altas y próximas — acaso podrían desplomarse sobre sus cabezas. Sentía como una opresión cada vez que levantaba la vista, y le daban intenciones de alargar la mano para tocarlas. Otras veces pareciale que sería imposible escapar de ellas. Allí estaban los montes, oscuros y sombríos; las nubes se agrupaban en sus cimas o corrían de un lado a otro por sus hondos y quiebras; el viento y la lluvia, alternando continuamente, venían de las montañas; las montañas los enviaban a la ciudad. Pero la gente que vivía al pie no sentía opresión alguna. Petra no tardó en sentirse feliz entre sus nuevos vecinos; pues eran gentes que iban a sus negocios con un aire libre y alegre, nuevo para ella.

Después de lo que había pasado, le parecía como si de todo se exhalase un aroma de bienvenida. Al día siguiente, a la hora de comer,

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

manifestó deseos de ir a algún sitio donde pudiese ver mucha gente; le dijeron que para eso lo mejor sería ir al teatro; pues allí vería varios centenares de personas reunidas. Sí; no le gustaría. Compraron un billete, y a la hora en que anunciaban la función la llevaron al teatro, que estaba muy cerca, y la colocaron en un asiento de primera fila de anfiteatro. Allí se encontró envuelta en un torrente de luz, entre varios centenares de personas felices; por todas partes se veía rodeada de colores brillantes, y el rumor incesante de las conversaciones le recordaba el ruido del mar.

Petra no tenía la más remota idea de lo que iba a ver allí. No sabía nada, fuera de lo que le enseñara Oedegaard y lo que había aprendido con aquellas personas con quienes se relacionaba. Pero del teatro nunca le habló Oedegaard una palabra; los marineros sólo le habían hablado de un teatro donde había fieras y actores a caballo, y nunca se le había ocurrido a sus compañeros de juego hablar de una representación, aun cuando hubiesen oído hablar de tales cosas en la escuela. Su pueblo, naturalmente, no tenía teatro, ni siquiera un edificio al que se diera tal nombre.

Las „ménageries“ ambulantes, los volatineros y payasos, utilizaban un cobertizo o representaban al aire libre. Era tan ignorante que no

L A P E S C A D O R A

sabía ni siquiera qué preguntar. Se sentó allí, pues, feliz y contenta, esperando ver algo notable, como camellos o monos. Dominada por esta idea, empezó a ver animales en todo lo que le rodeaba: caballos, perros, zorros, gatos, ratones, y lo encontraba divertidísimo. Entretanto, la orquesta se había congregado, sin que ella lo notara.

De repente Petra dió un salto, alarmada; pues con gran estruendo de tambores, trompetas y trompas comenzó el preludio. Nunca había oído más que un par de violines y quizá una flauta, tocados a un mismo tiempo. Aquel espléndido torrente de sonidos la hizo empalidecer; le recordaba el mar oscuro y tormentoso. Se sentó, temerosa de lo que pudiera venir, y sin embargo, no deseaba que se acabase. A poco, dulces armonías iluminaron aquella obscuridad, y se descubrieron perspectivas con que nunca soñara. Iniciáronse oleadas de melodía; el aire inundante vibraba con una alegría fascinadora, recorriendo rápidamente toda la escala de tonos. Luego, poco a poco, comenzó a bajar, se concentró en una nota, retrocedió con furia vertiginosa: una gran obscuridad se extendió, cubriéndolo todo; parecía como si el remolino de una catarata se lo hubiese tragado. Después sobresalió una nota única, semejante al canto de un pájaro en una rama lejana. Co-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

menzó triste, temblorosa; pero el aire se aclaró, el sol asomó, y de nuevo las perspectivas que se desvanecieron en el azul de la distancia se llenaron con aquella maravilla trémula y palpitante, tras de los rayos del sol.

La melodía fué haciéndose más dulce y melancólica; el alegre ejército marchó lejos, lejos; ya no se veía sino rayos de sol que se fundían y esparcían por el aire; sobre la inmensa llanura, sol y nada más que sol, todo penetrado de luz y completamente tranquilo. Y en este éxtasis todo se desvaneció como un sueño.

Petra, involuntariamente, y creyendo que aquello había terminado, se puso de pie. Entonces, maravilla de maravillas, la linda pared pintada que había frente a ella se levantó hacia el techo. Encontróse en una iglesia (1) con arcos y columnas; una iglesia en día de solemnidad, resonante el órgano, y las gentes devotas ataviadas con trajes que Petra no viera hasta entonces. Y hablaban, sí, hablaban en la iglesia en un lenguaje que ella no entendía. ¿Qué? También hablaban detrás de su asiento.

— Siéntese — decían.

Pero como no había donde sentarse, las dos personas que estaban en la iglesia permanecieron de pie. Cuanto más las miraba, más claro

(1) La función que Petra presenció fué una de *Cheleuschliger, Axel and Valborg*.

L A P E S C A D O R A

le parecía que aquellos trajes eran los mismos que viera en un cuadro de San Olaf... Pero, ¿no hablaban de San Olaf?

— Siéntese — volvió a oír a su espalda —; siéntese — gritaron varias voces.

— Quizá ahí detrás pase algo — pensó Petra, y volvióse tranquilamente.

Unas cuantas caras furiosas, algunas amenazadoras, la miraban.

— Ahí ocurre algo malo — pensó.

Y se hallaba dispuesta a marcharse.

Pero en aquel momento una señora anciana, que estaba a su lado, la tiró suavemente del vestido.

— Siéntese, hija mía — murmuró —; la gente que está detrás no puede ver la función.

Dejóse caer en su asiento.

— Por lo visto esto es el teatro — pensó —, y estamos viendo la función. Sí, naturalmente, el teatro —. Repitió la palabra como para no olvidarlo. Entonces volvió a mirar a la iglesia; pero por más esfuerzos que hizo, no pudo entender lo que decía la persona que hablaba. Solamente cuando advirtió que era un hombre joven y guapo, cogió alguna que otra palabra. Al oírle luego hablar de amor y que estaba enamorado, Petra entendió casi todo lo que decía.

Precisamente en aquel momento apareció una tercera persona, que hubo de aumentar su

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

atención; pues comprendió, por dibujos que había visto, que era un fraile. Petra siempre tuvo muchas ganas de ver algún fraile. Este de la escena se movía con mucha suavidad y mostrábase muy tranquilo. Sí, tenía un aspecto verdaderamente santo; hablaba despacio y claro, y ella pudo seguir todas sus palabras. Pero de pronto se vuelve y dice todo lo contrario de lo que había dicho antes. . . ¡Oh, es un bribón! . . . Sí, es un bribón. . . ¡Si se le conoce en la cara! ¡Oh!, ¿por qué no lo ve el joven guapo? Pero, por lo menos, tiene que oírla.

— Le está engañando — comentó Petra, en voz baja.

— ¡Chist! — dijo la vieja.

No, el joven no lo oía; se marchó sin sospechar nada malo. Todos se fueron. . . sólo quedó un viejo.

— Pero, ¿qué es esto? Cuando habla el viejo es exactamente lo mismo que si hablara el joven, y, sin embargo, es el viejo. . . ¡mire, mire!

Una procesión vistosa de muchachas vestidas de blanco se acerca; apareadas, despacio y sin ruido, atraviesan la iglesia.

Petra continuaba viéndolas mucho después de haber pasado, y en su mente surgió el recuerdo de algo parecido que contemplara en su niñez. Un invierno había ido con su madre por la montaña. Caminando trabajosamente por la

L A P E S C A D O R A

nieve, recién caída, asustaron, sin querer, a una bandada de chochas, que se levantó de repente, llenando el espacio ante su vista. Eran blancas, la nieve también blanca, el bosque estaba blanco... Mucho tiempo después todos los pensamientos que cruzaban su mente eran blancos, y allí, en aquel momento, le ocurría lo mismo.

Una de aquellas mujeres vestidas de blanco avanza sola, con una guirnalda de la mano, y se arrodilla. El viejo se ha arrodillado también, y la mujer de blanco le habla. Aquél trae un mensaje para ella de lejanas tierras. Saca la carta: en la cara de la joven se advierte que es de alguien a quien ama. ¡Oh, qué bonito! Aquí todo el mundo está enamorado. La abre; no es una carta, está llena de música.

— Sí, ¡mira, miral! Él es la carta; el viejo es el joven, y a él es a quien ella ama. Se abrazan. ¡Dios santo! Se besan.

Petra sintió que le subían los colores a la cara y la ocultó entre las manos, sin dejar de mirar, por supuesto, para ver lo que ocurría después. El joven declara a la joven que se casarán inmediatamente, y ella, riendo, le tira de la borla y le dice que se ha hecho un bárbaro, y él le responde que está más guapa, y le da un anillo, y le promete seda y terciopelo, zapatos y un cinturón de oro; luego despídese ale-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

gremente de ella, y se va a ver al rey para arreglar la boda. Su prometida le sigue con una mirada radiante...; pero cuando se vuelve, después que se há marchado, todo parece vacío.

En este momento la cortina cae deslizándose. ¿Se ha acabado? Precisamente cuando empezaba. Ruborizándose profundamente, volvióse Petra a la señora vieja:

— ¿Se ha acabado?

— No, no, hija mía; es el primer acto. Hay cinco como éste; sí, son cinco — repitió con un suspiro.

— ¿Sobre lo mismo? — preguntó Petra.

— ¿Qué quiere usted decir?

— ¿Vuelve la misma gente y sigue la historia?

— Seguramente no ha estado usted nunca en el teatro, ¿verdad?

— No.

— Claro; no hay muchos sitios que tengan teatro. ¡Cuesta tan caro!...

— Pero, ¿qué significa todo esto? — preguntó Petra excitada, encarándose con su vecina, como si no pudiese esperar mucho tiempo su respuesta —. ¿Quién es esa gente?

— Es la compañía de Naso, una compañía de primera; él es un director muy competente.

— ¿Es él quien lo hace? ¿Cómo es eso? ¡Oh!, por Dios, contésteme.

L A P E S C A D O R A

— Pero, criatura, ¿no sabe usted lo que es una representación? ¿De dónde sale usted?

Cuando Petra recordó su pueblo, le vino a la memoria también su desgracia y su huida. Así que se quedó callada y no se atrevió a preguntar más.

Empezó el segundo acto: en él apareció el rey. Sí, aquél era el rey; así es que también pudo ver un rey. No oyó lo que decía, no vio a quién hablaba; solamente veía al rey: sus vestiduras, sus ademanes, su porte. La sacó de su ensimismamiento la llegada del joven. Luego todos fueron a buscar a la novia. . . Otra vez tuvo que esperar.

En el entreacto, la señora vieja se inclinó hacia ella.

— ¿Cree usted que representan bien? — dijo. Petra la miró extrañada.

— ¡Representar! . . . ¿Qué quiere decir eso?

No notó que todos los que estaban en torno suyo la miraban, y que encargaron a la vieja que le dirigiera preguntas; no oyó que la gente se reía de ella.

— ¿Pero no hablan como nosotros? — dijo al ver que no recibía contestación.

— Son dinamarqueses, ¿sabe usted? — respondió la vieja, empezando también a reír.

Entonces Petra calculó que la amable señora se reía de tantas preguntas como le dirigiera.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

No dijo más, y quedóse mirando fijamente al telón.

Cuando éste se volvió a levantar tuvo el gran placer de ver un arzobispo. Le ocurrió lo mismo que antes: tan ensimismada se quedó mirándole, que no oyó una palabra de lo que decía. Luego escuchóse una música suave, muy lejana, que poco a poco fué acercándose. Era un canto de voces de mujer, acompañado por flautas, violines y otro instrumento que no era una guitarra, pero parecía muchas guitarras, sólo que más suave y de más tonalidades. La armonía inundaba la iglesia con sus ondas, y cuando todo se convirtió en un mar ondulante de colores, llegó la procesión: soldados con alabardas, clérigos con incensarios, frailes con cirios, el rey con una corona en la cabeza, y a su lado el novio, vestido de blanco. Luego venían las mujeres, asimismo con vestiduras blancas, esparciendo rosas y música delante de la novia, que iba ataviada con un traje de seda, blanco también, y llevaba una guirnalda roja en sus cabellos. A su lado marchaba una dama alta, vestida de púrpura, con una cola muy larga bordada de coronas de oro, y en sus cabellos brillaba una corona pequeña. Debía de ser la reina.

La iglesia aparecía henchida de colores y de cánticos, y todo lo que ocurrió después — des-

L A P E S C A D O R A

de el momento en que el novio condujo a la novia al altar, donde se arrodillaron, mientras todos los concurrentes se arrodillaban a su alrededor, hasta la llegada del arzobispo con su séquito de frailes — fué sencillamente una colorida gama musical.

Pero en el momento preciso en que iba a comenzar la ceremonia del casamiento, el arzobispo, levantando el báculo, lo prohibió: aquel matrimonio era contrario a las leyes de la Iglesia; no podían unirse en vida. ¡Padre del Cielo, ten misericordia! La novia se desmayó, y Petra, que en su excitación se había puesto de pie, dejóse caer también, lanzando un grito agudo.

— ¡Agua, agua! — gritó la gente que estaba junto a ella.

— No — intervino la señora vieja —, no se ha desmayado, no hace falta.

— No hace falta — repitieron —. Silencio.

— Silencio — exclamó una voz en las butacas —. Orden en el anfiteatro.

— Orden — contestaron desde arriba.

— No debe usted tomarlo tan a pecho; después de todo no es más que una ficción y una tontería — murmuró la señora vieja —, aunque la señora Naso trabaja admirablemente.

— ¡Chist! — exclamó Petra a su vez.

Estaba absorta en la historia; pues el malvado fraile había aparecido con una espada. Los

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

dos amantes tuvieron que coger un paño, y él lo dividió en dos, exactamente lo mismo que la Iglesia los separaba al uno del otro, como el dolor parte el corazón, como la espada sobre la puerta del Paraíso impide la vuelta al primer día.

Llorando, las mujeres despojaron a la novia de su corona de púrpura, y la pusieron una corona blanca: se la destinaba al claustro para toda su vida. Aquel a quien ella pertenecía eternamente, sabría que estaba viva, aunque no podría reclamarla por suya; que moraba tras las tapias del convento, pero no la vería jamás. ¡Qué conmovedora fué su despedida! ¡Seguramente no había en el mundo una pena como la de ellos!

— Hija mía, hija mía — murmuró la señora vieja cuando bajó el telón —; no sea usted ridícula. ¡Si es la señora Naso, la mujer del director.

Petra abrió mucho los ojos y los fijó en la buena señora; creía que estaba loca. Y como la señora pensaba lo mismo de Petra hacía un rato, continuaron mirándose una a otra con recelo y no dijeron nada más.

Cuando volvió a levantarse la cortina, Petra no pudo seguir el hilo de la función; no veía más que a la novia tras las tapias del convento, y al novio, desesperado, que día y noche

las rondaba. Sufría los mismos tormentos que ellos, y formulaba sus mismas súplicas; pero lo que estaban representando ante sus ojos deslizábase sin que lo advirtiera. De pronto se dió cuenta de que en la escena reinaba un silencio aterrador; la iglesia, desierta, parecía haber aumentado considerablemente de tamaño; no se oía más que la campana del reloj, que daba las doce de la noche. En las naves abovedadas se oye un estampido, las paredes retiemblan, y San Olaf, cubierto con su mortaja, sale de su sepulcro con aire terrible y decidido. Se adelanta a grandes pasos con la lanza en la mano, los guardias huyen, el trueno zumba, y el fraile cae atravesado por la lanza; después todo vuelve a sumirse en la obscuridad, y la visión desaparece. Pero el fraile queda allí, donde ha caído el rayo, como un montón de cenizas.

Sin advertirlo, Petra se había agarrado a la señora vieja, quien, asustada al sentirse cogida de aquella manera convulsiva, y viendo que la muchacha se ponía cada vez más pálida, apresuróse a decir:

— ¡Por Dios, criatura! ¡Si es Knutsen! Es el único papel que puede hacer con esa voz tan fuerte.

— ¡No, no, no! He visto su cabeza rodeada de llamas — dijo Petra —, y la iglesia tembló a su paso.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

— ¿Quieren callarse? — exclamaron varias voces a un tiempo —. El que no pueda estar callado, que se vaya a la calle.

— Orden en el anfiteatro — gritaron desde las butacas.

— Orden — replicaron los de arriba.

Petra se agachó como para esconderse, pero a los pocos momentos se olvidó por completo del público; de nuevo aparecieron los amantes. El rayo les había abierto un camino y se disponían a huir. Al fin se encontraban; se abrazaron. ¡Protégelos, Dios de los cielos!

De pronto suenan trompetas y se oye un clamoreo. El héroe es arrancado de junto a su amada; tiene que batirse por su Patria. Le hieren, y al morir envía un saludo a su amor. Petra no se hace cargo de lo que ha ocurrido hasta que la enamorada viene tranquilamente y... se encuentra con el cadáver de su amante. Entonces parece como si todas las nubes del sufrimiento se hubieran concentrado en un solo punto y una mirada las dispersase: la novia se inclina sobre el pecho de su amante y pide a la muerte que venga a buscarla. Súbito el cielo se abre, el relámpago brilla, el salón nupcial de arriba está dispuesto para recibir a la novia. Sí, ella lo ve ya; pues de sus ojos se irradia una paz como la que reina en las altas montañas. Luego se cierran sus párpados: la batalla ha te-

nido un fin más alto, su constancia una corona más noble; ya está con él.

Petra permaneció sentada mucho tiempo aún; sentía su corazón inundado de fe, la fuerza de lo sublime llenaba su alma. Cuando se levantó, sentíase superior a todo lo pequeño y mezquino, a todo lo que fuese temor y dolor; sonreía irónicamente de todo, porque, ¿no somos todos hermanos? El mal que separa a los hombres no existía ya; había sido aniquilado por el rayo. La gente se reía de ella; sí, era la muchacha que parecía loca mientras la representación. Pero Petra diputaba su risa como un reflejo de la victoria que sentía en su corazón. En la creencia de que simpatizaban con ella, les devolvió su sonrisa radiante, y la gente vióse obligada a sonreír. Bajó las anchas escaleras entre dos hileras de personas que se detenían al verla pasar, como reflejando la alegría de su alegría y la belleza de la belleza que resplandecía en su rostro. La luz de nuestras almas es a las veces tan potente, que ilumina todo lo que nos rodea, aunque nosotros no podamos verlo.

Cuando llegó a su casa, casi sin saber cómo, preguntó qué significaba lo que había visto. Algunas almas compasivas le dieron explicaciones. Y cuando se dió cuenta exacta de lo que era una representación teatral, y de lo que pue-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

den hacer los buenos actores, se levantó diciendo:

— Eso es lo mejor del mundo; yo quiero ser eso.

Ante la sorpresa de todos, se vistió y se marchó a la calle: necesitaba estar sola y al aire libre. Dejó atrás la ciudad y siguió andando sin rumbo fijo, bajo un viento fortísimo. Abajo bramaba el mar; a los dos lados de la bahía se desplegaba la ciudad entre una neblina nebulosa, a través de la cual entreveíanse las luces aisladas que se fundían unas en otras, brillando, sin poder disipar el velo que las celaba. Lo mismo le ocurría a su alma. El gran elemento que estaba a sus pies, sumido en la más profunda obscuridad, le anunciaba con su rugir la presencia de un abismo insondable. La cuestión, para ella, era si debía dejarse hundir en él o unirse a aquellos que trataban de derramar luz. Preguntóse a sí misma por qué no tuvo tales pensamientos hasta entonces, y se respondía que sin duda a causa de haber siempre obrado por el impulso del momento. Sin embargo, comprendió que en aquellos instantes tenía fortaleza. Ahora lo veía claro, como si muchos de aquellos momentos fuesen luces de las que brillaban. Pidió a Dios que le concediese fuerza bastante para no desperdiciar ninguna. Se puso de pie, pues soplaban un viento helado. No es-

tuvo mucho tiempo fuera de la ciudad; pero, al volver, sabía ya cuál era el sendero que debía seguir.

.....
Al otro día se encontró delante de la puerta del director del teatro. Dentro reñían violentamente. Le pareció que una de las voces se asemejaba en algo a la de la heroína de la noche precedente; es verdad que entonces tenía otro diapasón; pero, sin embargo, aún hizo temblar a Petra. Esperó mucho tiempo; pero como, al parecer, el ruido no acababa, golpeó en la puerta con los nudillos.

— ¡Adelante! — exclamó una voz de hombre en tono agrio.

— ¡Oh! — gritó una voz de mujer.

Y al entrar Petra, vió que una imagen del Terror, en camisión de dormir y con el pelo flotante, desaparecía por una puerta lateral. El director, un hombre alto, de mirada dura, se paseaba arriba y abajo. Calóse unos lentes, y con ellos su larga nariz dominaba al resto de su cara de tal manera, que parecía como si las demás facciones no estuvieran hechas sino en provecho suyo. Detrás de aquella trinchera, los ojos se destacaban como dos cañones de fusil; la boca era un foso cavado delante, y la frente un puente tendido desde ella hasta el bosque o las barricadas.

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

— ¿Qué desea usted?

Se detuvo en seco, y continuó luego:

— ¿Es usted la que quiere ser comparsa?

— ¡Comparsa! ¿Qué es eso?

— ¿No sabe usted lo que es? ¡Hum, hum!
Entonces, ¿qué es lo que usted quiere?

— Quiero ser actriz.

— ¿Quiere usted ser actriz y no sabe lo que es ser comparsa? . . . ¡Hum, hum! Pero, ¿usted habla en dialecto?

— ¡Dialecto! ¿Qué es eso?

— ¡Tampoco lo sabe usted y quiere ser actriz! . . . ¡Hum, hum! Sí, así son los noruegos. Dialecto significa que no habla usted como nosotros.

— Sí; pero he estado ensayando toda la mañana.

— ¿De veras? Bueno, bueno; vamos a ver.

Petra adoptó una postura afectada, y tratando de imitar a la protagonista de la noche anterior, repitió una de sus frases con su acento peculiar.

— ¡Habrás visto impertinencia mayor! ¿Ha venido usted aquí a burlarse de mi mujer?

En el cuarto inmediato se oyó una carcajada; el director abrió la puerta y dijo, sin acordarse ni por asomo de que un momento antes estaban riendo de mala manera:

— Hay aquí una muchacha noruega, que quiere caricaturizarte; ven a oirla.

L A P E S C A D O R A

Una cabeza de mujer, con pelo negro, despeinado y revuelto, ojos oscuros y boca grande, apareció riendo. Petra se adelantó hacia ella, porque seguramente debía de ser la protagonista. . .

— No: es su madre — pensó al acercase a ella.

La miró y dijo:

— Yo no sé. . . si es usted. . . o si es usted su madre.

Al oír estas palabras, el director se echó a reír también. La señora retiró la cabeza, pero su risa se oyó en el cuarto inmediato. El azoramiento de Petra se pintaba tan claro en su rostro, en su actitud y en sus ademanes, que el director la observó más atentamente. La miró un rato, y luego, cogiendo un libro, dijo como si no hubiese ocurrido nada:

— Tome esto y léalo, hija mía; pero léalo como habla.

Ella lo hizo así.

— No, no está bien. Mire. . .

Él leyó el párrafo; Petra repitió las palabras exactamente lo mismo que él las leía.

— No, no es eso. Lea en noruego. . . en noruego, ¡por vida del. . .

Y Petra leyó otra vez como antes.

— Que no, le digo a usted. Eso es absurdo, completamente absurdo. . . ¿No comprende

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

usted lo que quiero decir? ¿Es usted tonta?
Probó varias veces, y por último le dió otro libro.

— Mire, aquí hay otra cosa diferente en absoluto: es una cosa cómica; léalo.

Petra leyó; pero repitió lo mismo de la vez pasada, hasta que el director, ya cansado, hubo de exclamar:

— ¡No, no, no! Por Dios, cálese, cálese... ¿Qué pretende usted hacer en la escena? ¿Qué demonios quiere usted representar?

— Quiero representar lo que vi anoche.

— Me parece muy bien. ¿Y qué más?

— Sí — repuso ella con timidez —, lo de anoche me pareció que era muy hermoso; pero hoy he pensado que sería más hermoso aún si acabase bien, y me gustaría hacer yo un final agradable.

— ¿De verás quiere usted hacer eso? ¡Hum, hum! Pues no hay nada que lo estorbe. El poeta ha muerto. Naturalmente, el poema tiene algunas incorrecciones, y usted, que no sabe hablar ni leer, ¡quiere corregirle! ¡Es no-ruego puro!

Petra no entendía una palabra de lo que el director decía; sólo comprendió que era algo no favorable para ella, y empezó a tener miedo.

— ¿No me lo permitirá usted? — preguntó con dulzura.

L A P E S C A D O R A

— ¡Ya lo creo que sí, ¡no hay inconvenientel, ¡sin duda alguna! Escúcheme — dijo con voz alterada y acercándose a ella —. Usted tiene la misma idea que un gato de lo que es representar. No tiene usted aptitudes ni para la comedia ni para la tragedia, como he visto por los ensayos que he intentado. Porque es usted bonita y tiene buena figura, le han hecho imaginarse que puede trabajar mejor que mi mujer. ¡Naturalmentel Y, además, quiere usted hacer el papel más importante del repertorio y hasta corregirle. Sí, noruego puro: es la única gente capaz de pensar una cosa así.

La respiración de Petra hizose cada vez más agitada; parecía como si luchase por decir algo. Al fin atrevióse a murmurar:

— ¿De verás no me lo permitirá usted?

El director estaba de pie detrás de la ventana, en la creencia de que la muchacha se había marchado. Al oirla, se volvió con asombro. Pero al ver la emoción de Petra y la fuerza con que lo expresaba, quedóse un instante perplejo. Luego, tomando otro libro, dijo con una voz y unos modales en los que no se veía la menor huella de su pasada irritación:

— Tome, lea este trozo muy despacio; a ver, que oiga yo su voz. . . Bien, siga.

Pero la muchacha no pudo leer porque no veía las letras.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

— Vaya, no se desanime.

Al fin comenzó a leer, pero de una manera fea y sin dar sentido. El director la hizo repetir el párrafo con más expresión, pero Petra no daba pie con bola. Entonces la quitó el libro de las manos, diciendo:

— La he examinado a usted en todos los géneros; no puedo hacer más. Hija mía, le aseguro a usted que si envió mis botas al escenario, o la envió a usted, harían la misma impresión. Desde luego, muy notable. Hemos terminado.

Como último recurso, Petra se atrevió a decir suplicante:

— Yo creo que podría llegar a comprender solamente con que...

— Sí, sí, desde luego... Cualquier pueblo de pescadores lo comprende mejor que nosotros; el público noruego es el más inteligente del mundo... Muy bien; si usted no se marcha, me marcharé yo.

Petra se volvió hacia la puerta, llorando.

— Escuche — dijo él, para quien aquella violenta emoción fué un rayo de luz —: seguramente fué usted la que causó el alboroto anoche en el teatro.

Volvióse la chica, ruborizándose profundamente.

— Sí, claro está, era usted. Ahora ya sé

L A P E S C A D O R A

quién es usted... „la Pescadora“. Después de la función vi a un señor que viene del mismo pueblo de usted y „la conoce bien“. Ya, ya; por eso tiene usted tanto afán de presentarse en el escenario. Quiere usted emplear sus artes, ¿no es eso? Pues óigame. Mi teatro es un sitio respetable, y no acepto ningún ensayo para modificarlo... Y ahora, fuera... ¿Quiere usted marcharse, sí o no?

Sollozando, Petra marchóse apresuradamente del despacho, bajó la escalera y salió a la calle. Deshecha en llanto, dióse a correr por las vías principales de la ciudad, muy concurridas en aquella hora. El espectáculo de una muchacha que corría llorando en pleno día, causó gran sensación. La gente se paraba, seguíanla los chicos, y al poco tiempo llevaba tras sí un buen grupo de alborotadores y curiosos. En su clamoreo creyó Petra oír una vez más el rumor sordo y prolongado que oyera aquellas noches desde el ático. Alucinada, parecióle que veía aquellas mismas caras. Echó a correr más de prisa.

Pero sus recuerdos, lo mismo que el miedo que le aguijaba, eran más fuertes a cada paso. Cuando por fin llegó a la casa, y traspuso sus umbrales, dió un portazo violento, encerróse en su cuarto, y refugiándose en un rincón, en vano pretendía huir de las caras que su delirio

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

le presentaba en torno suyo. Las rechazaba con las manos, las repelía con amenazas, y al cabo, agotadas sus fuerzas, fué poco a poco tranquilizándose, hasta derramar lágrimas serenas.

.
Aquella misma tarde, hacia el anochecer, abandonaba Bergen, dirigiéndose tierra adentro. Ignoraba dónde iría, pero su propósito era encontrar un sitio donde no fuese conocida. Se metió en un cochecillo, con su maleta a la zaga y el cochero en lo alto. Llovía a torrentes. Acurrucada bajo un gran paraguas, Petra miraba tímidamente, ya a los montes cercanos, ya al precipicio que se ahondaba a la vera del camino. El bosque frontero a sus ojos hallábase envuelto en una neblina y dijérase poblado de fantasmas; pocos momentos tardaría en penetrar en él. Pero conforme se acercaba, la niebla cedía. Un fuerte rugido, cada vez más intenso, coadyuvaba a aumentar la creencia de que se movía en un círculo misterioso, donde cada cosa tenía una significación propia, una relación secreta, y el hombre no era más que un ser asustado, sin otro pensamiento que hallar el modo de salir adelante. El ruido procedía de algunas cascadas, que en la época de las lluvias acrecidas enormemente, se despeñaban de roca en roca con un estrépito ensor-

L A P E S C A D O R A

decedor. El camino cruzaba estrechos puentes; desde ellos veíase el agua hirviente y espumosa en las hondonadas. A veces, el mismo camino serpenteaba por la ladera de la montaña, dejando ver, aquí y acullá, algunas extensiones de tierra cultivada, con algunas casas y praderas; luego tornaba hacia el bosque y las cascadas. Petra sentía frío y humedad, pero su intención era seguir adelante mientras hubiese luz. . . , y también al siguiente día, internándose siempre en el país, hasta llegar a un sitio en que se creyese segura. Para ello la ayudaría el Todopoderoso, el que la guiaba a través de la tormenta y de la obscuridad.





CAPÍTULO VIII

CUANDO el otoño llega a su fin, en los abrigados y fértiles valles escondidos entre las montañas de la región de Bergen suele haber días tan templados y suaves, que más bien parecen de verano. En ellos se sacan de nuevo las reses al campo, a pesar de que se hallan ya recogidas en sus cuarteles de invierno, a fin de que pasten y retocen, y estén más alegres cuando, llegada la noche, vuelvan al encerramiento del corral.

A tiempo que Petra pasaba por delante de una casa de campo, avanzaba hacia los corrales de la misma, bramando, balando y haciendo tintinear sus cencerros, un gran número de vacas, cabras y ovejas. El tiempo era hermoso. Los edificios, grandes y blancos, con sus anchas ventanas, brillaban al sol. En el fondo alzabase la montaña, cubierta densa-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

mente de abetos, abedules, cerezos silvestres y serbales; los espinos arraigaban en los sitios más escabrosos, como si quisieran servir de protección y abrigo a las viviendas. Delante del edificio principal veíase un jardín que se extendía hasta el camino. Crecían en él muchos manzanos y cerezos, y los senderos hallábanse orillados de setos de grosellas rojas y negras y de uvas de espina.

Sombreándolos, alzábanse algunos añosos fresnos de frondosa copa. Desde el camino, la casa parecía un nido colgado de las ramas de un árbol e inaccesible a todos menos al sol. Aquel mismo aislamiento despertó la nostalgia en Petra, y como el sol se reflejaba en los cristales, y los cencerros sonaban alegres y tentadoramente, y supo que la casa era una rectoral, cogió las riendas con decisión, diciendo:

— Voy a ir ahí.

Y separándose del camino, dió la vuelta al jardín.

Cuando penetró en el patio, que era rectangular, con edificaciones en torno, dos perrazos se lanzaron hacia ella. Frente a la vivienda estaban los establos; a la derecha, un anejo del edificio principal, y a la izquierda, el lavadero y las habitaciones de la servidumbre. En aquel momento el patio estaba lleno de ganado. En medio se veía a una señora joven, esbelta y

L A P E S C A D O R A

de estatura regular; llevaba un vestido muy ajustado y un pañolito de seda a la cabeza. A su alrededor, y hasta encima de ella misma, veíase a las cabras: blancas, negras, coloradas, manchadas, todas con cencerillos de sonido limpio y claro. La mujer llamaba a cada una por su nombre; tenía en la mano un plato con algo que debía gustarles mucho a las cabras, y que una muchacha llenaba constantemente.

En los peldaños inferiores de la escalinata que daba acceso al edificio principal, estaba el pastor, con un plato de sal en la mano; tenía delante a las vacas, que lamían la sal en sus palmas y en las piedras donde la esparcía. El pastor era un hombre no muy alto, pero muy fornido, de cuello corto y frente estrecha; espesas cejas daban sombra a un par de ojos que rara vez miraban de frente, pero que de cuando en cuando lanzaban de través miradas muy fulgurantes. Sus espesos y rapados cabellos eran grises e hirsutos, casi tan espesos en la nuca como en la cabeza. No llevaba corbata, y la camisa, sujeta por un botón, quedaba abierta arriba, dejando al descubierto su pecho velludo. Tampoco llevaba abrochados los puños, y las mangas caían sobre sus manos, pequeñas y gordas, pegajosas en aquel momento con la sal que daba a los animales. Tenía, lo mismo las manos que los brazos, cubiertos de vello.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

Miró de reojo a la forastera, que habiéndose apeado, se abría camino por entre las cabras hacia su hija. Lo que hablaron entre ellas no lo pudo oír, a causa del clamor del ganado, de los perros y de las esquilas; pero vió que las dos muchachas le miraban, y después, rodeadas de las cabras, se dirigían a la escalinata. A una seña del pastor, un vaquerillo se llevó las reses. Sigue, su hija, le llamó; Petra quedó encantada con la dulzura de su voz.

— Padre, aquí está esta viajera, que querría pasar un día o dos con nosotros.

— Que sea bienvenida — respondió el pastor. Y dando el plato a un mozo, entró en su cuarto, a la derecha de la puerta, probablemente para lavarse y arreglarse. Petra siguió a la joven por el corredor, que, propiamente hablando, era un vestibulo amplio y alegre. Recogieron el equipaje y pagaron al cochero. Petra llevó sus cosas a un cuarto situado frente al despacho, y cuando estuvo lavada y aderezada, salió de nuevo al corredor y de allí pasó al salón.

¡Qué cuarto más hermoso y más alegre! La pared de la fachada se componía casi toda de ventanas, una de las cuales era la puerta que se abría al jardín. Las ventanas, anchas y altas, rasgábanse casi hasta el suelo y estaban llenas de flores: había flores en altas jardineras, flo-

res en los antepechos, y en vez de cortinas, en dos cestitas se enroscaba la yedra que colgaba delante de los vidrios. Como afuera había también arbustos y flores, y las tapias estaban cubiertas y el césped salpicado de ellas, parecía que se entraba en un invernadero construido en medio del jardín. Y sin embargo, apenas se llevaba un momento en el cuarto, olvidábanse las flores; sólo se veía la iglesia, que se elevaba en una altura a la derecha, reflejándose en el agua azulada, cuya superficie se divisaba tan lejos entre los montes, que habría sido muy difícil decir si era un lago o un brazo de mar. ¡Y luego las montañas! No una cima sola, sino una cadena de montañas, una cumbre enorme que se eleva detrás de otra, como si fueran los límites de la tierra habitada.

Cuando, por fin, Petra volvió sus ojos hacia el interior, parecióle que todo el cuarto había sido dignificado con la vista de fuera; todo tenía un aspecto puro y brillante, y formaba un marco de flores rodeando un cuadro magnífico. Se sintió como circundada de algo invisible que prestaba atención a sus actos y hasta a sus pensamientos; inconscientemente anduvo por el cuarto, inquiriendo y tocando todas las cosas que en él había. De pronto se fijó en un retrato que colgaba de la pared frontera a la luz, encima del sofá, y que representaba a una

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

señora que la sonreía. Tenía la cabeza ligeramente vuelta a un lado; las manos cruzadas, apoyando su brazo derecho en un libro, en cuya cubierta se leía: „Libro de oraciones“. Con su cabello rubio y su cutis blanco, parecía irradiar una luz suave desde la pared y rodear todo lo que su mirada abarcaba de un ambiente de santa calma. Su sonrisa era seria, pero con la seriedad de la resignación. Parecía como si tuviese un poder especial para atraerse a las gentes por amor; como si todo lo comprendiera, porque sólo veía en ello el bien. Su rostro denotaba la falta de salud; pero aquella debilidad debió de ser su fuerza, pues seguramente no había existido en el mundo nadie que quisiera aprovecharse de tal criatura.

Rodeaba el marco una guirnalda de siemprevivas: era, sin duda, el retrato de una muerta.

— Era mi madre — oyó que decía una voz dulce a su espalda. Y volviéndose, vió a la hija de la casa, que silenciosamente había entrado en la habitación.

Desde aquel momento, para Petra todo el cuarto estuvo lleno con el retrato: todo lo guiaba, todo lo iluminaba, todo tenía con él una secreta relación.

La hija era sencillamente su reflejo, aun cuando parecía algo más tranquila, algo más reservada. Los ojos de la madre se encontra-

L A P E S C A D O R A

ban con los suyos y miraban francamente; la hija los bajaba, pero tenían el mismo brillo y la misma dulzura.

Era la joven del mismo tipo que su madre, pero sin aquel aspecto delicado; al contrario, los colores claros de su vestido ajustado, de su delantal y del pañolito que sujetaba con un alfiler romano, daban cierta frescura a su rostro, e indicaban una gracia y una elegancia que hacían de la hija el hada buena de la casa.

Cuando la vió moverse entre las flores de su madre, Petra se sintió fuertemente atraída hacia ella. Pensó que con el trato de aquella muchacha y en aquella casa podría desarrollarse todo lo bueno que hubiera en su espíritu.

¡Si pudiera quedarse allí!

Entonces comprendió doblemente su desolación. Sus ojos seguían a Sigue, que iba de un lado a otro.

Sigue sintió su mirada y quiso evitarla; pero como no lo consiguiera, se inclinó hacia las flores para ocultar su turbación. Petra hubo de advertir su descortesía; se ruborizó y quiso disculparse; pero había algo en los cabellos cuidadosamente arreglados, en la delicada frente y en el estrecho vestido de Sigue, que le aconsejaban proceder con cautela.

Miró a la madre. ¡Oh, en sus brazos sí que habría podido arrojarse!

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

¿No parecía que su retrato le daba la bienvenida? ¡Oh, si se atreviera a creerlo! Nadie la miró hasta entonces de aquella manera. Aquella mirada decía que la madre sabía todo lo ocurrido a la viajera, y sin embargo, la perdonaba.

Necesitaba simpatía, y no lograba apartar sus ojos de aquellos dulces ojos.

Colocó la cabeza inclinada a un lado, como el retrato; cruzó las manos del mismo modo, y volviéndose inconscientemente a Sigue, dijo:

— ¡Oh, déjeme estar aquí!

Sigue levantó la cabeza y volviósese sin poder responder de asombro.

— ¡Déjeme estar aquí! — imploró Petra otra vez, adelantando un paso hacia ella —. ¡Se está tan bien aquí!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Voy a decir a mi padre que venga — dijo la muchacha.

Petra la siguió con la vista hasta que desapareció por la puerta del despacho; pero apenas se halló sola, asustóse de lo que había hecho.

Cuando de nuevo alzó los ojos y vió la cara asombrada del pastor en la puerta, empezó a temblar. Iba un poco mejor vestido que antes.

Silenciosamente, alzó su mano hasta la pipa que llevaba en su boca, asíóla con fuerza y la

L A P E S C A D O R A

apartó de sus labios después de dar una chupada. Luego arrojó el humo en tres bocanadas, como saboreándolo.

Repitió la operación varias veces, de pie, frente a Petra, en medio del cuarto, no mirándola precisamente, sino como esperando que ella hablara.

Petra no se atrevió a repetir su petición en presencia de aquel hombre de aspecto tan serio.

— ¿Desea usted quedarse aquí? — preguntó el pastor, dirigiéndola una mirada de reojo, larga y penetrante.

El temor hizo que la voz de la muchacha temblase un poco.

— No tengo donde ir.

— ¿De dónde viene usted?

Petra le dijo, muy bajito, su nombre y el de su pueblo natal.

— ¿Cómo ha venido usted aquí?

— No sé... , estoy buscando... , yo pagaré mi estancia... , yo... , yo no sé.

Volvióse, y en un rato no pudo decir una palabra más; luego cobró ánimos, y continuó:

— Yo haré lo que me manden, con tal de poder quedarme aquí y no verme obligada a ir más lejos... .

Sigue había seguido a su padre, pero se quedó de pie junto a la estufa. Permanecía con los

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

ojos bajos, jugueteando con las hojas de rosa que estaban puestas a secar. El pastor no respondía; sólo se oían las chupadas que daba a la pipa. Continuaba de pie, mirando alternativamente a Petra, a su hija y al retrato. Una misma cosa causa a veces impresión distinta en distintas personas; pues mientras Petra rogaba que el retrato le hiciera indulgente con ella, a él le parecía que la imagen le murmuraba al oído:

— Protege a nuestra hija; no metas en tu casa para vivir con ella a quien no conoces.

El pastor se volvió, y con una mirada dura dijo a Petra:

— No; no puede usted quedarse aquí.

Petra palideció; lanzó un profundo suspiro; miró con extravío en torno suyo, y precipitose en el cuarto inmediato, cuya puerta estaba abierta. Allí, arrojándose sobre una mesa, dió rienda suelta a su angustia y a su desesperación.

El padre y la hija se miraron.

El exabrupto de Petra, aquel modo de romper, aquella falta de educación al meterse así con las prácticas sociales, estaba de acuerdo con su conducta anterior; pues no era cosa corriente presentarse así, sin más ni más, en una casa, pedir ser admitida en ella y armar luego un alboroto al ver su petición desechada.

L A P E S C A D O R A

El pastor la siguió, no para hablarla, sino para cerrar la puerta. Tornóse luego muy encendido, y dijo con dulzura a su hija, que continuaba junto a la chimenea:

— ¿Has visto en tu vida una criatura semejante? ¿Quién es? ¿Qué quiere?

Sigue no respondió en seguida; pero cuando lo hizo fué en un tono aún más suave que su padre:

— Se conduce de una manera rara, pero hay en ella algo que no es vulgar.

El pastor paseaba arriba y abajo mirando a la puerta; al fin se detuvo y murmuró:

— No puede tener bien la cabeza.

Y como Sigue no replicara, se acercó más a ella y repitió con firmeza:

— Está loca, Sigue, perturbada, y esto es lo que a ti te parece que no es vulgar.

Volvió a pasearse arriba y abajo, dando otro giro a sus pensamientos. Ya había casi olvidado su observación anterior, cuando su hija dijo a media voz:

— No, no lo creo; pero estoy segura de que es muy desgraciada.

Al decir esto se inclinó sobre las rosas secas, con las que seguía jugueteando. Ni en el tono de su voz, ni en sus movimientos, hubiera advertido un extraño nada anormal; pero su padre cambió de actitud súbitamente. Dió unas

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

cuantas vueltas de un lado a otro, mirando al retrato, y por fin dijo en voz muy baja:

— ¿Crees tú que porque parece desgraciada, tu madre la hubiera permitido quedarse?

— Mi madre no habría respondido en unos días — murmuró la hija inclinándose aún más sobre las rosas.

El menor recuerdo de aquella cuyo retrato colgaba de la pared, podía, cuando la hija lo citaba con ese objeto, convertir a aquel velludo león en un manso cordero. Desde luego, el padre notó la verdad de lo que decía Sigue, y se quedó como un chico de la escuela al que pillan copiando la lección; se olvidó de pasear y de fumar, y después que transcurrió un poco de tiempo, dijo:

— ¿Quieres que le diga que se quede unos días?

— ¡Pero si ya le has dado una contestación!

— Sí; pero una cosa es tenerla aquí para siempre, y otra que se quede unos días.

Sigue quedóse como pensando el asunto, y al fin dijo:

— Haz lo que te parezca mejor.

El pastor, sin duda para meditarlo más, siguió paseando y lanzando grandes bocanadas de humo. Luego se paró.

— ¿Quieres ir tú, o voy yo?

— Seguramente será mejor para ti que va-

L A P E S C A D O R A

yas — dijo la hija, mirándole con una dulce sonrisa.

Estaba el padre a punto de levantar el pica-
porte, cuando se oyó dentro una carcajada;
luego hubo un momento de silencio, y después
escuchóse otra risotada larga y sonora. El pas-
tor, que había retrocedido, se abalanzó a la
puerta seguido de su hija; la muchacha se ha-
bía puesto mala, indudablemente.

Al abrir la puerta vieron a Petra que conti-
nuaba sentada en el mismo sitio, junto a la
mesa. Delante tenía un libro abierto, sobre el
cual se había echado sin percatarse de ello. Sus
lágrimas habían caído sobre las páginas, y al
advertirlo e intentar secarlas, sus ojos se fijaron
en una de esas expresiones vulgares, que re-
cordaba de los días de su vida callejera, pero
que nunca supuso que pudieran figurar en un
libro. Muda de asombro, olvidó su llanto y se
sentó, mirando fijamente al libro.

¿Cuál sería su asunto? Leyó con la boca
abierta; el relato iba de mal en peor, caía en la
vulgaridad; pero era tan irresistiblemente gra-
cioso, que resultaba imposible dejarlo. Leyó
hasta que no pudo pensar en otra cosa; leyó
hasta olvidarse de sus penas y de sus lágrimas,
del tiempo y del sitio en que se hallaba, en
compañía del viejo Holberg, que suyo era el
libro. Reía, se retorció de risa, y aun después

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

de que el pastor y su hija estuvieron a su lado, mirándola, no pudo ver sus caras serias, ni se acordó de su anterior deseo; reía y reía. Por fin preguntó:

— ¿Qué es esto? ¿Qué libro es éste?

Y ella misma volvió las páginas para mirar el título.

De pronto se puso pálida. Les miró a la cara y luego otra vez al libro, a la letra conocida. . . Hay cosas que se sienten en el corazón como una bala, cosas que creemos haber dejado cientos de leguas detrás de nosotros, y que de repente se nos presentan. . . Allí, en la primera página, estaba escrito: „Juan Oedegaard“. Con el rostro encendido gritó:

— ¿Es suyo el libro? ¿Va a venir aquí?

Y se levantó presurosa.

— Nos lo ha prometido — replicó Sigue.

Y entonces recordó Petra que en la comarca de Bergen había un pastor, con cuya familia se puso en relación Oedegaard en uno de sus viajes. Resultaba que había estado dando vueltas en un círculo y volvía a encontrarse con él.

— ¿Va a venir pronto, o está aquí ya?

En tal caso, se iría sin pérdida de momento.

— No; está enfermo. ¿No lo sabe usted? — dijo Sigue.

— Sí, es verdad; está enfermo — dijo Petra tristemente, dejándose caer en la silla.

L A P E S C A D O R A

— Pero, dígame — exclamó Sigue —: usted no será seguramente. . .

— „La Pescadora“ — dijo el pastor completando la frase.

Petra le miró suplicante.

— Sí, yo soy „la Pescadora“.

Los dos la conocían mucho, porque Oedegaard no les había hablado de otra cosa.

— Eso es otro asunto — dijo el pastor.

Comprendió que allí había algo raro, y que hacía falta ayudarla con cariño. Añadió:

— Quédese aquí interinamente.

Petra le miró, y al hacerlo encontróse con la mirada de Sigue, que daba las gracias a su padre. Se sintió tan feliz que, dirigiéndose a ella, le cogió las manos entre las suyas — a otra cosa no se atrevió —, y dijo con alguna turbación:

— Cuando estemos solas le contaré todo.

Una hora después, Sigue conocía la historia íntegra de Petra y se la comunicaba a su padre. Por consejo de éste, Sigue escribió aquel mismo día a Oedegaard, y continuó haciéndolo todo el tiempo que Petra estuvo en la casa.

Aquella noche Petra durmió en una amplia cama de pluma y en un cuarto alegre, confortado por un fuego crepitante de leña de abedul. En la blanca mesilla, junto a su cama, entre dos bujías, estaba un Nuevo Testamento, y

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

tomando el libro en sus manos, dió gracias a Dios por todo, lo mismo por lo malo que por lo bueno.

.....

Como hombre dotado de un espíritu ardiente y del don de la elocuencia, el pastor deseó entrar en la Iglesia. Sus padres, que estaban bien acomodados, opusieron a su deseo; pues hubieran preferido que eligiera lo que ellos llamaban una carrera independiente. Pero su oposición sólo hubo de servir para aumentar el celo del muchacho, quien, al acabar sus estudios en su país, se marchó a continuarlos al extranjero. Durante una temporada de residencia en Dinamarca, conoció a una señora que profesaba unas ideas en asuntos religiosos, a su juicio no demasiado escrupulosas, y contra las cuales, en consecuencia, se oponía abiertamente. Hizo cuanto pudo por influir en su espíritu; pues aquel modo de mirarle y de escuchar en silencio sus argumentos, no logró desecharlo de su mente durante todo el tiempo que permaneció fuera. Al volver buscóla en seguida. Veíanse con frecuencia; fueron paulatinamente apreciándose más y más, y por último se hicieron novios y se casaron.

Después de casados, parecía que cada uno abrigaba un propósito distinto en el fondo de su alma. Él decidió ganarla, con toda su gracia y

L A P E S C A D O R A

sus encantos, para las serias doctrinas que profesaba, y ella fué tan cándida, que confió en aprovechar su elocuencia y su fuerza en servicio de la secta a que pertenecía. La primera tentativa del marido encontróse con otra semejante por parte de la mujer. Él se retiró, desengañado y suspicaz. Ella tardó poco en advertirlo, y desde aquel momento él dábase cuenta de los esfuerzos de ella, y ella de los de él. Pero ninguno de los dos hizo ninguna nueva tentativa, porque ambos sintieron miedo. Él temía a su naturaleza apasionada, y ella que un fracaso pudiera hacerle destruir todas las probabilidades de ganarle para su causa. Porque es de advertir que la mujer no renunciaba a su esperanza; es más: la convirtió en el único anhelo de su vida. Pero nunca llegaron a una lucha abierta; pues donde estuviera aquella dulce criatura, era imposible un conflicto.

La voluntad inquieta de él, su pasión contenida, necesitaban un desahogo, y lo lograba cada vez que desde el púlpito la veía sentada entre los fieles. Sus oyentes eran arrastrados por un remolino: primero los entusiasmaba, y luego se entusiasmaba él a sí mismo. La mujer veía todo esto, y buscaba un lenitivo para su corazón practicando el bien. Más tarde, cuando fué madre, lo halló en su hija, a quien sostenía en sus brazos, material y espiritualmente, y con

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

quien compartía sus horas de silencio. Entonces dió y recibió; entonces meció su alma infantil en la inocencia de la niñez; entonces celebró la fiesta del amor y volvió a él al hombre serio, con la doble dulzura de la humanidad y la religión. A él le era imposible decirle nada que no fuese agradable. No podía menos de amarla sobre todas las cosas del mundo; pero, por lo mismo, le preocupaba más; su corazón dolorido sangraba con la idea de no poder contribuir a la salvación de su alma. Con su autoridad, la madre apartó también a su hija de la instrucción religiosa del padre. Las canciones de la niña y sus preguntas pronto fueron nueva causa de disgustos. Si alguna vez el padre se dejaba arrastrar en el púlpito por su fuerte emoción, hasta pronunciar palabras duras, su mujer le recibía, cuando se juntaban para volver a casa, con más dulzura aún. Sus ojos hablaban, pero sus labios permanecían mudos. Y la hija le cogía la mano y le miraba con los mismos ojos de la madre.

En aquella casa se discutía todo, menos aquello que era el fondo de dos pensamientos. Pero tal tensión no podía sostenerse siempre. Ella sonreía, es verdad, pero era por no atreverse a llorar. Cuando llegó la época de preparar a la niña para la confirmación, y por lo tanto el padre, con el derecho que le otorgaba su ministe-

rio, podía llevarla por su camino, del mismo modo que la madre la llevara hasta entonces por el suyo, la lucha llegó a su límite. Después del domingo, en que se publicaron los nombres de las que habían de ser confirmadas, la madre cayó enferma. Dijo, con una sonrisa, que no podía andar, y pocos días después, con la misma sonrisa, que no podía levantarse. Quería tener siempre a su hija a su lado; pues aun cuando no la hablaba, la veía. La hija, sabiendo lo que más le gustaba, le leía el „Libro de la Vida“ y le cantaba los himnos de su niñez: aquellos himnos inspirados y nuevos de la fe a que ella pertenecía. En algún tiempo, el pastor no comprendía lo que significaba aquello; pero cuando se dió cuenta, creyó que se le iba la vida; toda su inteligencia se redujo a un deseo: oirla, hablarla una vez más, una tan sólo. Pero la mujer no pudo hacerlo; había perdido el uso de la palabra. Él permanecía a los pies de la cama, observándola y rezando. Ella le sonrió. El padre cayó de hinojos, y cogiendo la mano de su hija, la puso en las de la madre, como diciendo: „¡Protégela!... ¡Que sea tuya para siempre!“ Entonces la moribunda sonrió como nunca sonriera... y aquella sonrisa fué la última.

Durante mucho tiempo, el pastor negóse a comunicar con nadie; hubo que destinar a otro

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

para que hiciera sus veces. Vagaba de cuarto en cuarto, de rincón en rincón, como buscando algo. Se movía lo más despacio posible, y cuando hablaba, lo hacía en voz muy baja. Su hija, para ir poco a poco siendo su compañera, tuvo que adoptar su misma actitud. Comenzó por ayudarle en sus pesquisas; recordaban hasta las menores palabras de la madre, y lo que aquélla deseó convirtiéndose en la norma de su existencia. La vida que llevaran la hija y la madre, y de la cual él estuvo excluido, fué luego también su vida.

Comenzaron a reconstruirla desde el primer recuerdo infantil de la muchacha; cantaban sus himnos, rezaban sus oraciones, leían uno por uno sus sermones preferidos, y rememoraban fielmente sus explicaciones. De este modo volvió él a recobrar su actividad, sintió el deseo de visitar aquellos lugares en que hubo de conocerla, para seguir sus huellas paso a paso. Viajó, y poco a poco fué sintiéndose renacer en la vida de la muerta.

Principiante él mismo, se interesó mucho por todos los principios: los nacionales, esencialísimos; los políticos, menos importantes, devolviéndole éstos algo de su propia juventud. Recobró por completo sus fuerzas, y con ellas sus aspiraciones, y se decidió a predicar el Verbo de Dios de tal manera, que no sólo fuera una

L A P E S C A D O R A

preparación para la muerte, sino también para la vida.

Antes de volverse a encerrar en su feligresía de montaña, con su obra querida, sintió la necesidad de ver más mundo. Viajó nuevamente e hizo acopio de recuerdos y enseñanzas.

Tal era la gente con la que vivía Petra.





CAPÍTULO IX

MÁS de dos años después, un viernes, pocos días antes de Navidad, las dos muchachas estaban sentadas a la caída de la tarde; el pastor acababa de entrar con su pipa. Habían pasado el día como la mayor parte de ellos en aquellos dos años: un paseo por la mañana, y después de almorzar una hora de juegos y cantos; luego, idiomas u otra clase de estudio, y, finalmente, algún trabajo casero. La tarde la pasaron cada cual en su cuarto, y la del día en cuestión la empleó Sigue en escribir a Oedegaard. Petra nunca preguntaba por él, porque no le gustaba mencionar el pasado. Hacia el anochecer habían estado patinando; luego habrían de tornar a la charla o al canto, y más tarde a leer en alta voz. Para esto iba siempre el pastor. Leía admirablemente, lo mismo que su hija. Petra adquirió su modo de leer, y, so-

bre todo, su pronunciación. El acento y la entonación de Sigue tenían para ella un encanto especial, y muchas veces, cuando estaba sola, le parecía oírlos. En general, Petra tenía un concepto tan alto de Sigue, que en un hombre, la cuarta parte habríase tomado por amor loco; algunas veces llegó hasta a hacer que Sigue se ruborizase. Como el pastor o su hija leían todas las noches, Petra no se había atrevido a intervenir en la lectura. Habían separado los principales poetas de la literatura escandinava, y poco a poco se habían ido interesando con la gran literatura de otras Naciones. Preferían las obras dramáticas.

Aquella noche, precisamente en el momento en que encendían las luces para comenzar, llegó la cocinera diciendo que había una persona en la puerta con un recado para Petra. Resultó que era un marinero de su pueblo, a quien su madre encargó que la viera, si pasaba por cerca de donde ella vivía. Para visitarla había rodeado siete millas, y tenía que marchar sin demora; pues su barco estaba para zarpar. Petra se fué un rato acompañándole; pues tenía mucho de que hablarle. El marinero era hombre de confianza y conocido de antiguo. La noche era bastante obscura; todas las ventanas de la casa estaban también sin luz, excepto las del lavadero, donde había gente en faena.

L A P E S C A D O R A

Ni la claridad más tenue se percibía en el camino; el mismo camino apenas si se divisaba, hasta que la luna apareció por detrás de las montañas. Pero Petra siguió valientemente con el marinero, incluso por el bosque, a pesar de las sombras tenebrosas que proyectaban los pinos.

Una noticia, en particular, habíala impulsado a ir con él. El marinero la dijo que la madre de Pedro Ohlsen había muerto, y que Pedro, después de vender su casa, se había mudado a la de Gunlaug, instalándose en el ático de Petra. Era una noticia que tenía dos años de fecha, pero su madre nunca le dijo una palabra de ella. Ahora se explicaba Petra quién le escribía las cartas a su madre, cosa que le había preguntado varias veces inútilmente, y que siempre terminaban con la frase: „Cariños del que escribe la carta“.

El marinero llevaba el encargo de averiguar cuánto tiempo pensaba Petra permanecer en la rectoral, y qué propósitos tenía para después. A la primera pregunta respondió Petra que lo ignoraba, y a la segunda, que le dijera a su madre que sólo había en el mundo una cosa que ella quisiera hacer, y si no la lograba, sería desgraciada para toda su vida; pero de momento no podía decir lo que era.

Mientras Petra dialogaba con el marinero, el

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

pastor y Sigve hablaban de ella y de la felicidad que la habían proporcionado. Su conversación fué interrumpida por la entrada del administrador de la granja, quien después de dar cuenta de los trabajos de la jornada, preguntó si alguno de los dos tenía conocimiento de que la señorita que habitaba con ellos entraba y salía de noche por la ventana de su cuarto, utilizando una escala de cuerda. Tuvo que repetir la cosa tres veces, antes de que ninguno de los dos comprendiera lo que quería decirles; pues lo mismo pudo anunciar que tenía la costumbre de subir y bajar a los rayos de la luna. El cuarto estaba obscuro, y en aquel momento quedó en un silencio absoluto: no se oía ni la pipa del pastor. Finalmente, éste se decidió a preguntar con tono sombrío:

— ¿Quién la ha visto?

— Yo. Estaba dando el pienso a los caballos; sería a eso de la una.

— ¿La vió usted bajar por una escala de cuerda?

— Sí; y subir luego.

Hubo otro silencio. Petra habitaba en el piso alto, el cuarto de la esquina que daba al paseo. En aquel piso no había otra habitación ocupada más que la suya. No cabía, pues, equivocación.

— Probablemente lo haría soñando — dijo el hombre, disponiéndose a marcharse.

L A P E S C A D O R A

— Pero no pudo haber fabricado una escala durmiendo — añadió el pastor.

— Claro; eso calculé yo, y por eso pensé que lo mejor era decírselo a usted. No he dicho una palabra a nadie.

— ¿Lo ha visto alguien más que usted?

— No; pero si tiene usted alguna duda, señor, la escala puede ser una prueba; si no está arriba, será que me he equivocado.

El pastor se puso de pie.

— ¡Padre! — imploró Sigue.

— Dame una luz — replicó el pastor en un tono que no admitía réplica—. Sigue encendió una vela.

— ¡Padre! — imploró otra vez al dársela.

— Sí; mientras esté en mi casa soy su padre también, y es mi deber averiguar lo que haya en este asunto.

El pastor echó a andar con la luz. Sigue y el administrador le siguieron. En el cuartito todo estaba en orden; pero en la mesa, junto a la cama, había una porción de libros abiertos, uno encima de otro.

— ¿Lee por la noche?

— No lo sé; pero nunca apaga la luz antes de la una.

El pastor y Sigue se miraron: ellos siempre se retiraban a las diez o diez y media, y volvían a reunirse a las seis o las siete de la mañana.

— ¿Sabes tú algo de esto? — inquirió el pastor, dirigiéndose a su hija.

Sigue no contestó; pero el administrador, que estaba de rodillas en un rincón, buscando la escala, dijo:

— Yo creo que no está sola.

— ¿Qué dice usted?

— No; hay alguien con ella, hablándole. Muchas veces hablan muy alto. He oído amenazas y súplicas. Me temo que esté hipnotizada por alguien. ¡Pobre chical!

Sigue se volvió; el pastor se puso pálido.

— Aquí está la escala — continuó el administrador, sacándola y poniéndose de pie.

Dos cuerdas hallábanse sujetas por una tercera, que se anudaba primero a una y luego a otra; se cruzaban después, como a un pie de distancia, y así sucesivamente hasta formar la escala. La examinaron cuidadosamente.

— ¿Estuvo mucho tiempo fuera? — preguntó el pastor.

El administrador le miró.

— ¿Fuera? ¿Qué quiere usted decir?

— ¿Estuvo mucho tiempo fuera, después de bajar por la escala?

Sigue temblaba de frío y de miedo.

— Si no fué a ninguna parte; en seguida volvió a subir.

— ¿Volvió a subir? Entonces, ¿quién se fué?

L A P E S C A D O R A

Sigue hizo un movimiento y rompió a llorar.

— No creo que hubiese nadie con ella esa noche; fué anoche.

— ¿Entonces no vió usted a nadie más que a ella en la escala?

— No.

— ¿Y bajó y subió inmediatamente?

— Sí.

— Se conoce que quería probarla — dijo el pastor, respirando al fin.

— Sí; antes de que suba otra persona por ella — concluyó el administrador.

El pastor le miró.

— ¿Cree usted que no es la primera que hace?

— Claro. Si no, ¿cómo podían haber subido a su cuarto?

— ¿Sabe usted hace mucho tiempo que suele haber alguien con ella?

— No lo he sabido hasta este invierno, cuando empezó a tener luz; antes no se me había ocurrido venir aquí debajo.

— Entonces lo sabe usted todo el invierno. ¿Por qué no me ha hablado usted de ello antes? — preguntó el pastor gravemente.

— Supuse que estaría alguien de la casa con ella. . . Pero cuando la vi en la escala la noche pasada, sospeché por primera vez que pudiera ser alguna persona extraña. Si antes se me hubiera ocurrido esto, se lo habría dicho.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

— Sí, está bien claro; nos ha engañado a todos.

Sigue le miró suplicante.

— Quizá no debía haber dormido tan lejos de los demás — sugirió el administrador, mientras enrollaba la escala.

— No debe dormir en ningún otro sitio de esta casa después de esto — dijo el pastor.

Y salieron en silencio del cuarto.

Abajo, en el salón, después de poner la luz sobre la mesa, Sigue se arrojó en sus brazos.

El pastor sentenció:

— Sí, hija mía; es un desengaño muy amargo.

Momentos después Sigue estaba sentada en un rincón del sofá, con su pañuelo en los ojos; el pastor había encendido su pipa, y paseaba despacio de un lado a otro. De pronto oyeron un grito en la cocina, pasos en la escalera, correr por el pasillo: los dos salieron precipitadamente. El cuarto de Petra estaba ardiendo. Una chispa de la vela había caído en un rincón, y fué el origen del fuego. En un instante se propagó al papel de las paredes y al marco de la ventana. Un hombre que pasaba acertó a verlo y entró en el lavadero a dar el aviso. El fuego se apagó pronto; pero en el campo, donde todo sigue su curso tranquilo de un año a otro, cualquier cosa que rompa la monotonía logra asustar a la gente. El fuego es el enemigo más

L A P E S C A D O R A

grande y más peligroso: es la obsesión de los campesinos. Si alguna noche levanta su cabeza desde el fondo del abismo, silbando y relamiéndose con su presa, se echan a temblar y no recobran la tranquilidad en muchas semanas, y algunos nunca.

Cuando el pastor y su hija volvieron al saloncito, después del suceso, sentados a la luz de la lámpara comentaron lo que tenía de fatal el hecho de haber ardido el cuarto de Petra, borrando y destruyendo todo lo que la recordara. En el mismo momento se oyó la clara voz de Petra, lanzando exclamaciones y dirigiendo preguntas. Corrió escalera arriba, bajó otra vez, yendo de su cuarto al vestíbulo, del vestíbulo a la cocina, y finalmente, irrumpiendo en el saloncito, aún con el traje con que saliera, gritó:

— ¡Dios mío, mi cuarto se ha quemado!

Nadie respondió; pero ella, sin tomar aliento, continuaba en sus preguntas:

— ¿Quién ha subido allí? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es lo que ha causado el incendio?

El pastor replicó que ellos habían subido al cuarto para buscar una cosa, y la dirigió una mirada penetrante. Petra no hizo la menor demostración de que encontrara raro aquello, ni se advirtió en ella la menor señal de miedo por lo que pudieran haber visto allí. Ni aun el hecho de que Sigue no le dirigiera ni una sola

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

mirada desde el rincón del sofá, despertó en ella desconfianza alguna: lo atribuía al susto del fuego. Así que siguió preguntando, sin cesar, cómo lo habían descubierto, cómo lo habían extinguido y quién fué el primero que subió.

Al no obtener respuesta tan de prisa como demandaba su anhelo, salió precipitadamente por el mismo camino que entrara, a fin de informarse. No tardó en volver — esta vez con el abrigo a medio quitar —, para decir al pastor y a Sigue cómo ocurriera todo, y que ella había visto el resplandor y había corrido a toda prisa, y que se alegraba mucho de que no hubiera sido gran cosa.

Mientras hablaba terminó de quitarse el abrigo, lo llevó fuera, y volviendo a entrar, se sentó en el sitio de costumbre, junto a la mesa, hablando sin tregua de lo que el uno había dicho y el otro había hecho; toda la casa estaba revuelta, y eso era muy divertido. Como Sigue y su padre permanecían en silencio, Petra expresó temor de haberles estropeado la velada. Había venido pensando en *Romeo y Julieta* — que estaban leyendo aquellos días —, e iba a rogar a Sigue que volviera a leer la escena que a ella le parecía la mejor de todas: la despedida de Romeo y Julieta en el balcón.

Interrumpiendo aquel torrente de palabras, entró una muchacha del lavadero, diciendo que

L A P E S C A D O R A

necesitaban cuerdas de tender; pues les faltaba una madeja entera. Petra se puso colorada como la grana, y se levantó diciendo:

— Yo sé dónde está. Voy a buscarla.

Dió algunos pasos; pero luego, acordándose del incendio, se detuvo y se puso más colorada aún.

— ¡Dios mío, seguramente se habrá quemado; pues estaba en mi cuarto!

Sigue se había vuelto hacia ella; el pastor, que escudriñaba su rostro de reojo, dijo:

— ¿Para qué necesitabas cuerdas?

La respiración se hizo tan agitada, que a penas podía hablar. Petra le miró; su terrible serenidad casi llegó a asustarla, pero en seguida le hizo reír. Durante unos momentos luchó con su alegría; pero otra mirada que le dirigiera el pastor la hizo prorrumpir en una carcajada. Vano fué su intento de represarse. Aquella cara no podía ocultar más malicia que la onda de un arroyo. Sigue lo comprendió al instante, y se levantó del sofá, exclamando:

— ¿Qué es ello? ¿Qué es ello?

Petra volvió la cabeza, se rió, se echó a un lado, se tambaleó y se dirigió a la puerta. Pero Sigue se interpuso en su camino.

— Petra, dime qué es.

Petra escondió la cara en el hombro de Sigue, pero continuó riendo sin refrenarse.

No: quien es culpable no se esconde de este modo. Eso era claro para el pastor.

Su furor, que llegaba al colmo, sintióse repentinamente vencido por la risa. Sigue siguió su ejemplo; pues no hay nada más contagioso que la risa, y especialmente la que no tiene fundamento alguno. Los vanos esfuerzos que hicieron, el pastor primero, y después Sigue, para averiguar por qué se reían, llevaron el regocijo a su más alto grado. La criada, que estaba esperando las cuerdas, vióse obligada a tomar parte en la alegría general. Tenía la moza una risa hueca, entrecortada y con hipo, y comprendiendo que no era correcta en aquel sitio y con aquellas personas, salió precipitadamente de la habitación, para seguir riendo en la cocina. Llevó con ella el contagio, y a poco se oyeron grandes carcajadas en la cocina, donde se sabía aún menos lo que las causaba. Esto renovó la alegría en el saloncito.

Cuando al fin halláronse casi rendidos, Sigue hizo una nueva tentativa para averiguar el origen de todo.

— ¡Bueno; ahora dime! . . . — exclamó apretando las manos de Petra entre las suyas.

— ¡No, por nada del mundo!

— Sí, porque además yo sé lo que es — añadió Sigue.

Petra la miró y dió un grito.

L O A P E S C A D O R A

Sigue continuó:

— Y mi padre también lo sabe.

Esta vez Petra no gritó, lanzó un chillido agudo, y soltándose echó a correr hasta la puerta, donde Sigue pudo alcanzarla. Petra forcejeó para librarse de sus manos, porque quería verse libre a toda costa. Reía y luchaba, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Entonces Sigue decidió soltarla. En un segundo, Petra lanzóse fuera del cuarto; Sigue hubo de seguirla. Las dos se metieron en el cuarto de la última.

Allí Sigue echó los brazos al cuello de Petra, y ésta al de Sigue.

— ¡Oh! ¿De veras sabes. . . ? — murmuró.

Y Sigue contestó:

— Sí; subimos a tu cuarto con el administrador, que te ha visto. . . y encontramos la escala.

Petra lanzó más chillidos e inició otro intento de fuga; pero esta vez no más lejos que al extremo del sofá, donde escondió su cara. Sigue se colocó a su lado, e inclinada cariñosamente sobre su amiga, le contó al oído toda la historia del descubrimiento y sus desastrosos resultados. Lo que hacía poco fué causa para ella de lágrimas y ansiedad, le parecía tan divertido, que lo contaba con sus ribetes de humorismo. Petra la escuchaba y se tapaba los oídos, la miraba y se tapaba el rostro. Cuando

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

Sigue terminó su historia y permanecieron las dos sentadas en la obscuridad, Petra murmuró: — ¿Sabes lo que es...? Yo no puedo dormirme a las diez, cuando nos retiramos: lo que hemos estado leyendo durante la velada me impresiona mucho, y aprendo de memoria los pasajes más interesantes. Así resulta que me sé muchas escenas enteras, que luego recito en voz alta para mí sola. Cuando llegamos a *Romeo y Julieta*, me pareció lo más hermoso del mundo. Me entusiasmó de tal modo, que sentí deseos de hacer la escena de la escala (en mi vida se me había ocurrido que nadie pudiera subir y bajar por una escala de cuerda...), cogí unas cuerdas de tender y... el muy bandido estaba allí abajo y me vió... No es para reírse, Sigue: es una locura hacer una cosa así. Yo no he sido nunca más que una loca. Y ahora, naturalmente, mañana seré la comidilla de toda la parroquia.

Pero Sigue, que había vuelto a ser tentada de la risa, la colmó de besos y caricias, y salió corriendo del cuarto, exclamando:

— Mi padre tiene que saber todo eso.

— ¿Estás loca, Sigue?

Y una detrás de otra penetraron en el saloncito con la misma celeridad con que habían salido. En la puerta, por poco derriban al pastor, que en aquel momento salía para ver lo que

era de ellas. Sigue empezó a contarle la historia, y Petra salió del cuarto. Cuando estuvo fuera, pensó que debía haberse quedado para evitar que Sigue hablase. Trató de volver a entrar; pero el pastor sujetaba la puerta con tal fuerza, que le fué imposible abrirla. Empezó, sin embargo, a golpearla con ambas manos, y a cantar y a patear para apagar la voz de Sigue; pero sólo consiguió que ésta hablase más alto. Cuando el pastor hubo escuchado hasta el fin, y se reía con toda su alma, lo mismo que su hija, del nuevo método de leer los clásicos, abrió la puerta; pero entonces Petra ya había desaparecido.

Después de la cena, durante la cual el pastor estuvo guaseándose de Petra, y como castigo, tuvo que recitar lo que sabía de memoria. Resultó que realmente conocía las escenas más famosas, y no sólo el papel de un personaje, sino los de todos. Los recitó exactamente lo mismo que los oyera leer: a veces se entusiasmaba con el asunto, pero en seguida lograba contenerse. Cuando el pastor observó aquello, hubo de pedirle más expresión; pero sólo consiguió que mostrara más timidez. Así estuvo varias horas sin descansar. Sabía las escenas cómicas lo mismo que las trágicas; lo humorístico como lo serio; su memoria producía sorpresa y diversión, y Petra, participando en

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

su alegría, les pidió que le enseñaran más.

— Si los actores tuvieran una cuarta parte de tu memoria. . . — dijo Sigue.

— ¡Dios la libre de ser actriz! — intervino el pastor, poniéndose serio de repente.

— Pero, padre, tú no puedes creer que Petra tenga tal idea — añadió Sigue riendo.

— Lo decía yo porque he oído asegurar que cuando una persona conoce a fondo desde la niñez la poesía de su país, no suele pensar en presentarse en escena, mientras que aquellos que no tienen idea de ella hasta muy mayores, se entusiasman con el teatro. Lo repentino del deseo es lo que extravía a la gente.

— Eso es indudable. Es raro que una persona verdaderamente culta se dedique al teatro.

— Y aún más raro el que lo haga una que tenga grandes conocimientos de poesía.

— Cuando esto ocurre, débese probablemente a un defecto de carácter, que permite el dominio de la vanidad y la frivolidad. Cuando yo era estudiante, en mis viajes he tropezado con muchos actores; pero no he conocido ninguno, ni he oído hablar de ninguno que llevase una vida verdaderamente cristiana. Algunos se sienten atraídos por ella — ¡claro está! —; pero hay en su trabajo tanta intranquilidad y excitación, que les es imposible disciplinar sus ideas ni aun mucho después de abandonar el

L A P E S C A D O R A

teatro. Cuando por casualidad he discutido con ellos sobre este punto, han estado de acuerdo conmigo, a su pesar, pero solían añadir: „Nos consolamos pensando que, después de todo, no somos peores que mucha gente“. Pero esto es, en mi opinión, un consuelo bien pobre. Una vida que en ningún sentido tiende a desarrollar lo que hay en nosotros de cristiano, es una vida pecadora. ¡Que Dios proteja a aquellos que siguen esa vocación, y que libre de ella a los corazones puros!

.
Al día siguiente, sábado, el pastor se levantó, como de costumbre, antes de las siete.

Después de hacer la inspección matinal de sus trabajadores, salió a dar un paseo y volvió a punto que rayaba el sol. Cuando iba a entrar en el patio, dejando atrás la casa, vió en el suelo un cuaderno o cosa semejante, que con seguridad habían tirado por la ventana del cuarto de Petra la noche anterior, y no lo habían visto por ser del mismo color de la nieve. Cogió el cuaderno y se lo llevó al despacho. Al extenderlo para que se secara, advirtió que era un cuaderno viejo de temas de francés, en el cual había unos versos escritos. No pensaba mirarlos; pero su vista se fijó en la palabra „actriz“, que estaba escrita en garabatos en todas las páginas y hasta en los mismos versos.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

Se sentó, para examinar el libro con más atención.

Entre varios ensayos borrados, encontró las siguientes líneas, que aun llenas de correcciones, eran legibles:

Ven y escúchame, mi amor,
mientras te digo lo que anhelo ser.
El mío será el arte del actor.
Mostraré al mundo un alma de mujer:
Cómo sufre en su dolor,
cómo ríe en su placer;
sus plegarias al cielo cuando reza;
de su astuta ficción la sutileza,
el brillo de sus ojos triunfadores,
la humildad de sus ojos pecadores.
Esto sólo te pido y me interesa.
¡Oh, Dios; oh, Dios: ayúdame en mi empresa!

Más adelante se leía:

¿No puedo ser tu sierva? ¡Oh, Dios mío!
¿No quieres recordarme?

Más adelante aún, sin duda como nota marginal a un poema que leyera hacia algunos meses:

Bailar de noche como un duende rubio,
duende rubio,
a la pálida luz de la luna,
luz de la luna,

L A P E S C A D O R A

sigiloso mirar, marcharse luego,
marcharse luego...
del osado a espiar, lo mataría,
lo mataría,
si no fuera pecado...
lairón, la, lairón, la.

Y después de muchas enmiendas y variaciones, croquis y notas de música:

Bailar con todos y no ser de nadie.
Lairón, la, lairón, la.
Dominar en eterna rebeldía.
Tra la lá, tra la lá.

Luego, clara y visible, la carta siguiente:

„Querido Enrique:

¿No crees que tú y yo somos los más inteligentes de toda la comedia? Esto nos perjudicará mucho, pero no importa. Te agradezco mucho el ir a la mascarada esta noche, porque yo nunca he estado en ninguna, y tengo muchas ganas de ver una verdadera broma. ¡Esta casa es tan tranquila y tan aburrida!

Eres un gran pícaro, Enrique. ¿Qué haces ahora? Aquí está

Tu

Pernila, (1).

(1) Un recuerdo de la comedia de Holberg *Enrique y Pernila*.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

Por último, los versos siguientes estaban escritos mucha veces con letra clara; sin duda los había encontrado en alguna parte, y quería aprendérselos de memoria:

Un sueño de arte, poderoso, vibra,
late en mi corazón.
Pensamientos que alegran el espíritu,
¡oh, quién pudiera darles voz!
Beber lo cierto, en manantial oculto;
gozoso, liberar
a Balder, y tenaz en la aventura,
a Loki encadenar...
Encamina mi esfuerzo hacia este norte,
¡oh, tú, que lo supiste despertar!

De modo que para lo que aquella muchacha fué a su casa y aprovechó la instrucción de su hija, era para hacerse actriz. Con esa intención les escuchaba tan atentamente en sus lecturas de las noches, y luego se aprendía lo oído de memoria.

Les había estado engañando todo el tiempo. Seguramente la velada anterior, cuando les pareció tan franca e ingenua, ocultaría algo; con toda aquella risa, estaría mintiendo.

¡Y qué propósito oculto! Lo que el pastor había condenado tantas veces en su presencia, ella lo glorificaba como vocación divina, y pedía a Dios que la bendijera. Lo que deseaba con ansia era dedicarse a una vida de vanidad

L A P E S C A D O R A

y de brillo externo, una vida llena de envidia y de pasiones, de pereza, de sensualidad y de ficción, en la que se pierde el carácter poco a poco; una vida sobre la cual se ciernen los buitres como sobre la carroña... ¡Y para aquello imploraba la ayuda de Dios! Y él y su hija, en su tranquila mansión, y a la vista de su rebaño racional, habían contribuido a empujarla a tal vida.

Cuando Sigue, fresca y alegre como la mañana de invierno, entró a dar los buenos días a su padre, encontró el despacho lleno de humo. Era aquello siempre señal de preocupación en él, pero lo era doblemente a una hora tan temprana. El pastor no dijo ni una palabra a su hija, pero le alargó el cuaderno. Sigue vió en seguida que era de Petra. Por su mente cruzó el recuerdo de las sospechas y la angustia de la noche última. Apenas se atrevió a mirarlo; su corazón latía con tanta violencia que tuvo que sentarse. Pero la misma palabra que llamara la atención del pastor hirió su vista, y ya no pudo menos de mirar al libro y leerlo. Su primera sensación fué de vergüenza; pero no por Petra, sino porque su padre lo hubiese visto.

Pero inmediatamente experimentó la humillación que sentimos al descubrir que nos engaña una persona a quien amamos.

Por un momento, el que ha sido capaz de en-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

gañarnos así, crece ante nuestra vista; nos parece superior a nosotros en inteligencia y en ingenio, y, en realidad, un cierto aire de misterio ejerce su atracción en nuestro espíritu. Pero pronto el alma se indigna, y la honradez protesta, alentada por algo que, aunque increíble, no tiene nada de misterio. Nos sentimos poseídos de energía suficiente para deshacer de un golpe mil invenciones falsas; despreciamos lo que un momento antes nos humillaba.

En el saloncito, Petra estaba sentada al piano, y en aquel mismo instante la oyeron cantar:

La alegría se inicia, el día empieza,
roto el negro castillo, triunfa el sol;
sobre los montes rojos, ígneos, marcha
de la luz el Señor!

¡Hosanna, hosanna, pájaros cantores!
¡Alegres niños, sonreíd, cantad!
¡Hosanna, hosanna! Con el sol que nace,
dormidas esperanzas, ¡despertad!

Luego un estruendo en el piano, y otra vez la voz entonando la canción siguiente:

Rechazo los consejos.
Quiero guiar mi barco, henchir mi vela
entre el rugido de las olas bravas,
en tanto dure la marea.
¡Aun cuando nunca torne hacia la orilla,
habré gozado lo que nunca viera!

L A P E S C A D O R A

Mas no por el placer ni la ganancia
abandono la tierra.

He de llegar arriba, a lo más alto
do las olas se elevan.

Al viento tormentoso
contemplaré mi quilla descubierta.

He de probar un más allá, buscando
dónde mi esfuerzo llega.

No, aquello era demasiado para la paciencia del pastor. Arrancando el cuaderno de las manos a Sigie, salió precipitadamente del cuarto: esta vez ella no le retuvo. Dirigiéndose furioso a Petra, arrojó el libro sobre el piano, y luego se retiró al otro extremo de la habitación. Al volver, la muchacha estaba de pie; estrechaba el cuaderno contra su pecho y miraba alrededor con ojos espantados. El pastor se detuvo para decirle cuatro cosas; pero la rabia que sentía de haber sido juguete durante dos años de aquella astuta muchacha, y especialmente la idea del engaño sufrido por su hija, tan cariñosa y tan desinteresada, fué de tal modo violenta, que le hizo no encontrar palabras de momento; cuando las encontró, a él mismo le parecieron demasiado agrias. Volvió a medir el cuarto con sus pasos, otra vez se paró delante de Petra con el rostro encendido, y después, sin decirle una palabra, la volvió la espalda y se fué directamente a su despacho. Cuando entró, ya no estaba allí Sigie.

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

Durante todo el día no volvieron a saber unos de otros. El pastor comió solo: ninguna de las muchachas pareció.

Petra estaba en el cuarto del ama de gobierno, donde la colocaron después del incendio. Había buscado a Sigue por todas partes, inútilmente, para explicarle las cosas; al parecer, Sigue no estaba en la casa.

Petra comprendía que se hallaba en vísperas de un paso decisivo. Se habían descubierto sus más secretos pensamientos, y tratarían de someterlos violentamente a una influencia a que ella no podía doblegarse.

Sabía que si renunciaba a su propósito, se vería a merced de la casualidad. Podía alegrarse con los que se alegraban, confiar en aquellos que confiaran en ella, sentir seguridad y confianza en sí misma en todas las circunstancias, pero solamente merced a su secreto anhelo, a la esperanza de conseguir un día el objeto a que aspiraba con toda la fuerza de su espíritu. Lo que no podía hacer era confiarse a nadie, después de su desgraciada intentona en Bergen. No, eso no lo haría ¡ni con el mismo Oedegaard! Habría de reservarse su decisión para sí, hasta que fuere tan fuerte que pudiera resistir los embates de la duda.

Pero ahora todo cambiaba. La cara roja y cólerica del pastor examinaba su conciencia...

L A P E S C A D O R A

Tenía que escapar de ella, fuese como fuese. Buscó a Sigue, cada vez con más prisa y más ansia, conforme avanzaba el día; pero llegó la tarde y no la había encontrado. Cuanto más huye de nosotros la persona que buscamos, tanto más importante nos parece la causa de la separación. Y así ocurrió que Petra hubo de concluir por percatarse de que había sido un acto de traición el utilizar la amistad de Sigue como ayuda para alcanzar un objeto que era un pecado tan grande ante sus ojos. Dios, que todo lo sabe, era testigo de que nunca se le había ocurrido estudiar el caso desde aquel aspecto. Sin embargo, se sintió una gran pecadora.

Exactamente lo mismo que la otra vez en su casa, aquella sensación la abrumó, aun cuando un momento antes no tenía idea de tal cosa. El hecho de repetirse el mismo ejemplo, la conciencia de no haber adelantado un solo paso, convirtió sus vagos temores en verdadero terror; sólo vió ante sí un futuro desgraciado.

Pero cuanto más culpable se juzgaba, tanto más clara y desinteresada se le aparecía la imagen del afecto de Sigue.

Verdaderamente, aquello encendía sus pensamientos. Quería arrojarle a los pies de Sigue, quería suplicarla, implorarla y no separarse de ella ni cejar en sus ruegos hasta obtener siquiera una mirada amable.

Estaba obscureciendo. Dondequiera que hubiese estado durante el día, era lógico que estuviera ya de vuelta en casa. Petra fué corriendo por el pasillo hasta el cuarto de Sigue; lo halló cerrado con llave: señal de que Sigue estaba dentro. Latiéndole el corazón, presurosa cogió el picaporte, y exclamó suplicante:

— ¡Sigue, déjame que te hable! . . . ¡Sigue, no puedo más!

No se oyó el más leve ruido en el cuarto. Petra se inclinó, escuchó y llamó con los nudillos.

— ¡Oh, Sigue, Sigue, tú no sabes lo desgraciada que soy!

Ninguna respuesta. Petra escuchó un rato, pero no se oía nada. Al no recibir contestación alguna, en un caso así se empieza a dudar si realmente habrá alguien dentro, incluso cuando se tiene la seguridad de lo contrario.

— ¡Sigue, Sigue! ¡Si estás ahí, ten compasión de mí y responde! ¡Sigue!

Todo continuó en silencio. Petra empezó a tiritar y a temblar. Pero en aquel momento se abrió la puerta de la cocina, dejando ver un chorro de luz, y se oyeron unos pasos ligeros en el patio. Aquello la sugirió una idea: saldría al patio, treparía a la cornisa que formaba la base de piedra sobre que descansaba aquella parte del edificio; daría la vuelta a éste por aquel borde hasta el otro lado, en que que-

daba a mucha mayor altura. Quería mirar al cuarto de Sigue por la ventana.

Era una noche clara y estrellada. Las montañas y los edificios destacaban en el cielo sus recortados perfiles.

La nieve relucía; los pasos abiertos en ella sólo servían para aumentar su brillo. Del camino llegaba tintineo de cascabeles. Aquel sonido y la hermosura de la noche la estimularon: saltó hacia la cornisa. Trató de agarrarse a los pies derechos que formaban el muro del edificio, pero perdió el equilibrio y cayó. Cogió un tonel vacío, lo rodó hasta la pared, trepó a él, y desde allí a la cornisa. Esta vez, moviendo pies y manos simultáneamente a lo largo del muro y de las vigas, logró avanzar unas seis pulgadas a cada empuje. Pero para sostenerse habríanse necesitado los dedos fuertes de una mano recia, y ella no podía agarrarse, porque las vigas apenas si sobresalían una pulgada. Temía que alguien la atisbara, y, naturalmente, recordase en seguida la escala de cuerda. ¡Con tal de que pudiera trasponer la fachada del patio y dar la vuelta a la casa! . . .

Pero si lo lograba, aún había otro peligro: las ventanas no tenían cortinas, y con riesgo inminente de caer, tenía que detenerse en cada una de ellas.

En la parte central de aquella edificación la

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

base era muy alta, y al pie de ella había un seto de espinos, donde se quedaría enganchada, caso de caerse. Pero no tenía temor. Se la dormían los dedos, los músculos la palpitaban, todo su cuerpo se estremecía; pero siguió adelante con ánimo firme. Unos pasos más, y estaría delante de la ventana.

En el cuarto de Sigue no había luz, y estaban corridas las persianas.

La luna le daba de lleno, y podría ver hasta el último rincón. Esto la infundió más ánimos aún. Ganó el alféizar de la ventana, donde pudo por fin sujetarse y descansar un momento. Ahora que había conseguido su propósito, comenzaban a flaquearla las fuerzas. Su corazón latía con tal violencia, que apenas podía respirar. Pero cuanto más esperaba, sentíase peor. Comprendió que debía darse prisa, y decidiéndose, se colocó delante de la ventana.

En el cuarto se oyó un grito agudo. Sigue, que estaba sentada en el sofá, se puso de un salto en medio de la habitación. Durante unos segundos permaneció con los brazos extendidos, como queriendo alejar la terrible aparición; luego volvió la espalda y echó a correr.

La figura de Petra en la ventana, a la luz de la luna; la audacia vergonzosa y temeraria del acto, la cara alterada y purpúrea que se dibujaba con vigor en la claridad... Petra advirtió

L A P E S C A D O R A

en un momento que su desdichada idea sería lo suficiente para que Sigue la odiase. En realidad, su imagen había de ser en lo sucesivo causa constante de terror para Sigue. No pudo más. Perdió el conocimiento y cayó al fondo, lanzando un grito penetrante.

La gente de la casa había acudido al grito de Sigue; pero no vieron a nadie. Luego, al oír el segundo grito, todo el mundo salió de nuevo, inquiriendo y buscando; pero inútilmente. Tan sólo por una pura casualidad, el pastor, que miró desde la ventana del cuarto de su hija, pudo ver a la luz de la luna a Petra que yacía entre el seto. Un gran terror se apoderó de todos, porque era muy difícil sacarla de allí y subirla. Cuando lo consiguieron, la llevaron al cuarto de Sigue; pues en el del ama de gobierno no había lumbre.

La desnudaron y la metieron en la cama, y mientras unos la lavaban las manos y el cuello, que tenía muy arañados, otros procuraban poner el cuarto confortable, caliente y alegre. Cuando Petra recobró el conocimiento y se percató de lo que pasaba, pidió que la dejaran sola.

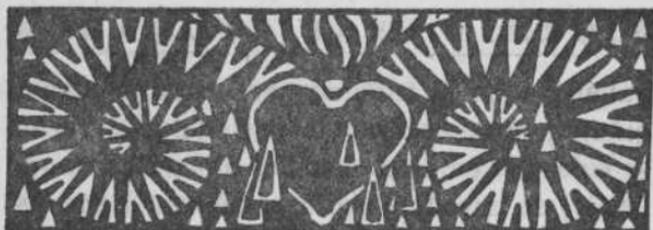
Lo tranquilo y cómodo del cuarto, la blanca inmaculada de los adornos — cortinas, tapetitos, cama y sillas —, trajeron a su mente a Sigue. Recordaba su natural desinteresado y

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

puro, su voz suave y sencilla, su condescendencia y respeto para con los sentimientos de los demás. Todo aquello había terminado para ella. Pronto tendría que abandonar aquel cuarto; quizá tuviera también que marcharse de la casa. ¿Y dónde iría? No es fácil que le recojan a uno del camino por tercera vez, y aunque tal ocurriese, no lo deseaba, porque sería para terminar de la misma manera. Nadie podía tener confianza en ella. Fuese cual fuese la razón de ello, el caso es que era así. No había adelantado un solo paso, ni lo adelantaría nunca, a menos que alguien confiara en ella. ¡Cuánto rezó, cuánto lloró! Agitóse y retorcióse en su angustia, hasta que, agotada, hubo de dormirse.

Apenas dormida, todo lo vió blanco como la nieve, y parecióle que se hacía grande y sublime. Nunca vió alturas como aquéllas, nunca vió brillar tantos millones de estrellas.





CAPÍTULO X

CUANDO despertó, aún estaba en lo más hermoso de sus sueños. La luz del día le trajo ideas casi tan bellas, pero pronto las vió refrenadas por algo que llenaba el aire: eran las campanas de la mañana del domingo. Saltó de la cama, vistióse, comió lo que encontró en la despensa, y abrigándose bien, marchóse corriendo a la iglesia. ¡Nunca había sentido tanto deseo de oír la palabra de Dios! Cuando llegó acababan de empezar los Oficios y estaba la puerta cerrada. Era un día frío, y le temblaban los dedos cuando cogió la llave para abrir.

El pastor estaba de pie ante el altar. Esperó junto a la puerta hasta que hubo terminado y el acólito se disponía a quitarle la sobrepelliz; entonces se dirigió al llamado „banco del obispo“, colocado en el presbiterio y celado tras una cortina. El banco de la familia del pastor

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

hallábase en la tribuna; pero cuando alguno quería permanecer oculto por cualquier razón, se colocaba en el „banco del obispo“. Cuando llegó y se introdujo sigilosa, vió que Sigue estaba sentada en el rincón más apartado. Dió la vuelta; pero en aquel mismo momento pasaba el pastor del altar a la sacristía. Volvió al banco, y se sentó lo más cerca posible de la puerta. Sigue se cubrió con el velo. Esto entristeció a Petra.

Miró a los congregantes que se apiñaban en los altos bancos de madera: los hombres a la derecha; las mujeres a la izquierda. El vaho de la respiración formaba una neblina; en las ventanas había una pulgada de hielo. Las toscas imágenes de madera, el canto monótono y lento, la gente arrebujaada. . . todo era acorde y la producía una impresión extraña y desagradable. En aquel momento recordó lo que sintiera al contemplar la Naturaleza la tarde que salió de Bergen; ahora, en el templo, también sentíase una viajera temerosa.

El pastor subió al púlpito, con su aspecto serio también. Su oración fué: „No nos dejes caer en la tentación“.

— Ya sabemos — dijo — que el talento que Dios nos inculca puede ser siempre un motivo de tentación para nosotros.

Pero él rogaba al Señor que tuviese miseri-

cordia y no nos probara más allá de nuestras fuerzas. Siempre debíamos pedir esto; pues sólo poniendo nuestro talento a sus pies, podía servirnos para nuestra salvación.

En el curso del sermón explicó el tema extensamente, estudiando el doble deber de cada uno — trabajar de acuerdo con nuestras facultades y las circunstancias en que nos encontremos, y cultivar la afición cristiana en nosotros y en aquellos que están confiados a nuestro cuidado —. Nos exhortó a tener un cuidado especial al elegir vocaciones; pues hay algunas tan desdichadas que son pecaminosas en sí mismas, y otras que pueden serlo por extrañas a nuestro espíritu o por habérselas sugerido nuestros deseos insentatos. Y, además, de la misma manera que cada uno debe seguir aquello que sus aptitudes le inclinen, así puede convertirse la elegida, aun siendo buena y recta, en una tentación para nosotros, si, porque el trabajo lo pide, le permitimos que ocupe todo nuestro tiempo y todos nuestros pensamientos. Debemos ocuparnos, tanto de la parte religiosa como de nuestros deberes de padres para con los hijos. Debemos procurar mantener la armonía de nuestras almas de modo que el Espíritu Santo pueda estar siempre en nuestro interior. Debemos ponernos en condiciones de sembrar y cultivar la buena semilla en nuestros

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

hijos. No hay deber ni pretexto alguno que nos releve de esta obligación, aunque las circunstancias parezcan favorecernos para ello.

Y continuó tratando de las ocupaciones de los que le escuchaban, de sus casas, de sus circunstancias, de sus opiniones.

Puso ejemplos de otras condiciones de vida y de más altas esferas de actividad, para ilustrar su texto. En el momento en que el pastor subía al púlpito, convertíase en un hombre completamente distinto para los que le conocían en la vida diaria. Hasta su exterior cambiaba: su rostro, fuerte y contraído, parecía como que se dulcificaba y se hacía transparente, revelando el curso interno de sus ideas; sus ojos se agrandaban y miraban hacia delante como si fueran portadores de un gran mensaje; su cabeza, tosca y peluda, semejava la de un león; su voz resonaba como un trueno o penetraba en el corazón como un dardo agudo; a veces bajaba a un tono suavísimo, para volver a alzarse a las cumbres de la elocuencia. A decir verdad, sólo podía officiar en un recinto amplio y donde pudieran desarrollarse sus ideas; pues su voz no tenía encantos sino en toda su extensión, ni su actitud transparencia, ni sus ideas bastante claridad hasta que las encendía su espíritu fogoso. Y no es que el asunto se le fuese ocurriendo al hablar, no: el trabajo y la meditación contri-

buían tanto a henchir su alma como las impresiones. Era un trabajador serio y concienzudo, pero no solía estar preparado para las ocasiones corrientes, no podía inventar asuntos de conversación. La llevaba él solo, o cuando menos tenía que reflexionar, paseándose de un lado a otro. Entrar en argumentaciones con él era como atacar a un hombre indefenso; a pesar de todo, era peligroso; pues reservaba sus convicciones con tal fuerza, que no tenía tiempo de explicar su actitud. Si se veía obligado a exponerlas, ocurría una de estas dos cosas: o resultaba demasiado duro con su contrincante, o se quedaba callado como si tuviera miedo de sí mismo. A nadie podía hacerse callar más fácilmente que a este hombre elocuente y vigoroso.

Petra hubo de estremecerse cuando el pastor comenzó su sermón; pues sabía por qué había elegido aquel tema. Cuanto más avanzaba, más clara veía la referencia a ella. Petra se acurrucó en su asiento y vió que Sigue hacía lo mismo. El orador, incansable, se internó en la senda: el león acosaba a su presa. Petra sentíase como perseguida, detenida y acosada por todas partes; pero por fuerte que fuera la garra, siempre notaba la suavidad de la misericordia. Le parecía que — sin una palabra de condenación — estaba presa en los brazos de un amor infinito.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

Y rezó, y lloró, y oyó que Sigue hacia lo mismo, y la amó por ello.

Cuando el pastor bajó del púlpito para ir a la sacristía, aún irradiaba luz de su comunión con el Poder Supremo.

Dirigió a Petra una mirada escrutadora, y cuando ella le miró a la cara sin rebozo y francamente, en sus ojos se dibujó una expresión apacible. También echó una ojeada sobre su hija, que seguía en el extremo del banco.

Sigue se levantó poco después; llevaba el velo echado, y Petra no se atrevió a acompañarla, abandonando la iglesia algo más tarde. Aquel día comieron los tres juntos otra vez. El pastor habló algo, pero Sigue permaneció muda y reservada.

Evidentemente, el pastor deseaba discurrir sobre lo pasado, pero no hizo la menor alusión directa a ello. Sigue eludió el asunto con tal tacto y delicadeza, que no pudo menos de recordarle a su madre. El pastor permaneció silencioso y como desalentado, lo cual solía acontecerle por el motivo más fútil.

No hay nada más penoso que un intento estéril de reconciliación. Los tres se levantaron, sin atreverse a mirarse uno a otro. En el saloncito sintiéronse tan angustiados, que todos habrían querido escapar y ninguno se atrevía a ser el primero. Petra pensaba que, de marcharse,

L A P E S C A D O R A

sería para siempre. Sentíase incapaz de tornar a ver a Sigue si no había de permitirsele amarla; no se resignaría a que el pastor fuese desgraciado por causa suya. Pero, obligada a marcharse, haríalo sin decir adiós; porque, ¿cómo podría despedirse de ellos? La sola idea la llenaba de una emoción tal, que difícilmente lograba contenerse.

Cada minuto que se prolonga un silencio de esta índole, en que cada uno espera que hable el otro, se hace más intolerable. No osamos hacer el menor movimiento por temor a significarnos; se oye la respiración; hasta el mismo silencio se oye, porque se interpreta como disgusto. Estamos en tensión porque no se dice nada, y tememos que se diga algo.

Todos sentimos que aquel momento no volverá. Las paredes que nos rodean se agrandan, nuestra propia culpa crece, la de los demás crece también. . . crece cada vez que respiramos. Un instante nos sentimos desesperados; otro, indignados; pues la persona que así se porta con nosotros es cruel, es mala; no podemos soportarla, no la perdonaremos nunca. Petra comprendió que no podía más: tenía que llorar o escaparse.

De pronto se oyó en el camino un tintineo de cascabeles; luego un trineo que conducía a un señor, envuelto en un abrigo de piel de lobo,

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

pasó silbando por delante del jardín y penetró en el patio. Todos respiraron mejor y prestaron oído. El visitante entró en el corredor, se quitó las botas altas y el abrigo, hablando con el criado que le ayudaba. El pastor levantóse para ir a su encuentro; pero lo pensó mejor y permaneció en el saloncito, con objeto de no dejar solas a las dos muchachas.

Oyóse de nuevo la voz del forastero; pero esta vez lo bastante próxima para que los tres levantasen la cabeza. Petra dió un salto en su asiento y fijó los ojos en la puerta. Sonaron unos golpecitos.

— Adelante — dijo el pastor, nervioso.

Y un hombre de cara alegre, con lentes, apareció en el umbral.

Petra lanzó un grito y volvió a caer en su asiento. . . ¡Era Oedegaard!

Su llegada no sorprendió al pastor y a Sigue, pues le habían invitado a pasar las Navidades con ellos, aunque no se lo dijeron a Petra. Pero que llegara en aquel momento preciso fué una cosa providencial, y todos lo consideraron así.

Petra no se dió cuenta de nada hasta que Oedegaard estuvo delante de ella, estrechándole la mano. Juan retenía la mano de Petra en la suya sin decir nada. Ella tampoco podía hablar. . . ni siquiera levantarse del asiento. Pero, al mirarle, dos lágrimas se deslizaron por sus

L A P E S C A D O R A

mejillas. Oedegaard estaba muy pálido; sin embargo, su actitud era amable y natural. Soltó la mano de Petra y se dirigió a Sigue, que se había refugiado entre las flores de su madre, en la ventana más apartada.

Petra sintió la necesidad de estar sola, y se marchó a su cuarto. Sigue tenía que hacer en la casa, y desapareció también. El pastor y Oedegaard se fueron al despacho para tomar una copa de vino, que al viajero le vendría muy bien después de la jornada. Allí el pastor le contó, en pocas palabras, los sucesos de los días anteriores. Oedegaard quedó pensativo, pero sin decir nada. De pronto viéronse interrumpidos de un modo singular.

.....

Por delante de la ventana pasaron dos mujeres y tres hombres, uno en pos del otro. Apenas los vió, el pastor se puso de pie.

— ¡Ya están ahí! Ya podemos echar mano de toda nuestra paciencia.

Entraron primero las mujeres y luego los hombres, despacio, silenciosos. Se colocaron en hilera delante de los estantes, y precisamente enfrente del sofá en que estaba sentado Oedegaard. El pastor les alargó sillas y fué a buscar otras al saloncito. Todos se sentaron, a excepción de un joven, bastante bien vestido, que no aceptó el ofrecimiento y permaneció de pie

junto a la puerta, con las manos metidas en los bolsillos. Su rostro tenía cierta expresión de desafío.

Después de un largo silencio — durante el cual el pastor llenó su pipa, y Oedegaard, que no fumaba, examinó al grupo —, inició la conversación una mujer, rubia y pálida, de unos cuarenta años de edad. Su frente era más bien estrecha, sus ojos grandes, pero tímidos: dijérase que no sabían dónde mirar.

— Ha sido un sermón muy hermoso el que ha pronunciado usted hoy — dijo —. De acuerdo precisamente con lo que estábamos pensando; pues hemos hablado mucho de las tentaciones, de poco tiempo a esta parte, en Oeygar (1).

Y diciendo esto, lanzó un suspiro. Un hombre de mandíbula pequeña y estrecha y frente despejada, suspiró a su vez, exclamando fervorosamente:

— ¡Señor, guía nuestros pasos! ¡Aparta mis ojos del espectáculo de la vanidad!

Y Elsa, la mujer que hablara primero, volvió a suspirar, diciendo:

— Señor, ¿con qué purificará la juventud sus costumbres para que se digne de oír Tu palabra?

(1) Oeygar es la forma popular de «Oedegaard»; la palabra significa «granja devastada».

L A P E S C A D O R A

La frase sonaba de un modo extraño en los labios de aquella mujer, que ya no era joven.

Entonces un hombre de mediana edad, que estaba sentado con la cabeza inclinada, los ojos medio cerrados y cuneándose, dijo como entre sueños:

— De las tentaciones y de las pruebas no puede quejarse nadie que tenga parte en la muerte de Jesús y lleve el santo nombre de Cristo.

El pastor conocía de sobra a la gente con quien tenía que habérselas, para saber que aquello era no más que el principio: esperó, pues, como si no hubieran dicho nada, y hubo otro largo silencio, interrumpido tan sólo por los suspiros.

Una mujer pequeñita, que parecía aún más pequeña por ser cargada de espaldas, y que iba arrebuja en un número tan ridículo de chales que se tomara por un lío — era imposible ver su rostro —, empezó a moverse y agitarse en su silla, terminando por articular varios „hum, hum“.

La rubia se levantó y dijo:

— Ya hemos terminado con casi todas las músicas y los bailes en Oeygar; pero...

Se detuvo, y entonces Lars, el hombre de la frente ancha y la mandíbula estrecha, continuó:

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

— Pero hay un hombre, Juan, el violinista, que no cede. . .

Y como Lars vacilase en terminar la frase, el joven acudió en su auxilio.

— Porque sabe que el pastor también tiene un instrumento con el que se canta y se baila en la rectoral.

— Y seguramente no será mayor pecado en él que en el pastor — concluyó Lars.

— La verdad es que el instrumento del pastor es una tentación — dijo Elsa con cautela, como para no dejar languidecer la conversación.

El joven añadió con más énfasis:

— Es un mal ejemplo para la juventud. Y ya está escrito: „Aquel que ofenda a uno de sus pequeños, más le valiera que le colgaran una piedra de molino al cuello y lo tiraran al mar“.

Luego le tocó el turno a Lars:

— Por lo tanto, nuestro deseo es que saque usted de casa el instrumento, o lo quemé, para que no sea un mal ejemplo. . .

— Para su rebaño — añadió el joven.

El pastor arrojó unas cuantas bocanadas de humo, y luego dijo, con un visible esfuerzo por mantenerse ecuánime:

— Para mí, el tal instrumento no es una tentación; para mí es recreo y descanso. Ya sabéis que aquello que sirve para distraer nuestra

L A P E S C A D O R A

imaginación de los cuidados terrenos, contribuye a que recibamos y comprendamos más fácilmente la verdad; por lo tanto, yo confío en que una cosa como ese instrumento nos sirve de ayuda.

— Y yo sé que hay pastores que, de acuerdo con las palabras de Pablo, renunciarán a él, a petición de sus feligreses — dijo el joven.

— Es probable que yo, en otro tiempo, interpretara sus palabras en ese sentido — respondió el pastor —; pero ahora, no. Una persona puede renunciar a un hábito, a un lujo, pero debe mostrarse reacio a sentirse parcial y necio con los necios y parciales. En este caso no sólo me perjudicaría a mí mismo, sino a aquellos a quienes me tomaran por ejemplo, porque entonces les daría un ejemplo estúpido, ¿sabéis?: un ejemplo contrario a mis convicciones.

El pastor rara vez se sentía capaz de un discurso tan largo fuera del púlpito. Luego añadió:

— No renunciaré a mi instrumento ni lo quemaré. Escucharé su música con frecuencia, porque la necesito, y desearía que vosotros también buscarais descanso inocente en cantar y tocar y bailar, porque considero estas cosas buenas y correctas.

El joven volvió la cabeza.

— ¡Vergüenza! — dijo —. Y escupió en el suelo.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

La cara del pastor se puso escarlata, y se hizo un silencio de muerte. Entonces el hombre que estaba meciéndose, empezó a decir a media voz:

— ¡Oh, Señor!: por todas partes veo que causa dolor y pena llevar con paciencia la cruz: lo mismo al joven que al viejo, al rico que al pobre; pues la carne y la sangre son frágiles y débiles, y ceder al tentador es un lazo.

Y luego dijo Lars, en voz suave:

— Entonces usted dice que cantar y tocar y bailar son cosas correctas, ¿no es así? Bien... Entonces, ¿está bien despertar a Satanás por nuestros sentidos? Bien... Esto es lo que dice nuestro pastor. Bueno, bueno; ya lo sabemos. Y dice que esos placeres, vanos y sensuales, pueden sernos útiles... ¡Lo que es motivo de tentación es una cosa conveniente!

Aquí Oedegaard se interpuso; pues en la cara del pastor advirtió que las cosas se iban poniendo serias:

— Dígame, buen hombre, ¿qué hay que no sea motivo de tentación?

Todos miraron a la persona que pronunciara aquellas palabras claras y concisas. La pregunta era tan inesperada, que Lars no pudo pensar en un momento la contestación, y a los demás les ocurrió lo propio. Entonces salió una voz que parecía surgir de las profundidades de una cueva o de un pozo:

— ¡El trabajo!

La voz salía del lío de chales: era Raudi, que por primera vez tomaba la palabra. Una sonrisa de triunfo apareció en la cara estrecha de Lars; la mujer rubia miró a su amiga con absoluta confianza; hasta el joven que permanecía junto a la puerta perdió por un momento su mueca sarcástica. Oedegaard comprendió al punto que aquélla era la cabeza del grupo, aun cuando no se mostrara como tal. Entonces dirigióse a ella:

— Para que el trabajo no sea un motivo de tentación, ¿qué clase de trabajo ha de ser?

El lío de chales no quería contestar a esta pregunta; pero el joven replicó, tomando la mano:

— El anatema dice: „Comerás el pan con el sudor de tu frente“. Por consiguiente, debe ser el trabajo que nos haga sudar y nos cueste molestia.

— ¿Nada más que sudor y molestia? ¿Sin ganar nada?

A esto el joven no supo qué contestar; pero el de la mandíbula estrecha se sintió inspirado:

— Sí: todo lo que se pueda obtener.

— Entonces puede haber algo de tentación en el trabajo: la tentación de sacar demasiado de él.

Ante este dilema surgió la ayuda de las profundidades:

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

— Entonces la tentación será el provecho, no el trabajo.

— Sí; pero, ¿y si el trabajo se lleva al exceso a causa del provecho que produce?

Raudi se retiró de la lucha, pero Lars siguió:

— ¿Qué quiere usted decir con llevar el trabajo al exceso?

— Me refiero al caso en que convierta al hombre en bestia, en que le haga esclavo.

— Entonces es que tiene que esclavizarle — dijo el que había insistido en lo del sudor.

— Pero, ¿acaso el trabajo que se realiza siendo esclavizado por él puede conducir a Dios?

— El trabajo es la adoración a Dios — exclamó Lars.

— ¿Se atreverá usted a decir que *todo* su trabajo?

Lars se quedó callado.

— No; sea usted razonable y convenga conmigo en que, a causa de la ganancia, el trabajo se extrema de tal modo, que viene a constituir el único objeto de nuestra vida. Por lo tanto, también existe la tentación en el trabajo.

— ¡Sí, amigos míos: en todo hay tentación, en todo hay tentación! — dijo el pastor, levantándose y sacudiendo la ceniza de su pipa, como dando a entender que terminaba la polémica.

Se oyó un suspiro que salía del lio de chales, pero nadie abrió la boca.

L A P E S C A D O R A

— Escuchen — comenzó de nuevo Oedegaard, y el pastor volvió a llenar la pipa — . Si el trabajo no produce beneficio, es decir, ganancia, ¿nos será permitido disfrutar de tal ganancia? Si llega a ser riqueza, ¿podremos también disfrutar de tal riqueza?

Estas palabras despertaron graves dudas entre los oyentes, que se miraron unos a otros.

— Continuaré, mientras están reflexionando sobre el asunto — agregó — . Dios nos ha dado permiso para que tratemos de trocar su maldición en bendición; pues Él guió a sus patriarcas y a todo su pueblo a disfrutar de la riqueza.

— Los apóstoles no poseían nada — insinuó el joven, con aire de triunfo.

— Sí, es verdad; pero es porque Él quiso colocarlos *por encima y más allá* de todas las condiciones de la vida humana corriente, para que sus pensamientos sólo estuvieran en Dios: fueron llamados.

— Todos somos llamados.

— Pero no de la misma manera. ¿Es usted llamado a ser apóstol?

El joven palideció intensamente; sus ojos se oscurecieron bajo el muro de la frente, que caía sobre ellos: debía tener sus razones para tomar aquella pregunta muy a pecho.

— Pero el rico también tiene que trabajar —

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

sugirió Lars —, porque todos estamos sujetos al trabajo.

— Ciertamente deben hacerlo, aun cuando sus deberes y la manera de cumplirlos sean diferentes; cada cual ha de cumplirlos a su modo. Pero, dígame, ¿no debemos hacer *nada* más que trabajar?

— También debemos rezar — interrumpió la mujer rubia, cruzando las manos, como si recordase de repente que había olvidado aquel deber hacía algún tiempo.

— Bueno; entonces, cuando una persona no esté trabajando, ¿debe estar rezando? ¿Quién puede lograr eso? ¿Qué clase de oraciones y qué clase de trabajo tiene que hacer? ¿No debemos también descansar?

— No debemos descansar hasta que no estemos rendidos de trabajo; pues entonces no nos tentarán los malos pensamientos.

— ¡Ahl, no nos tentarán los malos pensamientos — repitió Elsa.

El salmista intercaló:

— Anda, fatiga tu mente y tu cuerpo, y aprende, en nombre de Jesús, a descansar en Dios; pues pronto, ya sin penas, dormirás, para no despertar nunca, en un lecho bajo la tierra.

— Chitón, Erik; escuche lo que se habla — dijo el pastor.

L A P E S C A D O R A

Pero Oedegaard apretó el nudo de su argumento diciendo:

— Como ven ustedes, el trabajo produce ganancias y hace imprescindible un poco de descanso. Ahora, refiriéndonos al trato social, el canto, la música y cosas semejantes, mi opinión es que no sólo constituyen el fruto o provecho del trabajo, sino que al mismo tiempo procuran a la imaginación reposo y refresco.

Esta argumentación produjo un gran revuelo: todos miraron a Raudi, porque era el momento de emplear la fuerza principal.

La arrebuja se meció un rato, y finalmente dijo muy suave y reposadamente:

— No puede hallarse descanso en las canciones, ni en la música y las danzas mundanas; pues tales cosas encienden deseos carnales pecaminosos. Y no puede ser un fruto del trabajo lo que debilita y hace inútil ese mismo trabajo.

— ¡Ahl, ¡cuánta tentación hay en tales cosas! — murmuró la mujer rubia con un suspiro.

Esto sugirió a Erik el recuerdo de un himno, y empezó a recitarlo; pero el pastor le interrumpió:

— Erik, esté usted tranquilo; no hace usted más que interrumpirnos.

— ¡Oh, sí, es verdad! — dijo Erik, pero continuó salmodiando.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

— ¿Quieres callarte, Erik? Los himnos están muy en su lugar; pero hay tiempo y ocasión para todo.

— Sí, sí, pastor, eso es verdad: hay tiempo y espacio para todo —. Y volvió a comenzar con sus himnos.

— ¡No, no, Erik! Porque en ese caso la oración también puede ser motivo de pecar: puede usted hacerse católico y meterse en un convento.

— ¡Dios me libre! —respondió Erik, abriendo mucho los ojos. Luego los cerró otra vez y dijo:

— Como la tierra y el lodo, comparados con el oro, es el católico. . .

— Bueno, Erik; si no puede usted estarse callado, más valdrá que se marche con sus himnos. . . ¿Dónde estábamos?

Oedegaard, que oía a Erik muy divertido, no se acordaba. Entonces brotó una vocecilla suave del lío de chales:

— Decía yo que no podía encontrarse descanso ni provecho en aquello que. . .

— Yo recuerdo. . . que es una tentación para nosotros. . . , y Erik ha demostrado plenamente que también la oración puede hacernos pecar. Vamos a ver los resultados de estas conclusiones. ¿No han observado ustedes que la gente que es alegre trabaja mejor que la melancólica? ¿Qué razón hay para ello?

Lars advirtió que aquella pregunta era tendenciosa, y dijo:

— La fe es lo que hace a la gente feliz y alegre.

— Sí, cuando es una fe alegre; pero, ¿no han observado ustedes que hay un modo de entender la religión, que puede hacer tan triste el mundo como una cárcel?

La mujer rubia lanzó una serie de suspiros que inquietaron al lío de chales; Lars miró fijamente a la primera y logró que se callara. Oedegaard continuó:

— Hacer siempre la misma cosa, ya sea trabajar, orar, jugar, llega a entristecernos y a hacernos estúpidos. Se puede trabajar la tierra hasta convertirse en un animal, rezar hasta ser una máquina de oraciones, jugar hasta parecer un muñeco desarticulado. Pero combinemos las tres cosas. La variedad alegra el corazón y el alma, el trabajo será más fecundo y la fe se afianzará.

— Entonces, ¿debemos tratar de ser felices?— dijo el joven riendo.

— Sí; y en el caso de usted ello le conduciría a sostener relaciones más cordiales con la demás gente; pues sólo siendo feliz es como se puede apreciar lo bueno en los otros. Y solamente amando al prójimo puede llegar a amarse a Dios.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

Como nadie pareciera dispuesto a contradecir aquella opinión, Oedegaard trató de amartillar su argumento, diciendo:

— Todo aquello que eleva nuestra inteligencia y permite al Espíritu Santo obrar en nuestro interior — pues no puede hacer nada en los corazones que viven en la esclavitud —, todo aquello que nos ayuda, puede llevar en sí una bendición, y éste es el caso de las cosas de que venimos hablando.

El pastor se levantó: tenía otra vez que sacudir la ceniza de su pipa.

En el silencio que hubo de seguirse, y que no interrumpieron ni los suspiros, el lío de chales se removió con más inquietud aún, y por fin dijo con voz suave:

— Está escrito: sea lo que quiera lo que hagáis, hacedlo todo a gloria de Dios. Pero la música y el canto y el baile mundanos, ¿pueden ser para gloria de Dios?

— No; directamente, no; ¿pero no se puede hacer la misma pregunta respecto a la comida y el sueño y el vestido? Y sin embargo, estas cosas nos son indispensables. Así, pues, la cuestión está en no ejecutar nada que sea pecaminoso.

— Sí; pero las ya dichas, ¿no son pecaminosas?

Por primera vez Oedegaard se impacientó un

L A P E S C A D O R A

poco; sin embargo, contentóse con responder:

— En la Biblia leemos que el cantar y el tocar y el bailar se utilizaban.

— Sí, para gloria de Dios.

— Muy bien; entonces. . . para gloria de Dios. Pero la razón para que los judíos llevaran a todo el nombre de Dios, era porque, como los niños, aún no sabían hacer distinción. Para los niños, todo hombre extraño es „el hombre“. A la pregunta de los niños: „¿De dónde procede esto o aquello?“, siempre contestamos lo mismo: „De Dios“. Pero, ya grandes, no llamamos solamente el dador de todo a Dios, sino también su origen inmediato. Así, por ejemplo, una canción trata de Dios o conduce a Dios, aun cuando en ella no se le nombre; pues muchas cosas conducen a Él indirectamente. Nuestras danzas, cuando nos divierten de modo sano e inocente, son un medio — claro que indirecto — de alabar a Aquel que nos da la salud y ama a las criaturas en nuestros corazones.

— ¡Escuchen!, ¡escuchen! — dijo el pastor.

Y en el fondo de su corazón comprendió que, durante mucho tiempo, había estado equivocado respecto a aquellas cosas, y las interpretara torcidamente, haciéndolas ver así también a los demás.

Lars había permanecido mucho tiempo reflexionando. Ahora estaba preparado. El grano

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

cayó desde su alta frente a sus mandíbulas, cortas y desiguales, donde fué deshecho y enterrado, y arguyó:

— Entonces, ¿está permitida también toda clase de cuentos, historias y fábulas, toda suerte de poesías y romances, de esos que llenan los libros de hoy día? ¿No está escrito: „Toda palabra que salga de tus labios debe ser la verdad“?

— Le agradezco a usted mucho que haya traído a colación este punto. Usted verá que con sus ideas pasa algo de lo que pasaría con la casa en que vive. Si ésta fuera tan pequeña que no pudiera usted estirar los pies o levantar la cabeza, tendría usted necesariamente que agrandarla. La poesía eleva nuestros pensamientos y ensancha nuestra inteligencia. Si todos esos pensamientos que no son necesarios fuesen mentiras, pronto se convertirían en mentiras también aquellos que necesitamos. Nos encerrarían en la mansión terrena de modo que nunca llegaríamos a la eternidad, y sin embargo, ésta debe ser el fin de nuestra vida, y a ella deben llevarnos esos pensamientos verdaderos por medio de la fe.

— Pero la ficción es sobre cosas que no existieron nunca. ¿No es ésta mentira pura? — preguntó Raudi, pensativa.

— No; muchas veces hay más verdad en ello

L A P E S C A D O R A

que en lo que vemos ante nuestros ojos — respondió Oedegaard.

Entonces todos le miraron con aire de duda, y el joven observó:

— No sabía yo que la historia de Askeladd (1) encerrase más verdad que lo que yo veo con mis propios ojos.

Todos sonrieron.

— Bueno; entonces dígame: ¿comprende usted siempre la conexión en lo que ve con sus ojos?

— No me creo bastante sabio.

— ¡Oh!, los sabios suelen comprender menos que usted. Me refiero a esas cosas de la vida diaria que nos causan pesar y dolor, que nos „abruman de muerte“, como suele decirse. ¿No nos han sucedido a todos cosas de esta clase?

El joven no contestó, pero del lío de chales emergió una voz severa:

— Sí, muchas veces.

— Pero supongamos que oye usted un cuento que se parece tanto al caso de usted, que al oirlo le parece oír su propia historia. ¿No diría usted del cuento, que hace luz en su vida, que le da ánimos y consuelo, nacidos de una clara comprensión de los hechos y las causas; no di-

(1) «Askeladd», un cuento de hadas escandinavo, que se asemeja mucho a «La Cenicienta».

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

ría usted de un cuento así que era más verídico que su propia vida?

La mujer rubia dijo:

— Una vez leí yo un cuento, que me sirvió tanto en una gran pena, que lo que hasta entonces fué muy duro de sobrellevar, se convirtió casi en un placer para mí.

Se oyó una tosecita que salía de entre los chales; luego una voz tímida pronunció las siguientes palabras:

— Sí, eso es la verdad.

Pero el joven no quería ceder en este punto.

— ¿Pueden ser los cuentos de Askeladd un consuelo para nadie?

— Todas las cosas tienen su utilidad. Lo divertido oculta una gran fuerza, y este cuento demuestra, de un modo entretenido, que una persona a quien el mundo cree insignificante, puede llegar a tener gran importancia; que todo sirve para ayudar al poseedor de un corazón firme, y que el individuo ganoso de ir adelante lo consigue. ¿No cree usted que a muchos niños les servirá de estímulo el recordarlo, y a no pocos mayores también?

— Pero creer en brujas y duendes es una superstición, ¿no es verdad?

— ¿Y quién dice que se crea en ellos? Son imágenes.

L A P E S C A D O R A

— Pero nos está vedado emplear figuras e imágenes; pues todo artificio es cosa del diablo.

— ¿De veras? ¿De dónde saca usted eso?

— De la Biblia.

Aquí interrumpió el pastor:

— No, eso es un error; pues la misma Biblia hace uso de imágenes.

Todos le miraron.

— En todas sus páginas se encuentran imágenes; pues los orientales son muy aficionados a servirse de ellas. Nosotros mismos empleamos imágenes en nuestras iglesias, en nuestros discursos; las tallamos en madera o en piedra, o las pintamos sobre lienzo, y no somos capaces de representarnos la Deidad sino por medio de una imagen. Es más: Jesús se valió de ellas, y el mismo Dios adoptó varias formas al revelarse a los profetas. ¿No se presentó como un viajero a Abraham, en Masure, y comió en su mesa? Luego si la Deidad puede adoptar formas distintas y hacer uso de imágenes, el hombre también puede hacerlo.

No tuvieron más remedio que convencerse.

Oedegaard se levantó, y tocando al pastor en el hombro, dijo:

— Gracias. Ha demostrado usted con la Biblia, del modo más claro, que el teatro es cosa permitida.

El pastor quedóse estupefacto; el humo que

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

aspiraba salió de su boca lentamente, por su propio impulso.

Oedegaard cruzó el cuarto, dirigióse a la mujer de los chales, inclinándose para tratar de ver su cara, pero en vano.

— ¿Quiere usted saber algo más? — preguntó —. Porque me parece que ha pensado usted bastante en unas cosas y otras.

— ¡Ahl, pero no siempre pienso con rectitud. Lo más recto es la piedad.

— Sí: precisamente al principio, después de obtener la gracia de la conversión, nos sentimos tan elevados con sus maravillas, que cualquier otra cosa nos parece inútil y equivocada. Somos como el amante, que sólo desea estar junto a su adorada.

— Sí; pero ahí tenemos a los primeros cristianos: seguramente debíamos tomarlos por ejemplo.

— No, nosotros tenemos otros deberes; las circunstancias han variado mucho desde el tiempo aquel en que ellos se veían en situaciones difíciles entre los paganos. Nuestro deber es procurar que el Cristianismo dé frutos en la vida tal y como es hoy.

— Pero hay muchos pasajes en el Antiguo Testamento que contradicen la opinión de usted — dijo el joven.

Por primera vez hablaba sin amargura.

L A P E S C A D O R A

— Quizá sea porque aquellas palabras carecen hoy de vida y de sentido; están „pasadas“. Como dice San Pablo: „Somos ministros capaces de comprender el Nuevo Testamento: no la letra, sino el espíritu“. Y más adelante: „Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad“. Y después: „Todas las cosas son legítimas para mí“; pero añade: „No todas las cosas son prudentes“. Nosotros tenemos la fortuna de poder estudiar una vida que demuestra lo que Pablo quiere decir. Me refiero a Lutero. Supongo que estarán ustedes conformes en que Lutero era un buen cristiano, y muy culto.

Todos convinieron en ello.

— La fe de Lutero era alegre, era la del Nuevo Testamento. Tenía la opinión de que una fe tétrica era muy a propósito para que el diablo se escondiese detrás de ella. Respecto al temor a las tentaciones, decía que aquellos que menos temen son los que pecan menos. Sacaba el mayor partido que podía de las facultades que Dios le concediera, incluso en capacidad para la diversión; comprendía la vida en su conjunto. El piadoso Melaneton estaba una vez tan ocupado, escribiendo en defensa de la doctrina pura, que hasta repugnaba la hora de comer. Lutero le arrancó la pluma de la mano: „No sólo servimos a Dios mediante el trabajo, le dijo, sino también con el descanso

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

y la quietud; por esta razón, nos dió Dios el cuarto Mandamiento e instituyó el Domingo*. Además, Lutero, en sus pláticas, empleaba imágenes e ilustraciones, lo mismo serias que jocosas, e intercalaba algunas bromas con gracia. También tradujo a su idioma antiguos cuentos de hadas, y en el prólogo dijo que, después de la Biblia, conocía pocas cosas más a propósito para cultivar la inteligencia. Tocaba la cítara, como sabrán ustedes, y cantaba con sus hijos y sus amigos no solamente himnos, sino también canciones populares antiguas. Era aficionado a los juegos de sociedad; jugaba al ajedrez y gustaba de ver bailar a los jóvenes, con tal, naturalmente, que lo hicieran con la debida decencia. Todo esto lo escribió un joven discípulo de Lutero, el pastor Juan Mathesius, y lo dijo a sus feligreses desde el púlpito, rogando que les sirviera de norma de conducta. . . Pidamos nosotros lo mismo.

El pastor se levantó.

— Demos por terminada la discusión por hoy, queridos amigos.

Todos se pusieron de pie.

— Muchas de las cosas que aquí se han dicho pueden ilustrarnos. ¡Dios quiera que fructifique la buena semilla que se ha arrojado al surcol! Vosotros, amigos míos, vivís en sitios apartados, en parajes donde el trigo es más ve-

L A P E S C A D O R A

ces segado por el hielo que por la hoz. Esos desolados senderos montañosos deben entregarse de nuevo a los ganados y a los cuentos de hadas. La vida mental tiene su floración, pero allí arriba enferma y se ennegrece como las plantas. Los prejuicios cubren de sombra la vida — como las montañas a las plantas —, la oscurecen y os separan a unos de otros. ¡Dios quiera uniros! ¡Dios quiera iluminaros!... Os doy las gracias por este día, amigos míos. Para mí también ha sido un día de ilustración.

Estrechó la mano a todos; hasta el joven le dió la suya amistosamente, aunque sin levantar la vista.

— ¿Se vuelven ustedes a sus montañas? ¿Cuándo llegarán a allá? — inquirió el pastor cuando se apercebían a la marcha.

— ¡Oh!, esta noche; sabe Dios a qué hora — repuso Lars —. Hay mucha nieve en el suelo, y donde el viento la ha barrido, está helado.

— Amigos míos, es muy laudable que vengán a la iglesia en tales condiciones. Dios quiera que lleguen a sus casas sin ningún accidente.

Erik respondió, despacito:

¿Está Dios, el Señor, a mi lado?
Entonces, que ocurra lo que quiera;
yo, fortalecido con la alegría de la oración,
puedo vencerlo todo.

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

— Es verdad, Erik; esta vez tiene usted razón.

— Pues esperen un momento — dijo Oedegaard cuando ya salían —. No tiene nada de extraño que no me conozcan, aunque yo, seguramente, debo tener parientes en Oedegaard.

Todos le miraron, incluso el pastor, a quien quizá se le había ocurrido aquello y luego lo olvidara.

— Me llamo Juan Oedegaard. Soy hijo del pastor Knud Juan Oedegaard, que salió de allí hace años con su mochila a la espalda.

Entonces surgió la voz de entre el lío de chales:

— ¡Dios sea bendito! Es mi hermano.

Todos se callaron, y ninguno se sintió capaz de decir nada.

Al fin Oedegaard preguntó:

— ¿Entonces fué en su casa donde yo paré una vez que estuve allí con mi padre?

— Si, en mi casa.

— Y en la mía también — dijo Lars —. Su padre y yo somos primos.

Raudi dijo con tristeza:

— ¿Entonces es usted Juanito? ¡Cómo vuela el tiempo!

— ¿Como está Elsa? — preguntó Oedegaard.

— Ésta es Elsa — dijo Raudi señalando a la mujer rubia.

— ¿Es usted Elsa? — exclamó —. En aquella

L A P E S C A D O R A

época estaba usted preocupada con un asunto amoroso. Quería usted casarse con el violinista de la parroquia: ¿lo consiguió?

Todos permanecieron silenciosos. Aun cuando estaba obscureciendo, Oedegaard pudo advertir que Elsa enrojecía, mientras los hombres bajaban los ojos o miraban a otra parte, excepto el joven, que no apartaba sus ojos de la aludida. Oedegaard percatóse de que había hecho una pregunta indiscreta; el pastor acudió en su auxilio:

— No; Juan, el violinista, no está casado: Elsa se casó con el hijo de Lars; pero ahora es libre: se quedó viuda.

Elsa llegó al rojo escarlata; el joven hubo de notarlo, y sonrió sarcásticamente. Pero Raudi dijo:

— Me figuro que habrá usted viajado mucho, ¿verdad? Y además ha aprendido muchas cosas.

— Sí; he repartido mi tiempo entre el estudio y los viajes. Pero ahora pienso establecerme y trabajar.

— Bueno, bueno; así es la vida. Unos andan por el mundo y se ilustran y aprenden; otros no se mueven de su casa.

Y Lars añadió:

— Nuestro suelo es muchas veces difícil de remover. Y si logramos sacar algún hombre

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

que pueda servirnos de ayuda, sigue su camino.

— Nuestras vocaciones son distintas — dijo el pastor —, y cada cual debe seguir la suya.

— Y Dios juntará nuestro trabajo — observó Oedegaard —. Si Dios quiere, aún podréis aprovechar la labor de mi padre.

— Sí, probablemente podremos; pero muchas veces es muy difícil la espera, porque tarda mucho en llegar.

Se marcharon. El pastor permaneció junto a una ventana, y Oedegaard junto a la otra, para verlos monte arriba. El joven iba el último. El pastor dijo a Oedegaard que era un individuo de la capital; donde emprendiera varios oficios, pero siempre había concluido por reñir con la gente.

Él creía que estaba llamado a ser algo grande — un apóstol, quizá —; pero, cosa rara, se quedó en Oedegaard, según algunos, loco de amor por Elsa. Era hombre de temperamento orgulloso, que había tenido muchos desengaños, y a quien esperaban muchos más.

Los divisaron en la ladera de la montaña; a poco los ocultó a su vista el tejado del granero. Siguieron su camino, lenta y trabajosamente; a intervalos se escondían entre los árboles, luego tornaban a aparecer. No había senda alguna en la nieve espesa; los árboles les servían

L A P E S C A D O R A

de hitos en el yermo, y a lo lejos, las nevadas cumbres les indicaban el lugar de sus hogares.

En el saloncito se oyeron algunos floreos, a guisa de preludeo, y luego la siguiente canción:

A ti elevo mi canto, primavera.
Aunque aún no brote tu aromado aliento,
a ti elevo mi canto, primavera.
Nostalgia de la noche por la aurora,
goce nuevo del corazón:
dulce ansiedad une en mi pecho ahora
la primavera y mi canción.
Para pedir que luzca el sol de oro
y que el invierno ceda,
y los torrentes canten a coro,
y retoñe el verdor en la arboleda.
¡Tañido triste del vetusto invierno!
Preludian su sonar
abriléñas campanas de mil flores.
¡Acoge, primavera, mi cantar!





CAPÍTULO XI

DESDE aquel día, los demás individuos de la familia vieron poco al pastor: en parte, porque la Navidad cercana le ocupaba mucho, y en parte, porque no podía decidirse a determinar si el teatro era o no cosa legítima para un cristiano. Sólo la vista de Petra era suficiente para sumirle en preocupación.

Mientras el pastor pasaba las horas en su despacho, ocupado con sus sermones o repasando un volumen de Ética cristiana, Oedegaard se entretenía con las muchachas. Era imposible no establecer comparaciones entre ellas. Petra centelleaba, no era la misma dos minutos seguidos; para seguirla se necesitaba un esfuerzo mental tan grande como para leer un libro. Sigue, por el contrario, producía una

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

impresión agradable con la cordialidad invariable de su actitud. Sus movimientos no eran nunca imprevistos, porque reflejaban su naturaleza. La voz de Petra tenía todos los grados de intensidad, todos los matices del colorido, desde el más duro al más suave. La de Sigue tenía un encanto característico, pero carecía de variedad, excepto para su padre, que era maestro en el arte de distinguir sus menores alteraciones. Petra no podía ocupar su imaginación más que con una cosa, y si por casualidad abarcaba más, era sólo para mirarlas superficialmente, no para tomar parte activa en ellas. Sigue tenía ojos para todo y para todos, y repartía sus atenciones sin que se notara. Si Oedegaard hablaba con Petra de Sigue, le parecía estar escuchando las quejas de un amante desesperanzado; pero si hablaba con Sigue de Petra, Sigue no era demasiado expresiva. Entre sí, las muchachas hablaban con frecuencia y sin reserva, pero siempre de cosas indiferentes.

Oedegaard tenía con Sigue una gran deuda de gratitud: a ella la debía lo que él llamaba su „nueva vida“. La primera carta que recibió de Sigue, en el momento de su gran pesadumbre, le produjo el efecto de una mano fresca en su frente ardorosa. La manera discreta en que le noticiaba cómo Petra había llegado a la rec-

L A P E S C A D O R A

toral, incomprendida y maltratada; la delicadeza con que interpretaba su llegada, considerándola como el designio de la mano de Dios, „que nada puede desviar“, le sonó como suena una voz en el bosque cuando, vacilantes, dudamos el camino cierto.

Dondequiera que fué, las cartas de Sigue le siguieron; eran como hilos que le sujetaban. Imaginábase que cada línea acercaba a Petra a sus brazos, y precisamente sucedía lo contrario; pues en aquellas cartas se le empezó a revelar la naturaleza artística de la muchacha. El punto culminante de sus actitudes, que Oedegaard buscara en vano, era claro para la inteligencia de Sigue, sin que ella misma se percatara, y en cuanto Oedegaard lo advirtió, hubo de comprender su equivocación y la de Petra, y convirtióse en un hombre nuevo.

Evitó, con todo escrúpulo, escribir a Sigue nada acerca de lo que sus cartas le habían enseñado. No quería que la primera palabra saliese de los amigos de Petra, sino de ella misma, para no precipitar los acontecimientos. Pero en el instante en que todo fué claro para él, vió a Petra con un nuevo aspecto. Era de todo punto evidente: aquellos caprichos que se sucedían con rapidez, todos ellos sentidos hondamente, aunque en perfecta contradicción unos con otros, ¿qué eran, sino la revelación del tem-

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

peramento artistico? Y lo prudente era reunirlos para formar un conjunto compacto y perfecto; de otra manera, todo sería una chapuceria, y la vida mero artificio. Lo principal, desde luego, era no precipitarla en la senda del arte. Silencio, mientras fuese posible guardarlo; oposición, si era preciso.

Ocupado de este modo con Petra, apenas advirtió que de nuevo constituía el centro de sus pensamientos; pero esta vez con miras a algo que no residía en sí mismo. Empezó a examinar cuidadosamente el arte y los artistas, y de éstos, los del teatro en particular. Vió muchas cosas que no podían menos de descorazonar a un cristiano. Notó abusos monstruosos. ¿Pero, no se veían abusos semejantes en todas partes? ¿No se advertían hasta en la misma Iglesia? El hecho de existir algunos ministros indignos, no dañaba a la nobleza y sublimidad de la profesión.

Si la lucha por la verdad, evidente en todas partes, era de notorio influjo en la vida y en la poesía, ¿no llegaría también al teatro?

Poco a poco fué convenciéndose de que estaba en lo cierto. Por las cartas de Sigue veía, con satisfacción, que Petra iba desenvolviéndose rápidamente, y que Sigue era la persona indicada para ayudarle. Y volvió para dar las gracias a la que, sin saberlo, había sido su hada buena.

Pero también volvió para ver de nuevo a Petra. ¿A qué altura había llegado? Habríase ya discutido la cuestión, y, por lo tanto, podía hablar con ella libremente del asunto. Era un motivo de conversación muy agradable para los dos, pues así podían eludir o hablar del pasado.

No obstante, muchas veces eran interrumpidos por visitas de la ciudad; unas esperadas, otras inesperadas. Las cosas, en el ínterin, habían llegado a un punto en que una simple oportunidad, bien aprovechada, bastaría para enderezarlas, y esa oportunidad la proporcionaron las visitas.

Organizóse una reunión en obsequio de las gentes de la ciudad.

En ella, después de comer, cuando los caballeros estaban reunidos en el despacho, salió a plaza la conversación del teatro; pues un adjunto de una de las iglesias vecinas había visto abierta, sobre la mesa del pastor, una obra de Ética cristiana, y saltó a su vista la palabra terrible: „teatro“. Se entabló una acalorada discusión, y en el curso de ella hubo de entrar el pastor. No había asistido a la comida, pues tuvo que acudir a la cabecera de un enfermo. Estaba muy serio; no quiso comer nada, ni tomó parte en la conversación, pero llenó su pipa y se dispuso a escuchar.

En cuanto Oedegaard observó que el pastor estaba callado y seguía atentamente la discusión, comenzó a intervenir en ella. Pero en un buen rato no logró aducir ningún razonamiento; pues cada vez que se hallaba a punto de añadir algún eslabón a la cadena, indefectiblemente el adjunto exclamaba: „refuto eso“ — no se atrevía a decir „niego“ —, y, por consiguiente, la necesidad de asentar la que luego iba a servir de demostración, fué causa de que la polémica no prosperase, sino, al contrario, se complicara más. Del teatro, incidentalmente pasó a la navegación, y con el fin de probar algo relacionado con ésta, estuvo a punto de recaer sobre agricultura.

Aquello no podía ser. Oedegaard fijóse en el pastor, que presidía. Junto a él se agrupaban otros pastores, y entre éstos un capitán de barco, un hombre pequeño y atezado, con una gran barriga, sostenida por un par de pierrecillas que semejaban dos palillos de tambor.

Oedegaard pidió al adjunto, a fin de ordenar la discusión, fuese el primero que expusiera en forma concreta sus objeciones contra el teatro. El adjunto hubo de comenzar:

— Los mismos paganos virtuosos eran opuestos al teatro. Platón y Aristóteles eran enemigos suyos, por considerarlo como corruptor de la moral. Sócrates, ciertamente, fué alguna vez

al teatro; pero si alguno infiere que lo aprobaba, yo lo refuto, porque nos vemos obligados a ver muchas cosas que reprobamos. Los primeros cristianos fueron prevenidos con persistencia contra el teatro — leed a Tertuliano —. Desde que en nuestros tiempos resucitó el drama, los cristianos más serios han hablado y escrito contra él. Puedo citar los nombres de Spencer y Franck, y os remito a un escritor sobre los éticos cristianos como Schwartz, y también a Schleiermacher.

— ¡Oiga, oiga! — exclamó el capitán, para quien era familiar aquel nombre.

— Los dos últimos conceden que puede tolerarse la poesía dramática. Schleiermacher sostiene la opinión de que puede representarse una buena comedia en un círculo privado y por aficionados, pero condena la carrera de actor. El teatro, como profesión, está cargado de tantas tentaciones para un cristiano, que su deber es huir de él. ¿Y no es asimismo el teatro una tentación para los espectadores? El conmoverse con sufrimientos imaginarios, el sentirse elevado por imaginarias virtudes (peligro que podemos prevenir mejor leyendo), nos conduce a creer que somos nosotros mismos los actores de la ficción. Debilita la voluntad y destroza nuestra idea de la responsabilidad; nos hace esclavos de la pasión de oír y

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

ver, y nos lleva a una complacencia morbosa de la imaginación. ¿No es esto verdad? ¿Qué gente es la que más frecuenta el teatro? Los perezosos que buscan divertimento; los voluptuosos que tratan de ser estimulados; los vanos y frívolos que quieren llamar la atención; los soñadores que se refugian allí, huyendo de la realidad de la vida que no se atreven a olvidar. ¡Pecado detrás del telón, pecado delante de él! Nunca he oído a un ferviente cristiano sostener otra opinión.

— Me da usted miedo — exclamó el capitán —. Si yo he visto tales lobos cada vez que he ido al teatro, que el diablo me lleve.

— ¡Qué vergüenza, capitán! — dijo una muchachita, a punto que entraba en la habitación donde estaban reunidos —. Si jura usted, no irá al cielo.

— ¡Muy bien, hija mía, muy bien!

Entonces Oedegaard comenzó a decir:

— Platón opina lo mismo de la poesía que del teatro, y la opinión de Aristóteles es dudosa. Sin embargo, los dejaré aparte. Los primeros cristianos hacían bien en permanecer alejados de las representaciones *paganas*; por lo tanto, tampoco me referiré a ellos. Los cristianos serios de la época moderna han tenido también sus escrúpulos respecto del teatro, aun cuando no se sustentan sobre bases paganas;

L A P E S C A D O R A

lo comprendo: yo mismo las he tenido. Pero si se considera legítimo que un poeta escriba un drama, es natural que lo sea también para un actor el representarlo. Porque el poeta, al escribirlo, no hace otra cosa que representarlo en pensamiento; esto es, con fuego y pasión, y ya sabemos las palabras de Cristo: „El que mira a una mujer para codiciarla“, etc., etc. Cuando Schleiermacher dice que el drama no debe representarse más que en privado y por actores que no lo sean de oficio, viene a decir que hay que desdeñar las habilidades con que Dios nos ha dotado, siendo así que debemos procurar elevarlas al mayor grado de perfección; pues con tal objeto nos fueron concedidas. Todos somos actores y todos los días representamos alguna comedia: lo hacemos cuando imitamos a los demás, o cuando, en broma o en serio, aceptamos opiniones que no son las nuestras. En algunas personas predomina esta facultad, y me sorprendería mucho que a un individuo dotado de ella, que abandonase su cultivo, no le saltase a la vista la falta que cometía con tal abandono. Porque aquel que no sigue su vocación, se inhabilita para todo lo demás; su voluntad flaquea y vacila; en una palabra: es mucho más fácilmente presa de la tentación que si hubiera seguido sus inclinaciones. Cuando el trabajo y la vocación marchan del brazo, se

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSON

evita el pecado. Se dice que esta vocación está llena de tentaciones. En eso, cada uno piensa a su modo. Yo opino que la vocación más propicia al pecado es aquella que alucina al hombre, conduciéndole a creer que es recto, porque desempeña una misión del Altísimo; que es creyente, porque recurre a las creencias de los demás; hablando sin rodeos, en mi concepto la carrera religiosa es la que más ocasiones de pecado ofrece.

Estas palabras promovieron un gran alboroto.

— Lo refuto.

— ¡Muy bien!

— Orden.

— Lo refuto.

— Perfectamente cierto.

— Orden.

— Bueno — dijo el capitán —; yo nunca había oído que los pastores fuesen peor que los actores.

Todos estallaron en risas, y exclamaron:

— No, no es eso lo que ha dicho.

— Sí, eso es, que el diablo me lleve.

— Capitán, me parece que no tardará ni un minuto en aparecer — observó la muchachita.

— Bien, hija mía, muy bien.

Oedegaard cogió el hilo de lo que estaba diciendo:

— La tentación de sentirse momentáneamente arrastrado, de satisfacer de un modo morboso nuestra imaginación, de atribuirse sin esfuerzo alguno las virtudes de los demás y apropiárselas... esta clase de tentación existe indudablemente en la Iglesia.

Se reproduce el alboroto.

Las señoras no podían escuchar aquel escándalo sin sentir curiosidad por saber lo que ocurría. Abrióse la puerta, y cuando Oedegaard vió a Petra, de pie, en el umbral, continuó levantando la voz.

— Ciertamente, hay actores que en el escenario actúan con éxito, y luego van a la iglesia, donde también hacen buen papel; pero no son por eso mejores que antes. Hay otros que son como portavoces, y habrían sido completamente inútiles en otro ramo de la vida, mientras que en el teatro no dejan de prestar algún servicio. Pero, por regla general, los actores, como los marineros, vense colocados muchas veces en situaciones difíciles; por ejemplo, los momentos antes de salir a escena son terribles. A veces son instrumentos elegidos por la mano de Dios; otras, se ven frente a frente de lo grande e inesperado; todo esto llena su corazón de temores y anhelos, les procura un concepto clarísimo de la insignificancia, y todos sabemos que Cristo prefirió siempre la compa-

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

ña de los publicanos y de las mujeres arrepen-
tidas. No les concedo libertad; con efecto, quan-
to más grande sea su misión para con su
Patria — y la importancia de esta misión es evi-
dente, desde el momento en que una nación
produce tan pocos actores —, tanto mayor será
su culpa si se dejan arrastrar por las malas pa-
siones o degeneran en una fértil frivolidad.
Pero no hay actor que no haya aprendido, a
fuerza de desengaños, cuán insensatos son la
adulación y los aplausos, aun cuando la mayo-
ría aparenta creer en ellos. Y así ocurre con la
mayor parte de sus equivocaciones y defectos:
pueden ser evidentes para nosotros, pero no
sabemos nada de su relación con ellos mismos,
y, después de todo, éste es el punto capital.

Algunos de los congregados pusieron de
pie y empezaron todos a hablar a un tiempo.
Entonces se oyeron unos acordes en el piano
y todos se precipitaron al saloncito. Era Sigue,
que cantaba, y las canciones populares suecas
de Sigue eran uno de los mejores regalos que
conocían. Una canción siguió a otra, y después
que aquellas canciones populares — las más
bellas del mundo, fieles mensajeros del alma
de una gran nación — pusieron al auditorio en
una tensión expectante y solemne, Oedegaard
se levantó y pidió a Petra que recitase un
poema.

L A P E S C A D O R A

Indudablemente debía estar esperando aquello, porque se puso carmesí. Pero inmediatamente avanzó unos pasos. Temblaba de tal manera, que tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla. Palideciendo intensamente, comenzó la recitación.

El poema fué recitado con solemnidad y sin el menor asomo de afectación, pero con voz ligeramente temblorosa. Sus oyentes se quedaron como si de allí mismo hubiera surgido, súbito, un rayo de luz, iluminándolos con todos los colores del arco iris. Nadie dijo nada, nadie se movió; pero al fin, el capitán, sin poderse contener, púsose de pie, lanzó un hondo suspiro, y echando la cabeza hacia atrás, dijo:

— Bueno: yo no sé lo que les ocurrirá a los demás; pero cuando yo me conmuevo de esta manera, que me lleve el diablo si. . .

— Capitán, ¿otra vez jurando? — reconvino la muchachita amenazándole con el dedo —. El diablo vendrá de un momento a otro para llevárselo a usted.

— Bueno, no me importa, hija mía; déjale que venga; pues ahora, aunque el diablo me lleve, quiero oír una canción patriótica.

Sin aguardar otra invitación, Sigue se sentó al piano y cantó con acompañamiento de todos:

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

Seré escudo de mi Patria,
seré amparo de mi tierra.
He de exaltarla en mis cantos y adorarla en mi oración.
Cultivaré sus campiñas
y atenderé a su cuidado,
desde las altas montañas hasta el mar de la nación.
Tampoco de sol y lluvia
madurarán nuestras mieses.
Amor brinda nuestro pecho, amor santo, patrio amor.
Canto, música y poesía
endulzarán los trabajos,
mientras la Patria camina hacia un futuro mejor.
Que en un antaño remoto
luchamos con enemigos,
las huellas escandinavas doquiera han de pregonar.
Cada día más lejana
lucirá nuestra bandera.
Sobre un destino más noble debe hogaño tremolar.
Nuestro suelo, ayer frangido,
hoy en la unión se engradece
con un solo pensamiento, un espíritu, una voz.
Si a la Patria das tu vida,
será fecunda tu ofrenda.
Cuando duermas en el polvo, fructificará tu don.
Admiremos nuestra Patria
por su venidera gloria,
por su grandeza presente, por sus hazañas de ayer.
Ama el suelo en que naciste,
planta tu amor en su tierra.
De tu simiente amorosa un árbol ha de crecer.

Sigue se levantó del piano, y rodeando con
su brazo la cintura de Petra, entró con ella en
el despacho, que estaba solo.

— Petra, ¿seremos amigas otra vez?

— ¡Oh, Sigue! ¿Me perdonas?

— Ahora puedo hacerlo todo. Petra, ¿amas a Oedegaard?

— ¡Oh, Sigue!

— Petra: lo he pensado desde el principio, y creo que hasta el fin también; todo lo que he combinado y ejecutado por vosotros en estos dos años y medio, ha sido con esa idea, y mi padre lo mismo; estoy segura de que ya ha hablado de ello con Oedegaard.

— Pero, Sigue. . .

— ¡Chist!

Puso su mano en los labios de Petra, y salió corriendo; pues le avisaban que la cena estaba servida.

En la mesa había vino, pues el pastor no había asistido a la comida de la mañana. Durante la cena, el pastor, que todo el tiempo había permanecido callado y serio, continuó sentado, como si no hubiera nadie delante, hasta el momento mismo de levantarse de la mesa. Entonces golpeó ligeramente en su vaso, y dijo:

— Tengo que anunciar unos desposorios.

Todos los ojos se volvieron hacia las dos muchachas, que estaban sentadas juntas y no sabían si seguir allí o desaparecer de escena.

— Tengo que anunciar unos desposorios — volvió a decir el pastor, como si le fuese difícil

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

seguir adelante —, y he de confesar que, al principio, no era un enlace de mi gusto.

Todos los invitados miraron con asombro a Oedegaard, desconcertándoles el verle tan tranquilo, con la mirada fija en el pastor.

— Creía, hablando con sinceridad, que el esposo no era digno de la esposa.

Todos los presentes sintieron tal azoramiento, que no se atrevían a levantar la vista, y como las muchachas tampoco la levantaban hacia rato, los ojos del pastor, mientras hablaban, no podían cruzarse sino con los de Oedegaard, que tenían una expresión de calma feliz.

— Pero ahora — continuó el pastor —, ahora que he tenido ocasión de conocerle mejor, es el caso que no sé si ella es digna de él; tan grande se presenta ante mis ojos. Su nombre es Arte, el gran arte del teatro, y la prometida es Petra, mi hija adoptiva, mi querida niña. ¡Que seáis muy felices! El pensarlo me hace temblar todavía, pero lo que está destinado a verse unido, no debe permanecer separado. ¡Que Dios te acompañe, hija mía!

Apenas hubo concluido, Petra cruzó el cuarto y arrojóse en sus brazos.

Como ninguno de ellos volviera a sentarse, toda la reunión se levantó de la mesa. Petra se dirigió a Oedegaard, quien la llevó a la venta-

L A P E S C A D O R A

na más apartada; quería decirle algo, pero ella fué quien primero habló:

— Todo se lo debo a usted.

— No, Petra; yo sólo he sido un buen hermano para usted; estaba equivocado al querer ser otra cosa; pues si aquello hubiera sido un hecho, le habría estropeado su carrera.

— ¡Oedegaard!

Se tenían cogidas las manos, pero no se miraban. Unos instantes después él la soltó la mano y salió del cuarto. Petra se dejó caer en una silla, llorando.

Al día siguiente Oedegaard se marchó de la casa.

.....
Un día, ya cercana la primavera, recibió Petra una carta voluminosa que llevaba sello oficial. Se alarmó mucho y se la entregó al pastor, que hubo de abrirla y leerla. Era del juez de su pueblo natal, y decía así:

„Pedro Ohlsen, que falleció ayer, ha dejado un testamento concebido en los términos siguientes:

„Todo lo que poseo — que figura detalladamente en el libro de cuentas guardado en el arca azul, que se encuentra en mi cuarto de la casa de Gunlaug Aamundsdatter, en la colina, y cuya llave tiene ésta, única persona sabedora de todo lo dicho —, lo lego — siempre que la

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

dicha Gunlaug Aamundsdatter dé su consentimiento, cosa que no puede hacer a menos de comprometerse a cumplir una condición que sólo ella puede cumplir, pues es la única que lo sabe — a Petra, hija de la susodicha Gunlaug; es decir, si la tal Petra se digna recordar a un pobre viejo enfermo, a quien demostró amabilidad sin darse cuenta de ello — la cual no era de esperar —, y para el que ha sido la única alegría de sus últimos años; razón por la cual ha creído oportuno proporcionarle, en cambio, algún pequeño placer que no debe rechazar. Dios tenga misericordia de mí, pecador. — *Pedro Ohlsen.*“

En consecuencia, yo me tomo la libertad de preguntar si usted quiere dirigirse a su madre para este asunto, o si quiere que me encargue yo de él.“

En el correo siguiente recibió una carta de su madre, escrita por el pastor Oedegaard, única persona en quien se atrevió a confiarse. El contenido de ella era que daba su consentimiento, y cumplía la condición exigida, consistente en informar a Petra de quién era Pedro.

Aquellas noticias y el dinero produjeron un efecto curioso en la mente de Petra. Por un lado parecía como si las cosas empezaran a ir por buen camino; por otro, era un recuerdo más de la separación que se avecinaba.

L A P E S C A D O R A

Para ayudar a sus aspiraciones artísticas, el viejo Perico Ohlsen tocó el violín en bodas y en bailes, y él, su hijo y su nieto, cada uno a su modo, trabajaron y se afanaron. La suma, aunque no muy crecida, era suficiente para permitirle ver algo más del mundo, y por lo tanto, para acercarse a su objeto.

Como cuando sale el sol, surgió en su mente la idea de que entonces podría su madre ir a vivir a su lado. Así la hija podría darle todos los días algo de felicidad, y por lo tanto, devolverle algo de lo mucho que recibiera de ella. Escribía a su madre una carta muy larga cada día de correo, y esperaba impaciente la respuesta. Cuando llegó fué un gran desencanto: Gunlaug le daba las gracias, pero pensaba que cada una en su casa estarían mejor.

Entonces el pastor prometió a Petra escribir, y cuando Gunlaug recibió su carta, no pudo contenerse por más tiempo; contó a todos los marineros y demás personas conocidas que su hija iba a ser algo grande en alguna parte, y quería que fuese a vivir con ella. Aquello se convirtió en el tema de conversación de todo el pueblo; se discutía en los muelles, en los barcos y en las cocinas. Gunlaug, que hasta entonces nunca nombraba a su hija, no decía más que „mi hija Petra“. La gente tampoco le hablaba a ella de otra cosa.

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

Pero se acercaba el tiempo de la partida de Petra, y Gunlaug no había contestado todavía; esto apuraba mucho a su hija. En cambio, el pastor y Sigue le prometieron solemnemente asistir a su primera presentación en escena.

.

Las montañas comenzaban a despojarse de su manto de nieve; los pastizales verdeaban poco a poco. La vida que comienza al retorno de la primavera en los rincones ocultos de las montañas, es tan intensa como lo fué el deseo de que llegara. La gente se mueve de prisa, el trabajo se hace más alegre, y a las montañas llega también la nostalgia de los viajes. Pero Petra, aun sintiendo anhelos, nunca amó el sitio y las cosas que la rodeaban tanto como en el momento en que estaba a punto de separarse de ellas; le parecía como si las hubiera despreciado; pues hasta entonces no comenzó a interesarse por ellas. Sólo le quedaban algunos días de estancia en la rectoral, y ella y Sigue recorrían todos los rincones, despidiéndose de todo y de todos, especialmente de aquellos sitios que les eran más queridos. Un día, un campesino llevó la noticia de que Oedegaard estaba allá arriba, en Oedegaard, y tenía intención de bajar a hacerles una visita. Esta noticia preocupó a las muchachas, que suspendieron sus paseos.

L A P E S C A D O R A

Cuando llegó Oedegaard, les pareció más alegre y feliz que nunca. Había ido a Oedegaard con el propósito de fundar una Escuela superior, y mientras encontraba maestro, se ocupaba él de ella con verdadero gusto; también pensaba emprender otras cosas. De este modo — decía — pagaba a la Parroquia una parte de la deuda de su padre, quien le había prometido ir a vivir con él en cuanto la casa estuviese en condiciones.

Sigue y el pastor experimentaron una gran alegría ante la idea de tenerlos de vecinos; Petra también se alegró; pero le pareció un poco extraño que fuese a instalarse allí, precisamente cuando ella se marchaba.

El pastor quería que la víspera de la marcha de Petra acudieran juntos a recibir el Santísimo Sacramento. Esto dió cierto aire de solemnidad a aquellos días, y cuando hablaban lo hacían en voz baja. Aquel ambiente influía en todo lo que Petra contemplaba por última vez, y sus palabras eran escasas y serias. Pasaba revista a todo lo que se presentaba ante sus ojos, y parecíala como si estuviese ajustando cuentas con su ser anterior; pues hasta entonces nunca miró hacia atrás, sino hacia delante siempre. Su vida entera se le aparecía, desde la niñez hasta aquel momento; oía una vez más las viejas canciones españolas, con sus melodías atractivas;

BJÖRNSTJERNE BJÖRNSSON

recordaba y examinaba uno por uno los muchos errores y los vagos deseos de su niñez y de su primera juventud, lo mismo que sacamos y nos probamos trajes antiguos. Si se olvidaba de algo, cualquier objeto de los que le rodeaban se lo recordaba al instante, porque al ver aquel objeto había pensado en ello, y la cosa y su pensamiento iban siempre asociados en su mente. El piano, en particular, tenía tantos recuerdos para ella, que casi eran demasiados. Se sentaba ante él, sin ser capaz de rozar las teclas; si tocaba Sigue, necesitaba hacer un gran esfuerzo para permanecer en el cuarto. Por eso prefería estar sola; Oedegaard y Sigue lo comprendieron así, y no la estorbaban. Todos la miraban con una amabilidad triste, y en aquellos días nunca salió de casa el pastor sin acariciarla, pasándole la mano suavemente por la cabeza.

Por fin llegó el día. Era un día triste y nublado. En las montañas comenzaba el deshielo y los campos reverdecían. Los cuatro permanecieron en sus habitaciones respectivas hasta que fué hora de dirigirse juntos a la iglesia. Sólo estaban presentes, además de ellos, el sacristán y otro pastor. El pastor quería comulgar también; pero al mismo tiempo quería dirigirles una pequeña plática; pues tenía que decir algunas palabras a la viajera. Habló como si es-

L A P E S C A D O R A

tuviera en su casa, en torno de la mesa, un día de gran fiesta o de cumpleaños.

El tiempo mostraría pronto — dijo — si el período que terminaba en aquel día, con una plegaria de acción de gracias, había sido una base firme para la vida de la joven. Nadie adquiere personalidad propia hasta que emprende la obra para que tiene aptitudes. El trabajo que ella eligiera tenía por misión dar a conocer grandes ideas, y el que lo ejerciera con verdadero afán y se mostrara digno de él, cosecharía los frutos más ricos y duraderos.

Ciertamente, Dios utiliza muchas veces también a los que son indignos — en un sentido más amplio todos somos indignos —, pero se sirve de nuestros anhelos. Hay, sin embargo, un deber al que no se puede llegar sólo con el anhelo, y él estaba seguro de que Petra cumpliría con él; todos sus esfuerzos debían conducir a ello: a llegar a la cumbre. Aconsejóla que volviera siempre a ellos; pues el significado de la Comunión es que ayuda y fortalece a los que están unidos por la misma fe. Si erraba, encontraría entre ellos más compasión que en ninguna parte, y si ella misma no comprendía su desvarío, nadie se lo haría ver con más cariño que ellos.

Después de la sagrada ceremonia se dirigieron a la casa juntos, lo mismo que fueron; pero

durante el resto del día cada uno se quedó en su cuarto. Solamente Petra y Sigue estuvieron juntas en la habitación de la primera, hasta muy entrada la noche.

Al día siguiente era el de la marcha. En la última comida, el pastor se despidió cariñosamente de Petra. Estaba conforme con su amigo en que debía comenzar tal como era, y sola. En la lucha que se avecinaba para ella, comprendería lo bueno que es tener la seguridad de contar en un rincón del mundo con un grupo de amigos verdaderos. Sólo el saber a ciencia cierta que la recordarian en sus oraciones, ¡de cuánto consuelo no había de servirle!

Después de aquellas palabras de despedida, volvióse y dirigió algunas de bienvenida a Oedegaard.

— Verse unido en cariño a una misma persona — dijo —, es una manera cierta de quererse entre sí.

Al pronunciar este brindis, el pastor no pensaba de seguro en lo que había en sus palabras que pudiera hacer ruborizarse a Sigue, y luego a Petra. Si Oedegaard se ruborizó también, no lo supo nadie; pues no se atrevieron a mirarle.

Pero cuando estuvieron los caballos a la puerta y los tres amigos rodearon a la muchacha, y toda la gente de la casa se reunió junto

L A P E S C A D O R A

a los coches para despedirla, Petra murmuró al abrazar a Sigue por última vez:

— Espero que pronto me daréis una buena noticia. ¡Dios os bendiga!

Una hora más tarde, sólo veía las cumbres nevadas.





CAPÍTULO XII

UNA noche, poco antes de Pascuas, no quedaba una sola localidad sin vender en el teatro de la capital. Se presentaba por primera vez al público una nueva actriz, de la que se esperaban grandes cosas. Pertenecía al pueblo: su madre era una pobre pescadora. Con la ayuda de personas que reconocieron su talento, habíase elevado a su posición presente, y según decían, prometía mucho. Entre la concurrencia se murmuraba para todos los gustos, antes de levantarse el telón. Decíase que de niña fué muy descaradilla, y que, ya mayor, comprometióse con seis mozos a la vez, entreteniéndolos durante seis meses, y armando tal escándalo en el pueblo, que tuvo que salir de él escoltada por la Policía. Era una cosa extraordinaria que el director del teatro hubiese consentido en contratar a una persona de esa clase. Otros, por el con-

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

trario, aseguraban que no había una palabra de verdad en toda aquella historia: desde los seis años se había educado tranquilamente en casa de un pastor, en la diócesis de Bergen. Era una muchacha encantadora y muy instruída; lo sabían muy bien. Debía de tener mucho talento y era desde luego muy bonita.

Pero había otras personas en la concurrencia que estaban mejor enteradas. En primer término, el mercader de pescado al por mayor, Ingre Wold, que era conocido en todo el país. Estaba casualmente en la capital para negocios. (Según se decía, su mujer, una española de mal carácter, le hacía la vida tan imposible en casa, que se veía obligado a viajar para refrescarse.) Había tomado el palco más grande del teatro, e invitó a unos cuantos conocidos del hotel para que le acompañasen a ver „algo diabólico, que merecía la pena“. Estaba muy animado, hasta que de pronto vió — ¿sería él realmente? — en un palco de segunda fila, rodeado de toda la tripulación de un barco — ¡no!... ¡sí!... sí, realmente era él —, a Gunnar Ark.

Gunnar Ark, que con el dinero de su madre se había hecho dueño y patrón del *Constitución Noruega*, y que al salir de la bahía había emparejado con un barco que se llamaba *Constitución Danesa*. A Gunnar le pareció que éste trataba de pasarle, y eso no lo podía tole-

rar. Izó todas las velas que tenía; la vieja *Constitución* comenzó a crujir, y el resultado fué que, por tratar de llevar el barco lo más de prisa posible, lo hizo varar en un sitio absurdo. Por esta causa estaba detenido en la capital, en contra suya, hasta que se reparase el *Constitución Noruega*. Se había encontrado a Petra en la calle; la antigua pescadora se paró con él, y estuvo tan amable entonces, y luego, que no solamente le hizo olvidar los resentimientos que con ella tenía, sino que hasta llegó a considerarse el mayor asno que el pueblo de ambos produjo jamás, por haberse creído digno de una muchacha como Petra. Aquel día tomó billetes a los revendedores para toda su tripulación, y allí estaba, dispuesto a convidar a sus hombres después de cada acto. Los marineros, todos del pueblo natal de Petra y asiduos concurrentes a la taberna de su madre — aquel Paraiso en la tierra —, consideraban el honor de Petra como propio, y se sentaron, prometiéndose solemnemente uno a otro que aplaudirían como nunca se aplaudió.

En las butacas se veía la cabellera espesa y encrespada del pastor. Estaba completamente tranquilo; pues había confiado su causa al Poder Supremo. A su lado se sentaba Sigue, y al de Sigue, Oedegaard. Ella, su marido y Petra acababan de llegar de un viaje por el extranje-

BJÖRNSTJERNE BJÖRN SON

ro. Sigue parecía muy feliz y sonreía a Oedegaard. Entre los dos acomodábase una señora anciana, cuya frente coronaban blancos cabellos. Sentada en su butaca, aparecía más alta que todas las personas que estaban a su lado; se la veía desde todas partes. Poco tiempo después todos los gemelos se fijaron en ella; pues se corrió la voz de que era la madre de la joven actriz. Aquella mujer, de nombre de varón (1), produjo allí también una impresión tan honda, que hubo de suavizar el camino a su hija. Una nación joven está llena de esperanzas, tiene fe en las fuerzas elementales de su naturaleza, y el ver a la madre era suficiente para despertar esta fe.

Gunlaug no veía nada ni a nadie. Todo lo que la rodeaba le era indiferente: estaba allí tan sólo para ver si el público trataba bien a su hija o no.

Se acercaba la hora. Las conversaciones se extinguieron en la excitación que gradualmente se apoderó de los espectadores, haciéndoles sentirse favorablemente dispuestos.

Con un gran estruendo de tambores y trompetas empezó la sinfonía. La función era *Axel y Valborz*, de Adam Oehlenschläger; la misma Petra pidió que se tocara aquella sinfonía, y allí

(1) Gunlaug es más bien nombre de hombre.

L A P E S C A D O R A

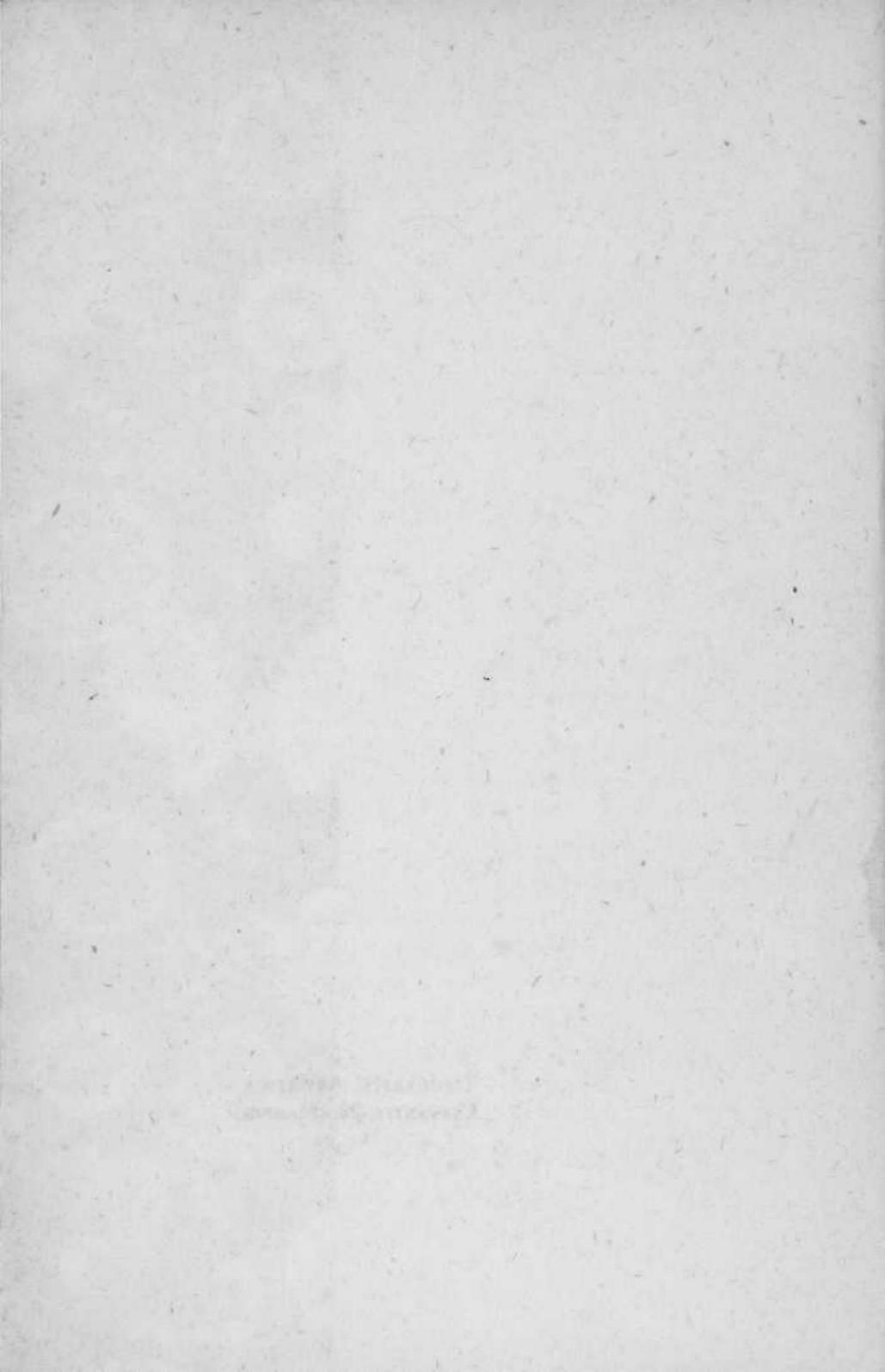
estaba escuchando detrás de los bastidores. Frente al telón se sentaba la pequeña parte de sus compatriotas que podía acomodarse en la sala, temblando por ella como temblamos siempre que alguno que nos pertenece, y a quien amamos tiernamente, va por primera vez a revelar su talento. Cada uno de ellos experimentaba la misma impresión que si fuese él quien estuviese sometido a la prueba. En tales momentos se elevan muchas oraciones al Cielo, aun de los corazones que no suelen rezar.

La sinfonía se fué extinguiendo, derramando la paz sobre sus armonías, al tiempo que se desvanecía como en la luz del sol. Por fin cesó, y se hizo un silencio impaciente.

Y se levantó el telón.

FIN

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28. - MADRID



B.P. de Soria



61164452
DR 874





DR
874